LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 5 DE ABRIL DE 1886 — NUM. 223

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOAQUINITO, cuadro de Eugenio Ritter de Blaas

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JOAQUINITO, cuadro de Eugenio Ritter de Blaas

Este Joaquinito pudiera llamarse indistintamente Santiaguillo ó Periquito Fernández, á gusto del espectador. Esto es indudable; pero no lo es menos que la figura pintada por Ritter revela á un verdadero observador y constituye uno de esos modelos que pudiera suscribir sin reparo el más consumado maestro en el arte.

Joaquinito está entregado por completo á su obra; pone en ella sus cinco sentidos, como vulgarmente se dice, y si su fisonomía es un portento de concentración, su actitud es una maravilla de naturalidad. Cuanto más se estudia á ese muchacho, más agradable se nos hace su factura. Gracias á ella penetramos el pensamiento del rapaz, comprendemos la fruición con que se entrega á su obra y nos parece saborear con él la deliciosa fruta que colma todos sus deseos. Joaquinito vive la hermosa edad en que el presente lo constituye todo, y su presente es tan dorado... como la naranja que monda.

Ritter es un maestro: Joaquinito es un legítimo diploma.

CAZADORA CON HALCÓN, cuadro de F. Wagner

Las damas de la Edad media no tenían, como en la presente, un programa inagotable de fiestas y diversiones en que emplear sus eternos y monótonos días, trascurridos en el interior de un castillo, muy lleno de blasones y gloriosos recuerdos, pero más lleno aún de gentes feudalmente fastidiadas. No es de extrañar, por lo tanto, que, á trueque de interrumpir su aburrimiento, tomaran parte en expediciones cinegéticas, durante las cuales respiraban á lo menos el aire libre del campo y se sentían bañadas por un sol purísimo y desconocido en el interior de su mansión habitual. Una partida de caza era para una ilustre castellana algo como unas horas de libertad concedidas á un prisionero devorado por la nostalgia del mundo.

No se crea, empero, que las nobles cazadoras de aquellos tiempos fueran una especie de ninfas de Diana, dispuestas á hundir sus agudas lanzas en las entrañas del jabalí ó del oso selvático; no por cierto. Desarmadas por completo acudían las damas á las cacerías y provistas únicamente de un halcón previamente adiestrado, el cual soltaban en persecución del ave que tentaba su codicia. Cuando así sucedía, gozaban en ver al pájaro cazador remontarse en el aire, descubrir en el espacio á su víctima, hacer presa en ella y venir á depositarla á las plantas de su dueña, como orgulloso por su destreza. Esta costumbre se prolongó hasta últimos del siglo XVI.

Wagner ha pintado una de esas cazadoras, dando muestras de ser un perfecto conocedor del asunto y un hábil artista. Corrección, elegancia, movimiento y vida son de ver en esa figura, digna de un maestro.

EMPIEZA ASÍ: AMOR MÍO... cuadro de Favretto

El título de este cuadro es tan original como el carácter artístico de su autor. Sin embargo, cuadra perfectamente á la escena representada: tiene ésta lugar en un taller de modista; las oficialas, aprovechando la ausencia de la maestra, se comunican sus aventuras amorosas, y una de aquellas da lectura de un billete recibido y que empieza por las palabras sacramentales: «Amor mío...»

Favretto es un pintor veneciano, notable por su verdadero talento y, más aún, por la independencia de su factura. Aborrece instintivamente la simetría; tiene guerra declarada al convencionalismo, y sin ser propiamente realista, produce la realidad, desentendiéndose de las reglas. Así, por ejemplo, en el cuadro que publicamos nada le ha preocupado á Favretto el hecho de que la protagonista se encuentre de espalda al público y de tal suerte colocada, que oculte por completo su rostro. Así la ha concebido y así la ha ejecutado. Y sin embargo, no se puede negar que en esa figura hay intención y hasta pudiera decirse fisonomía. El grupo es natural y la impresión causada por el cuadro altamente simpática.

EL SANTO DE PAPÁ, cuadro de F. Verhas

Llegó el día suspirado, el día que hace un año se viene aguardando y cuya proximidad ha dado á los individuos de la familia cierta misteriosa apariencia de conspiradores de melodrama. La víspera se ha pasado en apartes y cuchicheos entre la madre, el hijo y la doncella de la casa, impuesta en el secreto de la conspiración. Y en cuanto el sol ha aparecido en el horizonte, ¿quién hubiera podido retener al muchacho en la cama que ordinariamente le cuesta tanto de abandonar?

A todo esto, papá tan tranquilo en su aposento, porque papá lo ignora todo, hasta que sea el día de su santo; y si no lo ignorase, debe aparecer como que realmente lo ignora; porque de otra suerte faltaría al agasajo el aliciente de la sorpresa. La madre y el hijo llegan sigilosamente á la puerta de la estancia; llaman á ella, ábrese, y aquí empieza una de aquellas escenas, tan escasas en la vida, en la cual las lágrimas de la dicha borran los surcos causados por las lágrimas de la pena.

¡Lectores míos, jamás se os ocurra prescindir de esas fiestas de familia! Y si alguna vez creyerais que no merece la pena de santificar esos aniversarios, fijaos en el cuadro de Verhas; leed en el semblante de esa dama y de ese niño el contento de que se hallan poseídos, y vamos á ver quién será bastante mal esposo y mal padre para destruir las purísimas ilusiones con que es aguardado el día del santo.

COLLEONI

Este grabado representa un grupo en bronce, obra de Verrocchio y Leopardi, que se considera, con razón, como una obra maestra, en la cual ha demostrado el autor que se puede conciliar muy bien la expresión artística con la naturalidad de la actitud. Tal vez sea este grupo de Verrocchio uno de los más notables que se conocen en el mundo, en el género de estatuas ecuestres, en las que tan difícil es obtener un conjunto de formas perfectas y suaves, exento de esa rigidez que generalmente caracteriza á los grupos de esta especie.

NUBLADO, cuadro de Roger-Jourdain

Algo ha ocurrido; ignoramos qué, pero ha ocurrido algo.

Unos jóvenes esposos que, en plena luna de miel, se separan bruscamente, y mientras el café pierde su aroma, él hace que mira lo que no ve y ella hace que piensa lo que no piensa, deben tener á la serpiente colada dentro del paraíso. Mucho cuidado, novios inexpertos, mucho cuidado con las serpientes; son animales que tienen muy mala baba.

Esta escena, harto común en la vida íntima, ha sido para Jourdain ocasión de producir un cuadro bien sentido y altamente recomendable por la naturalidad con que el asunto se halla expresado. En esa elegante estancia se ha puesto el sol inopinadamente, amenaza lluvia, los horizontes están cerrados; el autor entiende de borrascas conyugales; la escena es dramática y está hábilmente preparada. ¿Triunfará la serpiente? No lo esperamos: esa joven esposa está impaciente porque su marido persiste en su retraimiento, y el marido, á su vez, no se atreve á volver la vista temeroso de que á la menor indicación de su cara mitad va á dar al traste con la gravedad marital. Los sentimientos de la joven pareja han encontrado fiel intérprete en el autor del cuadro, que ha estado sumamente hábil al pintar esa escena doméstica.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

¡ÁNIMO, COMPAÑERO! cuadro de Cederstrom

No es difícil comprender quién sea el *compañero* á quien con maliciosa intención, dan ánimo los reverendos padres. La fisonomía aguda y picaresca de la casi totalidad de ellos, contrasta con la del último *caballo blanco* de la partida. Es sumamente notable este lienzo por la expresión de sus personajes, por el acierto en su colocación, por la naturalidad de sus actitudes y por el tinte de bienestar material que todos ellos revelan.

Esto aparte, y aparte igualmente las dimensiones de la mesa de billar que nos parecen excesivas, la escena representada nos parece algo falta de verdad. No respondemos de los conventos que ha visitado el autor, ni discutimos la vida más ó menos regalona de los frailes; pero los de por acá á buen seguro no entretienen sus ocios tan confortablemente. Los cuadros de costumbres han de tener la condición de que las tales costumbres sean ciertas en conjunto y en detalle; y esa condición, si existe en nuestro cuadro, á buen seguro que constituye una excepción.

Salvo este reparo, la ejecución de esta obra puede calificarse de intachable.

CARA DE LUNA

(Cuento absurdo)

En uno de los más oscuros rincones que hay sobre la superficie dilatada de entrambas Castillas, tuvo nacimiento, sin duda por misteriosa influencia de los astros, el mayor prodigio de los monstruos conocidos hasta el día. Hijo de no se sabe quién, era algo así como la forma de un hombre. Cuerpo corto, rechoncho y achaparrado; espaldas anchas y chupadas. Cabeza deforme, ojos oblicuos y fieros, pelo rojo y enmarañado, cara arrebolada, llena de protuberancias y oquedades, piernas como vigas, pies como almudes, manos fuertes y duras, cual si de hierro fuesen; eran los extraños componentes de aquel ser, que el vulgo dió en llamar *Cara de luna.*

Su rostro, en efecto, guardaba no poca semejanza con la faz que presenta el disco del astro nocturno. Sobre un fondo rojizo se destacaban á trechos manchas blancuzcas y brillantes, parecidas á las placas argentinas que revisten la alba Diana. Pero, si el dicho popular no se equivocó, apodando á aquel hombre-fenómeno, cuando al mirar su conformación externa le daba un nombre astronómico, no fué su perspicaz instinto menos profundo, porque bajo tal apelativo se había adivinado el recóndito fondo de un espíritu sensiblemente relacionado con cierto magnetismo fatal de la máquina del firmamento.

No; aquello no era un ser humano, sino un aborto de la naturaleza. Sin duda, fué engendrado por la conjunción de dos cuerpos celestes. Su frente prominente y llena de tolondrones, su faz granulenta, su barba erizada y rala á trechos como bosque chamuscado, todo el empaque, en fin, de su rostro, hablaba algo de las erupciones volcánicas que en la asidua compañera del globo terráqueo han observado los modernos telescopios. Tenía, además, su cara una expresión de zurdidez y entuertamiento, sus ojos sanguinolentos guiñaban de tal modo, su cabellera presentaba un matiz tan encendido, que involuntariamente se creía en aquella especie de prohijamiento filial de aquel ser nacido entre los hombres, pero que pertenecía evidentemente á otras esferas. Nadie le conoció padres, casa ni fortuna. Cuando muchacho vagaba á su antojo, desnudo, descalzo y empuercado, por los sitios más inmundos, como vertederos, cloacas, egios y demás lugares, donde la humanidad vacía los residuos remanentes de lo que perdona su voracidad nunca saciada. No tuvo, pues, otra educación que la disciplina que flojamente impone una libertad errante, sin guía, falta de inteligencia que ilumine, de mano que ayude, y rica sólo en instintos relajados, no menos enérgicos y avasalladores por lo que de brutales y salvajes incuban dentro de su huevo corrompido. Los vicios pulularon en su alma como hormiguero de gusanos. Y así como la acre gota de vinagre produce un nido de vermiformes seres si en el seno de un organismo se derrama, de igual modo, cada lección de mal ejemplo que recibía, hacía nacer en él un enjambre de pasiones y maldades, á cuyo zumbido se adormecía su espíritu como al són del más dulce arrullo.

Sin embargo, bajo la corteza de aquel cuerpo deforme, se ocultaba un rincón donde, resguardada de todo exterior influjo, yacía en su ser primitivo de pureza, incólume y vigorosa una entraña. Corrientes impetuosas de sentimientos la conmovían á cada instante; y en el eterno y desacordado batallar de su cerebro y su corazón, lo que aquel arrasaba este sembraba de flores de ilusiones, de retoños suavísimos de ternuras. El corazón era la entraña ilesa que aquella extraña y ruda organización conservaba acaso como regulador supremo de las acciones de aquel ser. *Cara de luna* sentía este lado flaco de su natural constitución, y cuando se lanzaba á alguna hazaña tremenda, impulsado de aquel foco de fragua abrasadora que ardía en su cerebro, veíase de pronto acometido por inexplicables debilidades, por súbitos reblandecimientos que descoyuntaban sus fuerzas dejándole en un estado de reposo inerte ó de vapor soñoliento.

Ya, desde niño era asediado por siniestras inspiraciones, que le arrojaban en accesos de furioso delirio. Imaginábase ver fantasmas á todas horas; y en la oscuridad de la noche, él descubría todo cubierto de un manto rojo, donde bullían soles dorados, azules, verdes, violáceos, girando unos al rededor de otros, en confusión, en tropel, llevando á la retina el mareo, y á su mente la locura. No bajaba una pendiente sin agarrarse fuertemente á lo que hallaba á su paso; se le iban los pies, daba vueltas el espacio y atronaba sus oídos el remolino del vértigo.

Un fenómeno de tal naturaleza no podía pasar desapercibido. Todas las gentes del lugar pararon su atención en aquel muchacho que tantas irregularidades ofrecía. No faltó doctor que no le llamara á su gabinete y practicase mensuras de cráneo y otras experiencias frenológicas; mas siempre se sacó en limpio la imposibilidad de ajustar ninguna de las medidas averiguadas en los sistemas hasta ahora inventados, sobre aquella caja huesosa, forrada por afuera de lanudo pelo, y por dentro Dios sabe de qué sustancia, si gris, blanca ó amarilla, ya laboratorio de ideas, ó ya receptáculo de sensaciones de animalidad inconsciente.

Unos le tuvieron por idiota, otros por loco, y otros por poseído del espíritu diabólico. Hubo, con todo, personas más prudentes que tomaron el hecho como una simple excepción, como una rareza, pero que no por eso merecía el abandono á que parecía estar condenado el muchacho. Buscáronle oficio, y el primero en que se ejercitó fué en un taller. Aprendía ¡cosa singular! todo el complicado mecanismo del arte con una facilidad y prontitud pasmosas; mas no había máquina que no tocaran sus manos que no saltara en pedazos; no había utensilio, por grande que fuera su dureza, que al manejarlo no se abollara, despuntara, rompiera ó embotara. Nada sólido existía para sus fuerzas más leves. Poníanle á los trabajos más rudos, y las barras de hierro, los cables de retorcido y vibrante cáñamo, las flexibles hojas de acero, estallaban hechas virutas, astillas ó jirones imposibles de recomposición y soldadura. Así permaneció algún tiempo, hasta que, ya cansados los contramaestres del taller donde tantos desafueros causaba, le devolvieron á su antiguo estado de vagabundez y correrías.

El deplorable éxito obtenido en su aprendizaje de obrero tuvo un eco prolongadísimo en la villa. Corrió el rumor de que algo infernal había adherido á su persona. El vulgo fué comentando de minuto en minuto el perverso resultado de su educación, y al fin llegó á emitir, como opinión fuera de toda duda, el fallo condenatorio para el chico-monstruo. Todos le huían; los rapaces de su edad, cuando le encontraban en la calle, arremetían con él, espantándole á pedradas; en el campo no había huertero que no le azuzara los perros rabiosos, no bien le veía aparecer por un extremo de su finca. Hasta el cura del pueblo tomó cartas en el asunto; y en más de una plática representó al terrible Antecristo en la pobre figura del desdichado *Cara de luna.*

Este, entretanto, volvió á su vida errática, llevando el desorden y la destrucción por doquiera que pasaba, como nube de tempestades. Cuando las gentes le perdían de vista por algún tiempo, aparecía de pronto en medio de un campo desolado, ó entre las tumbas de un cementerio. Las comarcas tristes y estériles simpatizaban extraordinariamente con la índole de su ser, y los desiertos arenosos, las montañas riscosas, las hondas cortaduras de la tierra despobladas eran su habitación, durante estos períodos de misantrópico salvajismo. Gustaba de los elevados picos de las rocas, y desde allí espaciaba su vista desorientada, abriendo desmesuradamente sus ojos sombríos como si pretendiera abarcar la inmensidad de una mirada.

El niño se hizo hombre. Las facultades ingénitas se desarrollaron, y con su pujante desenvolvimiento crecieron las malas raíces que crearon la educación descuidada y la germinación de funestas pasiones. La iniciativa, de que antes carecía el órgano de su voluntad, llegó á ser en él de una potencia arrolladora. Inventó empresas, para cuya realización se necesitarían los pujos de un gigante. Cuando tales ensueños se posesionaban de su mente, su frenesí subía de punto, y tenía momentos de exacerbación febril, que, como en las bestias feroces que tal enfermedad padecen, le sumían en un amodorramiento, muy parecido al que es precursor fatídico de la muerte.

Mientras tales trasformaciones ocurrían en la naturaleza extraña de *Cara de luna*, el vecindario continuaba en su dañina tarea de patrocinamiento benéfico con que se disfrazaba su ansia sin fondo de intervención dominadora. No desmayó con sus primeros fracasos, antes cobró aliento para dar cumplido y eficaz remate á la comenzada obra de regeneración de aquel desdichado ente, borrón y azote de la humana raza. No fué ya la acción individual la que se ocupó de este asunto; el municipio, el augusto municipio, como representación de la cabeza del estado, con sus cuerpos de alcaldes, escribanos, alguaciles, pregoneros y guindillas, reunido en cabildo, expidió un decreto acerca de la mejor manera de proceder en el dificultoso adoctrinamiento de aquel mancebo calamitoso.

Diósele, en obediencia de esta orden, ocupación nueva al mozo incorregible. El campo se presentaba aquel año

© Biblioteca Nacional de España

vestido de sus más opimos frutos. Inmensas llanuras de mieses doradas se extendían bajo un horizonte lleno de luz fecundadora. La siega reclamó millares de brazos, y, en su consecuencia, empleáronse en esta faena campestre todos aquellos desocupados que habían adoptado un vagar sin reglas como única norma de su existencia.

Cara de luna entró á formar parte de una cuadrilla de segadores. En medio de aquellos rostros atezados, que por sombrero llevaban sendos cobertizos de labrada paja, su semblante desproporcionado adquirió mayor realce, acentuándose más vigorosamente sus facciones dentro de su marco irregular. Vedlo, ahora, con la cortante hoz empuñada, ordenado en fila movible con los otros labriegos, avanzando en actitud devastadora, bajo los ardorosos rayos de un día de canícula. Toda la campiña se halla cubierta de aquellos ejércitos, á cuyo pacífico aunque impetuoso pasaje, van quedando atrás, no montones de cadáveres, sino promontorios riquísimos de rubias gavillas. El opulento hacendado sueña con la capacidad de sus trojes, viendo cómo el dentado trillo voltea triturando los manojos de espigas, repletas de granos.

Pero, ¿qué polvareda es aquella que se levanta en la ancha senda de travesía? No son, no, los pesados y chirriantes carros quienes la producen, por más que su carga sea considerable. El vendaval sacude sus alas, y negras masas de nubes apíñanse ya á lo largo del horizonte. Todos los ojos miran en alto, los brazos paran de trabajar, y como á una seña convenida de alarma, todas las labores agrícolas se suspenden, y las gentes todas parten á correr, huyen, se guarecen donde primeramente encuentran un lugar capaz de servir de improvisada techumbre. Oyense aquí y allá gritos desesperados, y el pánico hiela hasta á los más atrevidos en quienes el valor exhaló su postrer aliento.

Una tempestad pesa sobre la atmósfera. Los cielos se deshacen en torrentes, surcados sólo por la voz del trueno y las cárdenas culebrinas de la electricidad. La inundación llega y arrebata los tesoros de la tierra. Cunde la desolación, y toda la comarca se ve en breves días sujeta á las más tremendas catástrofes. El hambre, el crimen, la miseria, pasean sus espantosos espectros por las calles públicas, y ya las fuerzas del hombre se agotan, y no hay cosa que baste á remediar tanto infortunio. Apela el clero á las rogativas, los magistrados á la virtud de la ley, el vulgo á todos los asideros que tiene la superstición.

Las calamidades continuaron lloviendo sobre el pueblo de *Cara de luna* hasta que un día oyóse una voz decir que él era la causa de aquellos inauditos estragos. El rumor fué creciendo, y bien pronto, la tempestad que levantó tras sí, dominó á todas las borrascas del cielo. Un clamor universal pidió su muerte; buscáronle en huestes por los escondrijos más inaccesibles; pero, precisamente cuando tales pesquisas empezaron á ser practicadas, vióse, con gran alegría, que el firmamento desarrugaba el entrecejo, salía el sol y tornaban á reverdecer los campos.

Diferentes versiones corrieron acerca de este hecho. Unos atribuían la súbita aurora de felicidad al propiciatorio sacrificio de la vida de nuestro héroe; otros, que eran por cierto los más piadosos, atribuían este caso al mismo motivo, contentándose sólo con la desaparición, y no la muerte, del promovedor del mal. Estos últimos estaban en lo firme. Aquel ser, dotado ciegamente por la naturaleza de absurdas anomalías, había sido el blanco de la cruel superstición de sus semejantes. Acosado como fiera, por tal se vió, y así se alejó de su lugar gritando con todos sus pulmones:

—¡Crueles! ¡infames! ¡No me veréis más!

JUAN DEL PUEBLO

EL ASIA DE COLÓN

Los primitivos griegos (Homero, Hesiodo, Anaximenes...) creían plana á la tierra. Los grandes geómetras griegos (Eratóstenes, Hiparco, la escuela de Alejandría) demostraron la redondez de nuestro planeta; (nó su esferoicidad). Pero los conocimientos topográficos algo concretos y precisos quedaron vinculados en los navegantes (tirios, cartagineses....), en los mercaderes del Oriente y en los conductores de las caravanas líbicas: sólo trascendían á la generalidad las relaciones de algunos viajeros distinguidos, (Heródoto, Polibio, Posidonio, etc.)

Heródoto (484 - 406), el Alejandro Humboldt de la antigüedad, viajó inmensamente; pues los países por él recorridos abarcan 31° de longitud y 24 de latitud. Lo que describe fué, sin duda, examinado personalmente ó recogido de buenas fuentes: visitó á Babilonia y á Ardérica, los países entre el mar Caspio y los golfos de Persia y Arabia, residió en Egipto, estuvo en Escitia y en Tracia, y recorrió la Magna Grecia.

Heródoto dice expresamente que «el mar rodea al Africa por todas partes, excepto por el istmo que la une al Asia.... En el otoño, los circumnavegantes sembraron tierras en la Libia; esperaron á la cosecha; y, recogida, continuaron su navegación, hasta que al cabo de dos años llegaron á las Columnas de Hércules, de donde fueron á Egipto, en el que desembarcaron al año tercero de la partida. A su regreso, contaron - lo que (dice Heródoto) se me ha hecho difícil de creer - que al dar la vuelta al Africa habían tenido el sol á la derecha hacia el Norte.»

Esta dificultad de Heródoto es precisamente la garantía y la prueba de la realidad de la circumnavegación á que se refiere, pues esa circunstancia era imposible de imaginar ni de referir por quien no hubiese pasado verdaderamente la línea equinoccial.

Polibio y Posidonio, modelos todavía, emularon los viajes y escritos de Heródoto.

La escuela de Alejandría continuó reuniendo materiales para completar el sistema de geografía matemática instaurado por Eratóstenes é Hiparco; pero bien poco se agregó en muchísimos años á las compilaciones y sistemas de Ptolomeo, hasta que en el siglo XIV, un suceso de carácter casi personal vino á influir grandemente en la Historia de la Geografía y en el descubrimiento de tierras hasta entonces ignoradas.

***

En 1259 dos mercaderes venecianos, Marco y Niccolo Polo, compraron joyas en Constantinopla, y las llevaron á vender á orillas del Volga, al Khan de los Tártaros occidentales, quien se las pagó muy bien. De allí, por el Norte del Mar Caspio fueron á Bokhara, donde estuvieron tres años aprendiendo el mongol, y en 1264 se unieron á una embajada que, de Persia, mandaba un nieto de Gengis á Kublai, el gran Khan de los Mongoles, que entonces gobernaba en Tartaria y en China. Kublai recibió muy bien á los dos venecianos; y, queriendo entrar en relaciones con el Occidente, los envió con cartas para el Pontífice Romano, pidiéndole le enviase cien hombres eminentes en las ciencias y en las artes, para que fuesen maestros de su pueblo. Los Polo volvieron á Venecia á los diez y nueve años de ausencia; pero no pudieron cumplir su encargo, por haber regresado á su patria durante el interregno de casi dos años que medió entre la muerte de Clemente IV y la exaltación al solio pontificio de Gregorio X (Teobaldo Visconti de Piacenza, electo en 1271), que en el Concilio de Lyon de 1274 hizo fijar el modo de elección de los Papas por medio del Conclave. Los Polo, entonces, decidieron volverse á Tartaria con un hijo nacido á Niccolo durante su ausencia; pero, noticiosos de la elección de Gregorio X, fueron á verlo en Tolemaida. El Papa hizo que los acompañaran dos dominicos, que, por miedo, se volvieron; y ellos llegaron al campamento de Kublai en 1275. Kublai encargó varias comisiones á Marco Polo en India y China, de manera que Marco fué el primer europeo que penetró en China. Al fin formaron los tres Polo parte del acompañamiento de una princesa de la familia de Kublai, que iba á casarse con el rey de Persia, y en 1291 atravesaron la China, se embarcaron en Fo-Kien (?) frente á la Isla Formosa, de donde, por el Estrecho de Malaca llegaron á Ceilán, y de allí por Ormúz, en el golfo Pérsico, á Teherán. De Teherán volvieron á Venecia en 1295. Marco Polo hizo testamento en 1323.

Era Nuremberga entonces uno de los principales emporios del comercio europeo, y centro de los más entendidos geógrafos. Estos, publicados los viajes de Marco Polo, determinaron la extensión de los países que había recorrido el célebre viajero, computando tan exageradamente la vaga estimación de los días empleados en los viajes, que en los mapas y globos nurembergueses el Asia cubría nada menos que todo el Mar Pacífico, viniendo á caer en las Antillas las playas orientales asiáticas. Es de notar que jamás expresó Marco Polo el número de horas que tenían sus días de marcha, y que los geógrafos alemanes, computando muy mal los datos del famoso griego Eratóstenes, consideraban á la tierra mucho menor de lo que es. Este error de la escuela de Nuremberga fué el tendón de Aquiles de la argumentación de Colón para considerar como camino más corto al Asia el que, tras tantas luchas y contradicciones, logró al cabo emprender, navegando hacia Oeste; - error en el cual persistió con tal ceguera el insigne navegante, que murió creyendo, no haber descubierto un Nuevo Continente, sino haber tomado tierra en el Oriente asiático.

La escuela de Nuremberga, cuyos errores había abrazado el gran Colón, le privó, por otro error insigne, de los honores del gran descubrimiento del Nuevo Mundo; porque las noticias de este colosal acontecimiento llegaron á los geógrafos alemanes juntamente con los nombres de Colón y Américo Vespucio, tan indecisas y confusas, que los alemanes tomaron á Vespucio por el verdadero descubridor.

***

¡Qué lento es el progreso! Así, en veinticinco siglos desde las ideas de la planicidad de la tierra, sólo había conseguido adelantar la humanidad hasta llegar á las ideas de la redondez del globo, y á tener un concepto del Asia tan distante de la verdad, como el del radio de la esfera entonces admitido.

Colón todavía halló en contra de sus proyectos las opiniones de Lactancio y San Agustín sobre la imposibilidad de la existencia de los antípodas; si bien Colón tenía en favor de sus opiniones, no solamente la autoridad del cardenal Aliaco, que en 1416 asistió al Concilio de Constanza, y cuyo tratado de Cosmografía era tan familiar á Colón cuanto que lo tenía lleno de anotaciones de su puño y letra, sino también la autoridad de su contemporáneo Toscanelli, físico y geógrafo de Florencia, cuya interesante correspondencia con Colón nos ha conservado el filántropo dominico, honor de España y bienhechor de los indios, Fr. Bartolomé de las Casas.

***

¿Por qué tanta lentitud? Porque la ciencia no realiza sus pasmosos adelantos sin medios exactos de medir. ¿Qué cómputo sério puede hacerse fundado en *días de marcha*, sin llevar siquiera en cuenta si los días son largos ó cortos? ¿ó calculando el paso de los camellos, como en tiempos de Almamún? ¿ó por el número de las vueltas de un carruaje, como hizo Fernel al principio del siglo XVI?

Los antiguos no tuvieron medios adecuados de medir las distancias angulares. Colón fué de los primeros en aplicar el astrolabio á la navegación. Hasta que Ramsden inventó en 1766 la máquina de dividir, perfeccionada en 1776, las indicaciones de los sextantes no merecían confianza dentro de cinco minutos de grado, lo que podía dejar una duda de cincuenta leguas náuticas. El error de los grandes instrumentos de Ramsden no llegaba á dos segundos y medio, aproximación entonces admirable.

Ni hubo medios de medir aproximadamente siquiera el segundo de tiempo, hasta que el péndulo (semejante á una plomada) se usó como perpendículo. Faltaban reglas auténticas. Ni aun siquiera existían prototipos de medir. ¿Qué mucho que el estado general de la ignorancia fuese como una petrificación? ¿Cómo esperar medir la tierra, sin medidas?

E. BENOT

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Y D. Juan se alejó riendo como un bienaventurado.

Armengol no había tenido tiempo ni para contestarle al saludo primero. D. Juan era así: en tomando la palabra él se lo decía todo.

El sobre de la carta estaba escrito de una letra menuda, firme y esbelta. Abrióle Armengol, y leyó lo que sigue:

«Usted no me conoce, señor D. Angel; ni yo conozco á V. Estamos en igualdad de circunstancias; pero así como V. no sabe quién soy yo, en cambio yo sé quién es usted y me inspira mucho interés su suerte. Como V. es bastante perspicaz para conocer que soy mujer, debo advertirle que sería lamentable que se engriera en la idea de que este interés proviene del amor. No, señor D. Angel; soy mujer, pero no estoy enamorada de V., ni mucho menos. Es otro interés el que me inspira su persona, y aunque parezca inverosímil, pura caridad cristiana es lo que me mueve á escribirle.—Usted desea encontrar algún destino, alguna ocupación, algún medio de ganar su subsistencia con dignidad; pues bien, yo voy á proporcionarle á V. lo que busca. En Cadaqués se ha establecido en grande escala una pesquería de coral. En ella hace falta un hombre de sus condiciones de V., inteligente, activo, honrado, cuya particular afición á las ciencias naturales, halle atractivo en la aislada existencia que es preciso llevar, cuando el punto de residencia está alejado de toda grande población. No crea V. que ignoro cuáles son las condiciones de la vida que ha hecho V. antes de ocurrir el desgraciado incidente que le separó de su padre; sé que tiene V. aficiones aristocráticas, pero sé también que tiene V. talento y con este dato me basta para adquirir la seguridad de que á la hora presente anhele una ocupación honrada y de que aceptará mi oferta. Si así no fuese, confieso que sufriría un solemne chasco.—¿Acepta V.? Pues preséntese V. el día 18 del actual en casa de los *señores Kompert y Macquart*, del comercio de Madrid, y haga efectiva la letra que acompaña á esta carta; trasládese el día 20 á Gerona, salga para Cadaqués el día 25, y en el punto donde se detiene la diligencia hallará al conserje de la *fábrica de pulimento*, á quien se habrán dado las instrucciones oportunas para que conduzca á V. á lo que ha de ser su domicilio y para que le presente en la *masía* donde reside el principal accionista de la pesquería. —¿No acepta V.? Entonces cometerá V. una grandísima necedad.»

Así decía la carta; ni firma, ni fecha, ni nada que indicase su origen. Afortunadamente el sobre tenía bien claro el sello de la estafeta de Barcelona, y esto indicaba algo ya, aunque no era mucho, dada la curiosidad extraordinaria, femenina, loca, que se apoderó de Armengol.

¿Quién era aquella mujer, que, «no por amor, sino por otro interés distinto,» le facilitaba tal medio de salir de su situación, un tanto embarazosa? Acaso alguna de sus parientas. Pero esta suposición le parecía poco razonable.

¿A qué ocultar el nombre en este caso?

Y si no era una de sus parientas, ¿quién podía ser?

En una hora que dedicó á las más extrañas imaginaciones, en que levantó sobre la leve base de una hipótesis incierta, castillos fantásticos que el más ligero empuje de la razón echaba por tierra, su imaginación giraba sobre sí misma, puesta en el cruel torniquete de las dudas, hasta que, colérico de no hallar una explicación satisfactoria, herido en su amor propio, indignado de su torpeza, y de que hubiese llegado á un extremo tal de desgracia, que alguien interesado por su felicidad hubiera tenido que apelar á tan peregrino medio para favorecerle, exclamó, descargando sus puños con brío sobre la mesa:

—¡Pues bien! Sea quien fuere, yo no acepto. Mi dignidad, de que tan vano alarde hago, no puede admitir estos dones de mano que desconozco. Seguiré mi camino, y si por mí solo no hallo salida, moriré.

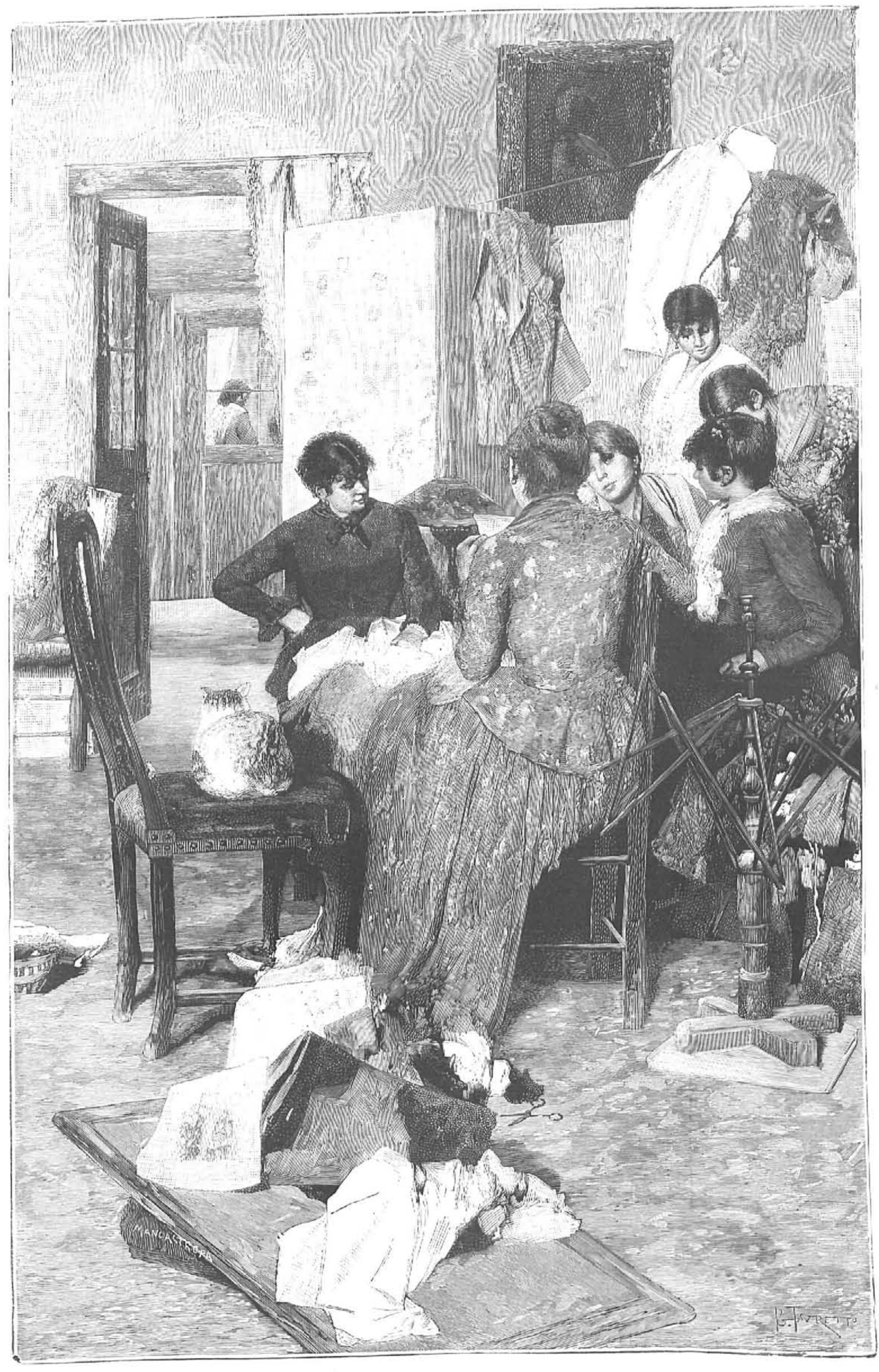
Durante aquel tiempo, había tenido D. Juan el bastante para comer, para fumarse un cigarrillo del estanco, para enjuagarse la boca con un sorbo de agua de la tinaja, para leer la sección de noticias de *El Imparcial* y para

© Biblioteca Nacional de España



CAZADORA CON HALCÓN, cuadro de Fernando Wagner

© Biblioteca Nacional de España



EMPIEZA ASÍ: AMOR MÍO... cuadro de J. Favretto

© Biblioteca Nacional de España



EL SANTO DE PAPÁ, cuadro de Francisco Verhas

cansarse de permanecer callado. Antonia estaba triste y sombría. Su mirar vago no prestaba atención alguna á los incidentes usuales de la comida; tenía su oído, su corazón, su alma toda al otro lado del tabique que separaba la reducida estancia de Armengol de la que ocupaban los esposos; así que cuando el jóven dió con sus puños sobre la mesa, ella no pudo menos de estremecerse, como si entre aquellas manos y su sistema nervioso hubiese habido alguna relación directa, alguna comunicación de electricidad.

—Vamos á ver qué tiene este pobre hombre,—exclamó D. Juan con acento de lástima.—Sus arrebatos de malhumor, su hipocondría. ¡Pobre joven!

El buen señor atravesó el pasadizo y entró de nuevo en el cuarto de Angel. Este seguía en la misma postura que cuando empezó á leer la extraña y original epístola.

—Es V. un niño, D. Angel,—le dijo el anciano,—usted se ha empeñado en ponerse malo otra vez.

—Crea V., amigo, que las cosas que me ocurren no son para menos. Confiese usted que...

—Confieso que la situación de usted es anormal, que le ocurren cosas graves... pero eso no justifica el estado de excitación moral en que vive, ese furor eterno, esa falta de resignación... Vaya, vaya, pues si mis desgracias, que no son menores que las de V., no tuvieran frente á ellas y contrapesándolas, una paciencia á prueba de bomba, ¡jinojo! ¿dónde pararían mis huesos ahora?

Don Juan tenía razón, mucha razón, acaso más de lo que él mismo creía.

—Lea V. esta carta y dígame V. qué le parece,—dijo Armengol.

Sin darse cuenta de ello, había llegado á inspirar confianza á Angel el bondadoso D. Juan, y sin duda porque él le hacía objeto de la más negra de las injurias, se consideraba autorizado para referirle sus cuitas, no siempre con el deseo de oir su consejo y seguirle, sino por una costumbre disculpable. Muchas personas han entrado en posesión de secretos graves, porque los que se les revelaron habían adquirido la costumbre de comunicarles las pequeñas vicisitudes de su vida. Hay hábitos espirituales tan desprovistos de razón como muchos de los hábitos del cuerpo.

A medida que iba leyendo el anciano, sus facciones iban tomando el mayor asombro.

—¿Cómo?—dijo al llegar al fin.—¿Y á V. le causa disgusto esta sorpresa? Pues si es la fortuna que se le mete á V. en casa. Acepte V. sin demora.

—¿Sin saber á quién debo este beneficio?

—¿Qué importa eso? Ya lo sabrá V.—No cabe duda de que el beneficio es cierto, pues la letra de cuatro mil reales que acompaña á la carta es harto elocuente. Nadie se gasta cuatro mil reales por el necio gusto de embaucar á un pobre.

También en esto tenía razón D. Juan, pero Angel no se daba por vencido. Su carácter independiente rehusaba aquella sumisión que le pedía el anónimo y veía en ella una falta de valor personal, la declaración de su miedo á los sucesos que pudieran sobrevenirle.

La noche fué para Armengol de sombrías meditaciones. Antes de amanecer se arrojó del lecho y abrió la ventana, por la que el viento de Guadarrama pasaba sus cuchillos de hielo. El estómago le avisó entonces con incómoda molestia de que la tarde anterior se le había olvidado comer. Tanteóse el bolsillo y sólo encontró en él una moneda de medio duro.

XIV

UNA DUDA RESUELTA

Armengol, desde que recibió la anónima carta, tenía enredado el pensamiento en una madeja de dudas y confusiones.

El orgullo, la necesidad y el misterio libraban en su espíritu una reñida lucha, en la que hubiera sido difícil, desde luego, atribuir la palma á uno de estos terribles contendientes.

—¿Qué dama misteriosa habrá escrito esta carta singular?—se preguntaba Armengol á sí mismo.—¿Qué interés habré podido yo inspirarle en mi desgracia?

Repasaba su memoria por centésima vez los nombres de todas las mujeres que había tratado ó conocido en su vida; cotejaba sus nombres con el que parecía indicar la letra E, inicial timbrada en el sobre y el papel de la carta, y concluía por quedarse tan á oscuras como al principio.

Decidióse al fin por una dama, á la que hacía dos años había cortejado durante su estancia veraniega en Biarritz, y á cuyas pretensiones ella se había mostrado algo indiferente y esquiva, sin duda para probar la fuerza de la pasión que hubiera despertado en el pecho de Armengol, admitiendo ó rechazando á éste, según que su cariño fuera verdadero ó falso.

La dama en cuestión se llamaba Andrea, de suerte que su nombre no podía convenir con la letra del sobre del anónimo.

También se le ocurrió entonces la idea de que era un modo singular de escribir anónimamente la de enviar en el sobre un dato por el que pudiera colegirse el nombre de la bienhechora.

Pensó luego Armengol en otra mujer, y por más que se devanó los sesos no pudo sacar una chispa de luz que le iluminara en aquel enmarañado laberinto.

Se dió, al cabo, por vencido y determinó no hacer nada en dicho asunto, que no fuera darlo al olvido.

Armengol dejó pasar en claro dos ó tres días, haciendo todo lo posible por olvidar la carta; pero esta era una maga que le había hechizado con su varita de virtudes, y le tenía siempre bajo el dominio de su encantamiento.

Además, lo misterioso es como el abismo, que atrae y fascina á todo el que, conocedor de él, se asoma una vez á su borde.

El deseo de explorar sus concavidades oscuras y sus escondrijos crece por momentos; hasta que hiriendo el sol de lleno toda la sima, enamorado el espectador de las flores, de las piedras preciosas, de los iris que forman las aguas al brotar de una peña, de todos los encantos, en fin, escondidos hasta entonces á sus ojos en aquel recinto, concluye por marearse, desvanecerse y caer al fondo lanzado como una flecha.

Armengol acabó también por lanzarse resueltamente en busca de la solución de aquel problema.

Imaginó que el mejor modo de averiguar la procedencia de aquella carta era remontarse hasta sus fuentes.

(Continuará)

© Biblioteca Nacional de España

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Un plantador alemán, M. Schuck, que está en muy buena inteligencia con el sultán, me propone ser mi introductor. La historia de M. Schuck se podría titular: *Cómo se llega á ser dato en la isla de Joló.* Antiguo capitán del famoso Mina, estaba en relaciones con los de Joló antes de la conquista española y goza de gran prestigio entre los naturales; mas por muy respetado, y hasta temido, que sea M. Schuck, tropieza algunas veces con graves dificultades para realizar con buen éxito sus empresas agrícolas.

17 diciembre. – Se ha convenido que iríamos á buscar á M. Schuck para dirigirnos después á Maïbun; ayer fuímos, y al llegar á su casa no la reconocíamos ya, pues desde la víspera había sufrido una trasformación completa; las galerías y las escaleras se han suprimido; la caseta está circuída de una sólida empalizada de estacas y de bambúes; y es que la noche anterior, á eso de las doce, la casa ha sido asaltada de improviso por una cuadrilla de merodeadores. M. Schuck, despertando sobresaltado, ha muerto á cuchilladas á uno de los agresores, que había penetrado ya en su habitación, y consiguiéndose con esto una tregua, se ha podido atrancar puertas y ventanas para sostener un sitio en regla, al estilo de Joló. El tejado de nipa se ha cubierto de flechas inflamadas, pero muy húmedo aun por una reciente lluvia, no se ha encendido. M. Schuck disparaba al acaso, y cuando al fin amaneció, dispersáronse los sitiadores, dejando tres muertos y un herido: era éste un hombre de formas atléticas, que una fractura del' fémur le había dejado inmóvil, echado en un rincón, y allí esperaba flemáticamente su muerte de la cual decidirá el sultán, á quien M. Schuck tiene ahora mayores deseos de ver, á causa de lo ocurrido. Recomienda á sus hombres que no abandonen la casa, entrega su revólver al indígena que debe mandarlos en su ausencia, montamos á caballo, y hétenos al punto en marcha hacia Maïbun. Después de atravesar un bosque, seguimos al galope una inmensa pradera que se extiende al pie del monte But-Pulah, y desaparecemos en un mar de gramíneas, cuya superficie nos oculta casi. Me ocurre que el sitio es muy favorable para una sorpresa, y en el mismo momento surgen ante nosotros cuatro hombres armados hasta los dientes; hemos caído en una emboscada, pero sin duda se había preparado para uno solo y somos cuatro. Los bandidos caen en su propio lazo; y mientras que sacamos los revólvers de las pistoleras, las lancas de los moros se inclinan, y uno de ellos, provisto de un fusil de pistón, le desarma con aire compungido. Por fortuna para estos piratas del bosque, vamos deprisa; llevar prisioneros retardaría nuestra marcha; y después de dirigirles algunas amenazas tremendas, seguimos avanzando á galope.



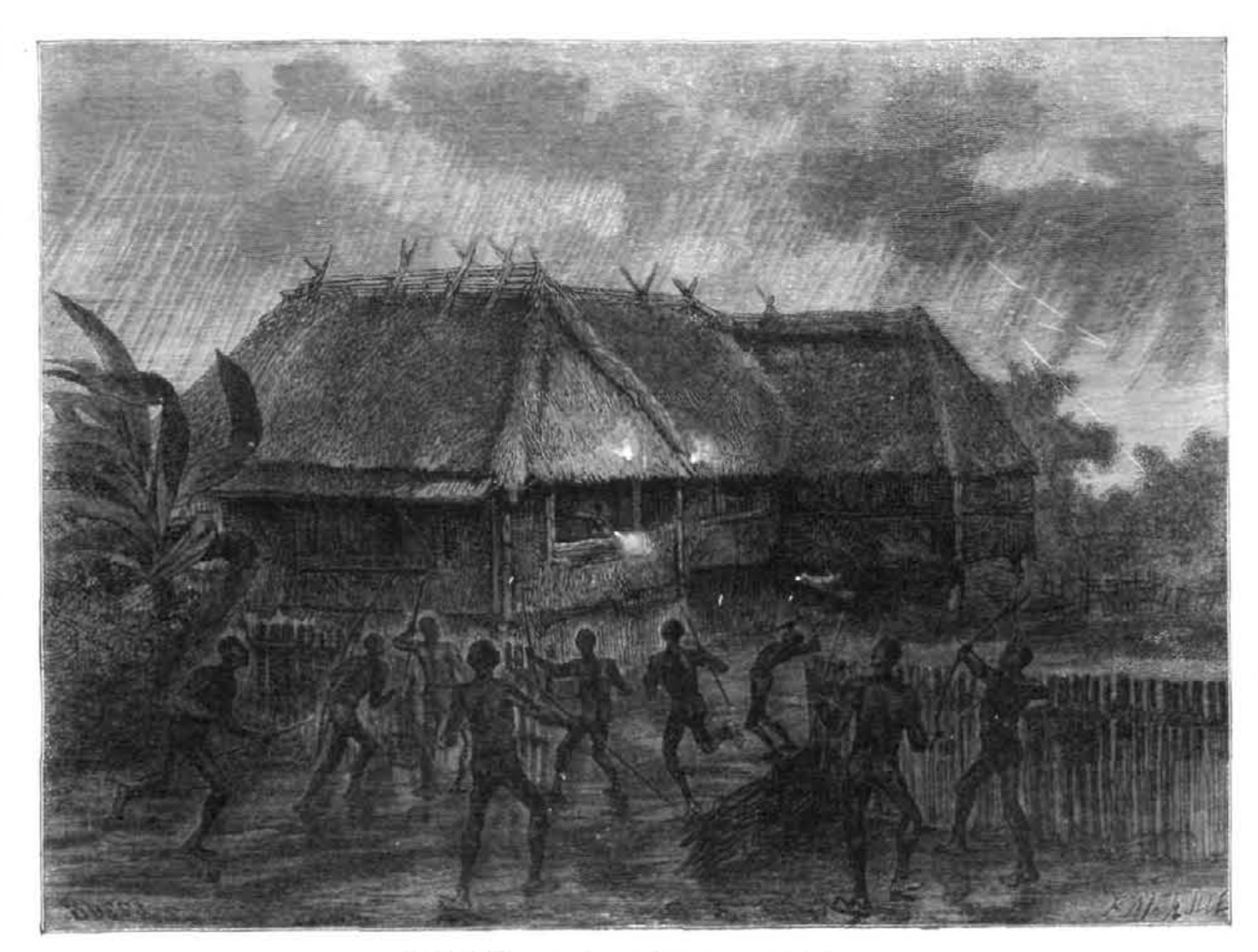
COLLEONI, estatua ecuestre en bronce por Verrocchio y Leopardi

El sendero que atraviesa la isla de norte á sud, desde Tianggi á Maïbun, no presenta en punto alguno graves obstáculos; y hasta se ve que antes de la guerra, cuando la isla estaba llena de esclavos, se conservaba bien; hoy es preciso vadear los arroyos, pues los troncos de árboles que servían de puentes hállanse casi reducidos á polvo. El sendero atraviesa primeramente un bosque entre los montes But-Dato y But-Pulah, por una parte, y Tuman Tangis por la otra; á partir de este punto serpentea con ligeras desigualdades sobre las pendientes un poco onduladas que se inclinan hacia el Sud. En todo el trayecto sólo se ven algunas raras casetas ruinosas y solitarias, sombreadas por los cocoteros y otros árboles, donde viven familias enteras de monos, que apenas nos dirigen una mirada distraída. Sólo en la inmediación de Maïbun se ven algunas casetas habitadas, pero mezquinas y sórdidas.

Después de franquear el último arroyo penetramos en una extensa pradera, donde resuenan detonaciones á intervalos iguales: estamos en el polígono del sultán, que siempre se entretiene en tirar al blanco por la tarde. Su palacio, inmensa construcción rústica de cañas y de nipa,

NUBLADO, cuadro de Roger-Jourdain

© Biblioteca Nacional de España



Viaje á Filipinas. – Asalto de la casa de M. Schuck

elévase á corta distancia; la pradera está limitada á nuestra izquierda por un arroyo profundo, y más allá se ve el pueblo de Maïbun que se extiende hasta el mar.

Nos apeamos para dirigirnos al sitio donde está Mahommed Yamalul Alam. El sultán, rodeado de sus cortesanos, ocupa un rico sillón en un mísero kiosco de nipa, y á su lado vemos á su hijo Brahamuddin, que tiene una expresión inteligente; los dos ostentan un magnífico traje de la más rica seda de la China; en sus kriss y sus sortijas brillan las piedras preciosas; pero las personas que los rodean no se distinguen por este lujo, aunque las armas de varios de los cortesanos podrían llamar la atención por sus empuñaduras delicadamente cinceladas, en las cuales abundan las perlas, diamantes y rubíes. Estos cortesanos tienen una actitud muy libre, aunque respetuosa, y nos dirigen miradas poco afables. El sultán tiene un aspecto grave y digno; le saludamos, manda traer asientos, y el tiro continúa.

El sultán no tira jamás, contentándose con juzgar de la destreza de los que se ejercitan. Sólo se emplean fusiles antiguos, fabricados en Borneo, sumamente pesados, cuyas baterías y cañones están en muy mala condición. Dos esclavos, después de cargar las armas, las dejan sobre una especie de horquillas. Entablo la conversación con el sultán, que habla muy bien el malayo, con estilo sencillo y elegante, libre de los solecismos usados en todos los puertos de mar. Me dice que si no ha contestado antes á mi carta es porque estaba enfermo; pero la verdadera causa de su silencio es que no ha podido leerla.

Acércase la noche, la corte vuelve á palacio, y el sultán nos invita á seguirle.

La vasta caseta designada con ese nombre está sostenida, como todas las del Archipiélago, por una estacada en la cual vemos atados búfalos y caballos, que piafan en una especie de lodazal. Se trepa al palacio por medio de una escala, y después de atravesar un vestíbulo, penétrase en la sala de audiencia, que ocupa toda la longitud de la construcción y la mitad de su anchura; á la izquierda, esta habitación no está separada del harem más que por unas ligeras cortinas y un estrado de bambú; á la derecha, á lo largo de la pared, se corre un banco, delante del cual se agrupan los esclavos y los habitantes de Joló á quienes la curiosidad atrae, porque á estas horas están siempre abiertas las puertas del palacio, y todos los hombres libres ó esclavos, pueden hallar al sultán y asistir á las audiencias cuando quieren.

El mobiliario es casi nulo; varias bujías colocadas en candeleros iluminan bastante bien la asamblea. En el fondo, debajo de una especie de dosel formado con telas de vistosos colores, elévase el trono, ó más bien el estrado del sultán, el cual se sienta á la turca, apoyándose en unos cojinetes ricamente bordados. El presunto heredero se coloca junto á su padre, y detrás de ellos un *hadji*, pandita del Afghanistan, que ha *hecho fondo* en Maïbun despues de numerosas aventuras; este insoportable personaje, tan vanidoso como ignorante, es consejero íntimo y mayordomo de palacio. Los cortesanos están junto al trono, con la mano apoyada en la empuñadura de sus kriss.

Se traen para nosotros sillas y una mesa, y nos sirven desde luego un chocolate muy malo, al que sigue más tarde una comida sazonada con salsas incendiarias, pero exquisitas.

La etiqueta de la corte concilia muy bien la libertad y el respeto. Todo el mundo fuma como el sultán ó masca betel; los servidores, las mujeres, los curiosos van y vienen y se inclinan sobre nuestros hombros para vernos comer; pero cuando se habla al sultán, es preciso hacerlo con la expresión de una profunda deferencia, y si se le da algún objeto, se ha de sostener con las dos manos inclinándose la persona como si presentase alguna ofrenda.

Después de nuestra comida, el sultán interrumpe el despacho de los asuntos para hablar con nosotros. Acepta sin grandes dificultades que hagamos su fotografía, y conviénese en que volveremos á los pocos días; entre tanto nos alojará en una de sus casas, en el pueblo de Maïbun; pero rehusa políticamente, aunque con obstinación, dar la orden de conducirnos al lago de Panamaut, el cual quisiéramos visitar, porque debe contener riquezas zoológicas de primer orden. El sultán teme todo incidente que pueda turbar su tranquilidad, y me indica que nos vería circular con gusto en toda la extensión de sus dominios; pero que á menos de levantar un ejército para escoltarnos, no puede responder de nuestra seguridad, no creyendo, por otra parte, necesario exponernos á las complicaciones que resultarían de un accidente.

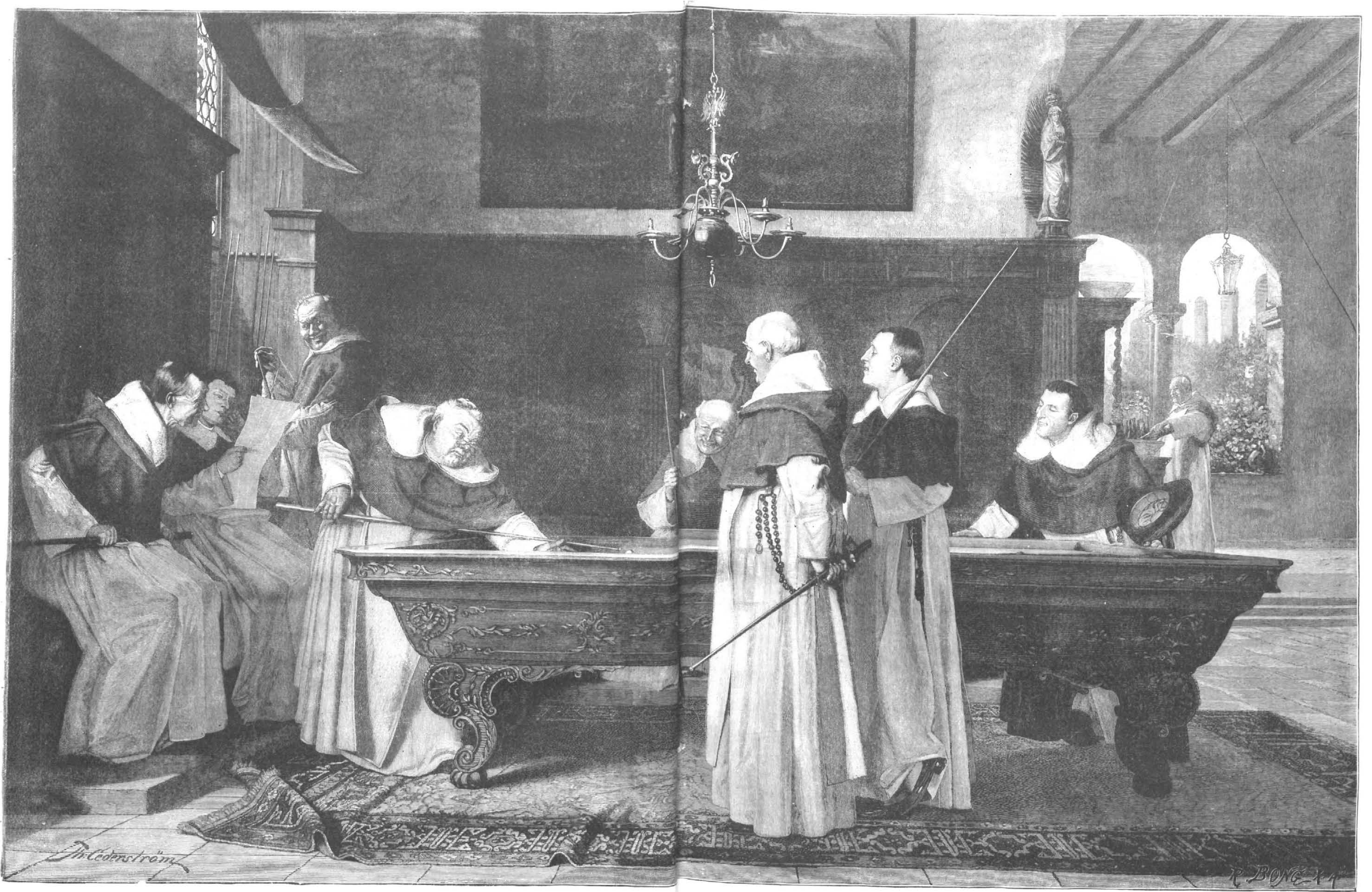
(Continuará)

Viaje á Filipinas. – Visita del autor al sultán de Joló

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

© Biblioteca Nacional de España



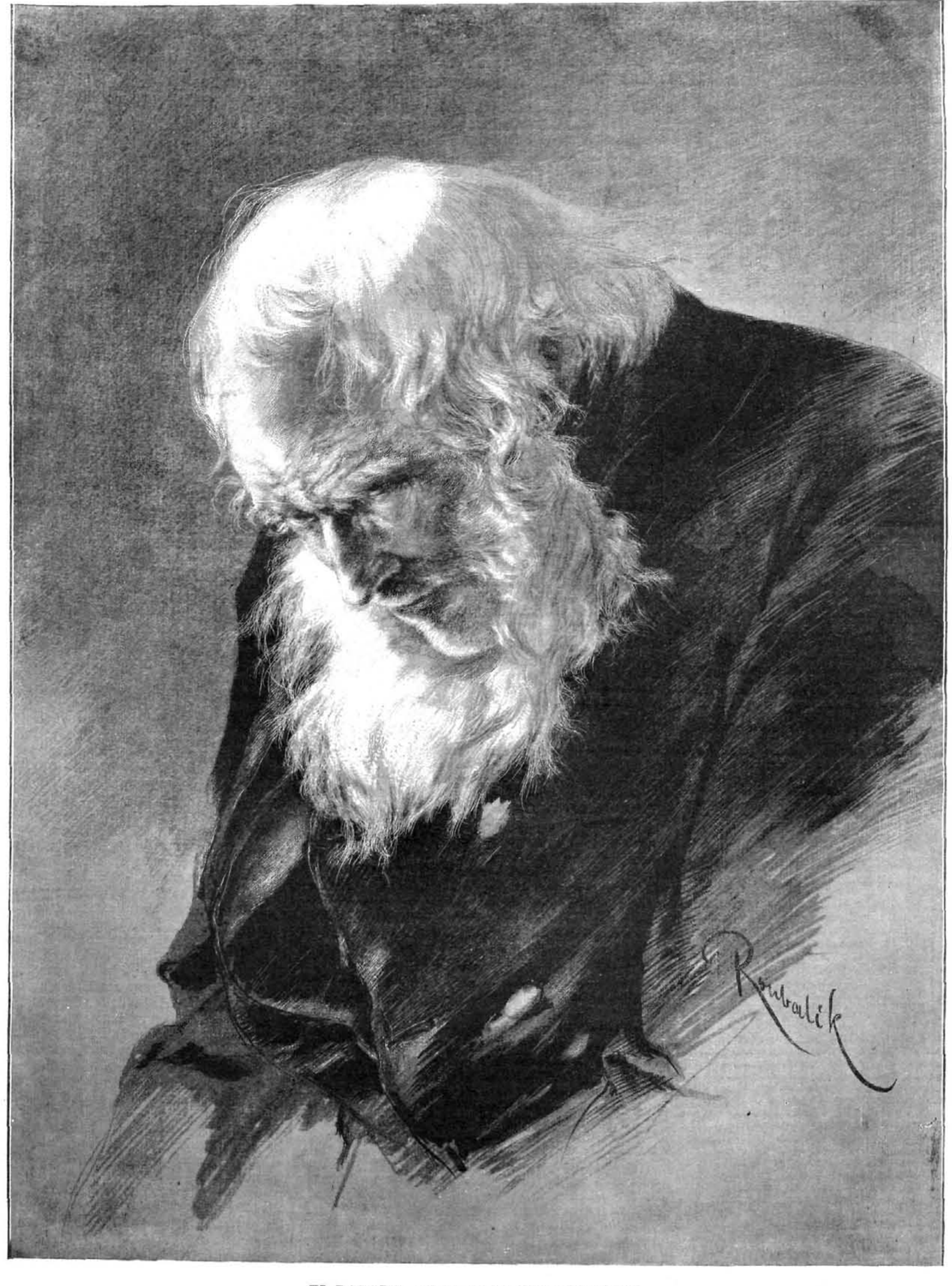
¡ANIMO, COMPAÑERO! CUADRO DE TH. CEDERSTROM

© Biblioteca Nacional de España

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 12 DE ABRIL DE 1886 — NUM. 224

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PASADO, cabeza de estudio de Roubalik

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—Quiebra-cántaros*, por don José Zahonero.—*Nido escarbado..... familia disuelta (continuación)*, por don J. Ortega Munilla.—*Crónica científica: Condensación del humo por la electricidad estática*, por G. Tissandier. — *Viaje á Filipinas (continuación)*, por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*El pasado*, estudio de Roubalik.—*Lago de Lugano, Suiza*, dibujo de J. M. Marqués. – *Oliverio Cromwell visitando á Milton*, cuadro de David Neal.—*Tipo de marinero finlandés*, estudio del natural de A. Edelfelt.—*Carreras al trote*, cuadro de Gustavo Marr. — *Gran aparato para el estudio de la condensación del humo.—Pequeño aparato para el humo en reposo.* – *Mujer de Joló.—Praw de Joló.*

NUESTROS GRABADOS

EL PASADO, estudio de Roubalik

Los años han inclinado esa hermosa cabeza, que un día se irguió fieramente. ¿Nada más que los años?... No es difícil la respuesta.

Haber vivido mucho significa, por regla general, haber sufrido mucho, haber concebido muchas esperanzas y cosechado muchos desengaños.

No los años solamente; las penas, al par de ellos, han abatido al triste anciano. En el último período de su existencia, el pasado entero acude á su memoria; y en este pasado, ¡cuán pocas glorias compensan tantas fatigas, cuán breves horas de placer para indemnizar de tantas eternidades de dolor!...

El autor de ese estudio es un artista checo, ó bohemio, que ha dado pruebas de verdadero talento. Examínese con detención esa cabeza venerable y se verá que sobre ella pesa todo un mundo de recuerdos. Su fuerza de expresión es notabilísima, y si de ella pasamos á los detalles de su factura, son tantos y de tan primer orden que, para compararla, tendríamos que recurrir á los estudios de los grandes maestros, á esas carteras que guardan la primera inspiración de las obras inmortales del arte.

LAGO DE LUGANO, SUIZA, dibujo de J. Marqués

En nuestro número 219 publicamos un paisaje que demuestra cuán bien comprende Marqués la agitación del azud: nuestro dibujo de hoy, digna pareja de aquél, prueba que no menos felizmente interpreta la tranquilidad del lago. Cuantos han tenido ocasión de recorrer los lagos de Suiza, de Italia ó de Escocia y gustar las emociones plácidas que se experimentan en estos fáciles viajes, saturados de poesía, comprenderán la que se desprende del dibujo de nuestro estimado y asiduo colaborador.

Por nuestra parte, á la vista de ese vapor que surca las inmóviles aguas, nos permitimos lanzar un suspiro, manifestación de nuestra nostalgia, y exclamar:

–¡Quién pudiera, en el viaje de la vida, embarcarse en esa nave y tener siempre á la vista tan pintorescas orillas y tan risueños horizontes!.....

OLIVERIO CROMWELL VISITANDO Á MILTON cuadro de David Neal

Cuando en 1640, estalló en Inglaterra aquella famosa revolución que condujo á Carlos Estuardo desde el palacio real hasta el cadalso, Milton encontrábase en Italia y soñaba en emular la gloria de Torcuato Tasso, á la sazón en su mayor apogeo. Los acontecimientos de su patria le distrajeron de la poesía para lanzarse al terreno de la política; y quizás la violencia de sus escritos atrajo hacia él la atención del poderoso Cromwell, que le hizo nombrar secretario intérprete latino del Consejo de Estado. Desde entonces dató la amistad entre el poeta, entonces mal apreciado, y el protector, de quien fué secretario particular.

A esa época se refiere sin duda la escena que representa el cuadro de Neal. Si el autor, empero, ha querido significar en ella la consideración que el gran poeta mereció al gran político, creemos que ha cometido un error histórico. El genio de Milton era aún poco apreciado. No había compuesto todavía el famoso *Paraíso perdido*, poema que á su aparición obtuvo escaso aplauso; y el protector no era un literato de gusto tan exquisito que se anticipara al juicio de la posteridad, formado bastantes años más tarde por iniciativa de Addison en Inglaterra y de Voltaire en Francia. Esto no impide que el lienzo de Neal reuna verdaderas condiciones artísticas.

Cromwell penetra en el cuarto de trabajo del entonces gran controvertista á tiempo que éste ejecuta una composición en el *armonium* ú órgano, instrumento á que era muy aficionado y que contribuyó no poco á endulzar sus penas cuando, ciego, perseguido por sus opiniones políticas, sin fortuna y lacerado el corazón por irreparables desgracias de familia, se vió en la necesidad de vender por treinta libras esterlinas su inmortal poema. El árbitro de Inglaterra, más viejo, más feo y más desaliñado de lo que fué en realidad, se detiene para escuchar los acordes de la música: Milton, figura de segundo término, absorto por completo en su música, no se apercibe siquiera de la visita. Quizás el poeta resulta desairado en el cuadro; pero el conjunto de éste es de buen sabor y revela que el artista ha trazado su obra con buena voluntad y estudio.

TIPO DE MARINERO FINLANDÉS, estudio de A. Edelfelt

El gran ducado de Finlandia, en otro tiempo provincia sueca, forma parte actualmente de la Rusia europea. Su golfo viene á ser la vía marítima de San Petersburgo, y sus naturales son honrados, bondadosos, laboriosos, pacíficos; cualidades todas que se reflejan en la fisonomía del tipo que publicamos y que hace de él un verdadero ejemplar sintético de aquel pueblo. Como dibujo está hecho con una sencillez, á la par que con un vigor de verdadero maestro.

CARRERAS AL TROTE, cuadro de Gustavo Marr

El genio es don del cielo; pero los artistas son de carne y hueso y tienen necesidades idénticas á las de los mortales más prosaicos. Esto les impulsa á seguir en algo, por lo que á sus trabajos se refiere, el derrotero que les traza la moda, fuera de la cual no se consumen productos en el mercado caprichoso de los que tienen dinero para emplear en obras de arte. Hoy, por ejemplo, está en boga el *Sport;* y Marr, que tiene ductilidad de talento, ha pintado unas carreras al trote... Bien hecho; porque estos cuadros, cuando están bien ejecutados, como el que publicamos, se venden también al trote y hasta al galope tendido.

Después de todo, una carrera al trote ni es cosa fácil de realizar con estricta sujeción á reglas, ni de pintar con precisa sujeción á hechos. Hasta el año 1840 no se introdujo esta novedad en Inglaterra, que es la patria de los modernos centauros, y hasta 1878 no se inauguró en Berlín, que por el pronto hubo de reducirse á esos trotes. Marr sabe todo esto, y sabe que los caballos rusos son los más adiestrados en ese ejercicio, y sabe que el conde Orloff es el dueño de los mejores caballos trotadores, y sabe, en suma, otra porción de cosas igualmente interesantes, para pintar con propiedad un cuadro como el que publicamos.

QUIEBRA-CÁNTAROS

I

¡Por Dios que no parece sino que las pajuelas de la almohada se tornaron agujas, que de guijarrillos está relleno el colchón y no de vellones, según lo que la cama le molesta á Teresa! De buena gana ésta buscaría á tientas con la mano hasta dar con las medias y los zapatos, y se levantaría á encender el candilejo en el rescoldo del hogar, si no temiera hacer ruido despertando á padre!

Diríase que había bebido, según las cosas que se le venían al pensamiento, ó que le había ocurrido alguna desgracia, tal era la pena que tenía en el corazón; no cerró los ojos en toda la noche; suspiró recio, movióse de uno á otro lado, y haciendo por desvelarse de un ensueño quimérico volvía á él, y haciendo por dormirse despierta se sorprendía y pensando en lo propio, sin acertar á decir si se hallaba mortificada de no dormir ó inquietada por una fatigadora pesadilla.

¿Y todo por qué? ¡miren qué cosa! Tentaba á risa el saberlo; pues ni más ni menos que porque estando ella sentada á las piedras-grullas cerca de la carretera, vió llegar hacia aquel punto montado en un caballo de los que pueden llamarse hermosos, á Fernando, el hijo del amo de los Zarzuelos, dehesa que no se halla muy lejos de los Castrojales, el pueblo donde Teresa había nacido y donde entonces vivía.

Fernando le dió miedo y alegría al propio tiempo; la verdad es que padre le había dicho que Fernandín estaba muy mozo y cumplido y con portes de hombre y aires de galán y mucho señorío en la persona.

Cuando Teresa oyó esto, se echó á reir esperando reirse en las barbas del señorito y darle, como cuando los dos eran chicos hacía, un torniscón tentándole á correr y á saltar, escalando como antes los árboles en busca de nidos, como antes jugando y riendo.

¡Cabal y justo! así ella había de respetar al nuevo señorito como respetaba al gato cuyas orejas y cuyo rabo sentía tentaciones de pellizcar sin daño y como provocación al retozo!

Pero cuando el señorito Fernando llegó, Teresa, que era dos años mayor que el jovencillo, se puso roja y estuvo aturdida, y no supo lo que contestaba... y le dió ceremoniosamente el tratamiento... No era ya Fernando aquel muñeco con el que tanto había jugado! Y no bien se acostó, dió en pensar en el señorito viéndole siempre ante los ojos, montado á caballo... alardeando de persona de valer; tenía la cara más seria, los ojos más grandes, bajo el negrear del bozo unos labios encendidos, más estatura, más pecho, más espalda, voz recia... los cabellos negros y ensortijados y una expresión en el rostro... que encantaba, sorprendía y amedrentaba á Teresa.

Ella le habló como antes lo hacía él, con miedo; él, como antes acostumbraba á hacerlo ella, con marcado acento de protección.

Y pensando en esto y viendo esto, por el ventanuco del cuarto creyó descubrir una tan indecisa claridad que en un principio juzgó sería ilusión de los ojos; después la claridad marcó las salientes vigas y las sombras de éstas en el techo, destacáronse los pesados racimos de uvas de colgar que á modo de cristales de la araña de un salón pendían allí, y la cesta y una sarta de chorizos, todo esto en lo alto; el arcón, el harnero y la artesa de amasar, multitud de objetos y algunos muebles que había en el cuarto de Teresa, todo fué descubriéndolo completamente la claridad del día en su rápido aumento.

Y Teresa no se levantaba; ya había entrado en la cerca Pedrucos el pastor; había oído desde su cama la moza el chirrido que producía el portillo al abrirle ó cerrarle; los bueyes volvían del bosque; se sentía ya el cascado sonar de los grandes cencerros; había percibido el rastrear de los zapatones de Lolo que iba por su asna para llevar la leche de venta á la ciudad.

Cuando las campanas de la iglesia sonaron, Teresa llegó á pensar si padre se habría levantado ó no; raro era el día que á la hora de tocar el chicuelo no se hallaba en la sacristía el padre de Teresa.

Esta se levantó por fin, se lavó en agua fresca y limpia, peinóse con rapidez y destreza y salió á la cocina y allí recibió una viva sorpresa: Fernando se hallaba sentado junto á la puerta de la casa en un banquejo de encina.

– Teresa, vengo por tí, has de ir á ver el corral del palacio, – dijo Fernando.

– Bueno, – contestó con voz debilísima la moza.

– Desde que tu padre y tú no os cuidáis de eso, tiene aprensión mi madre de que no hay el número de patos, pavos y gallinas que le dicen.

– Créame, señorito, que lo mismo le cuida la Cayetana que yo le cuidaba.

Así sería, pero la señora Marquesa, madre de Fernando, pensaba lo contrario de lo afirmado por Teresa; ésta era invitada por el joven para que fuese con él al palacio.

– ¿Ahora, señorito Fernando?

– Pues esto es, ahora; tu padre se ha ido á la iglesia. Ya le dije que venías, y lo que es conmigo te deja. ¿Te acuerdas de cuando colándote por el ventanillo del sobrado, saltabas al pajar y por este salías á donde yo te esperaba y nos íbamos á Palenciana, á Río Morjes, á Fuente los Picos ó Cerro-Tilo, cerca de Mejorana?

Vaya si se acordaba. Se acordaba de cuando iban los dos á catar las colmenas, á levantar los pedruscos para aplastar alacranes si los descubrían, á comer antes de tiempo las frutas de la huerta ó tirar piedras á las piñas en el pinar de Palazete.

Había perdido Teresa todo temor y hablaba sonriendo al recordar todo aquello de que Fernando le hablaba, y éste y la moza charlando salieron de la casa y emprendieron al paso el camino del palacio.

El sol saliente tendía horizontales sus rayos, y los rostros de Fernando y de Teresa recibían la iluminación tenue de tono de fuego que se cobra á la mañana marchando cara al sol; tendíanse en vuelo rápido desde la alameda del pueblo al bosque de los Zarzuelos, las bandadas de abejarucos bulliciosos, saltaban los gorriones por el camino ante los jóvenes, de los surcos salían escapadas las terrerillas y las caperuzonas, cuyas alas doraba el sol, y se veía el ganado de Pedrucos marchar á la dehesa.

Los jóvenes no se hablaban; iban como tantas veces cuando chicos habían ido silenciosos á buscar esas aventuras de los niños en los campos, el hallazgo de una planta ó de un insecto raro, la sorpresa terrible que produce descubrir un reptil venenoso, la caza de pájaros y el robo de frutas y de flores.

¡Cuántos millares de pajarillos rompiendo los huevos, escapando después del nido, habían volado por cima de aquellos campos, y cantado en aquellos lugares y habían desaparecido dando lugar á otros y otros, tanto como flores brotan y se renuevan en aquellos primeros momentos de aparecer la vida primaveral, cuando el ambiente era tibio, cuando la luz era deslumbrante, cuando cada flor exhalaba su aroma y cada avecilla su pío! Fernando y Teresa se habían hallado juntos, asombrados, gozosos y libres.

– ¿Se ha de quedar por aquí mucho tiempo el señorito? – preguntó Teresa.

– ¿Por qué me dices *el señorito?* Cuando no haya gente delante, llámame como me has llamado siempre, – dijo Fernando sonriendo; y descubriendo el temor y el asombro pintados en los ojos de Teresa, añadió:

– No abras tanto los ojos, mujer.

Y entonces la miró Fernando; hasta entonces no lo había advertido: Teresa había crecido, y sin duda, como no salía, como cuando era niña, á picardear, el sol no quemaba tanto su cara que estaba más blanca; la boca era fresca, los colores hermosos; bien sabía ya el cadetillo Fernando lo que eran mujeres bellas, y á no saberlo, hubiéralo aprendido con sólo mirar á su amiga; el pelo de ésta era de un color castaño con centelleos de oro al sol, el cuerpo gracioso y esbelto.

La verdad era que Fernando tenía cariño á Teresa; pero al verla tan linda, sintió una inexplicable alegría.

– ¿A que no sabes, – le dijo el joven, – porqué tienen algunas personas que yo conozco los ojos grandes?

Teresa se encogió de hombros sin comprender la malicia de la pregunta.

– Pues para que se puedan ver y no los pierdan los pies que son tan menudos y lindos como está á la vista, porque he de mercarte unos zapatos que sean de oro y te sirvan de zapatos y de pendientes.

Una ardorosa mirada del jóven, todo el fuego juvenil abrasó á Teresa; confusa, ruborizada, entontecida, siguió á Fernando, el cual, precedido de un criado no bien hubieron llegado al palacio de los Zarzuelos, fué á visitar el corralón.

II

Quien quiera que fuese el que encontrara camino de Segovia al sacristán de los Castrojales montado en su asnuelo, metido en su funda el violín y el envoltorio bajo del brazo izquierdo, con la vareja de fresno en la diestra para avivar por agudo flagelo al borriquillo, el cual, no bien sentía el latigazo en las ancas, aguzaba las orejas y ponía pies como el viento ligeros; quien viese á Tiesteban, el sacristán de los Castrojales, padre de Teresa, menos triste, menos grave, con ojos vivarachos y sonrisa de hombre satisfecho, no hubiera reconocido en él músico de los bailes rival del gaitero, al cantor de vísperas y de entierros, roba cabos y apaga velas, ni al medidor de trigo, ni al negociante en granos que tenía el pueblo.

– A buen andar, señor Tiesteban, que la madrugada ayuda y la gente está de fiestas, – decíale una mañana Vitorio, el guarda bosque, atajando al asnuelo en que el sacristán venía montado. – ¿Dónde bueno? – añadía poniendo en tierra la culata de la carabina y apoyando la mano derecha en la bandolera de chapa dorada.

– ¿A dónde he de ir, Vitorio, si no es á la Mejorana y á Urraca á ver si se hace danza en la plaza ó se canta la salve en la iglesia? – replicaba Tiesteban.

– Y como no les da á los de por aquí por música de *vigulín*, volverá V. con su música, á no ser que vinieran señoritos de la ciudad ó de la villa, que esos bailan abrazaos y se sobresaltan en cuanto que oyen pitar la gaita, ó el racataplán del tamborín. Pero diga, Tiesteban, ¿cómo es que nunca lleva de función á la hija? ya es bien moza, y el paño en el arca se apolilla... mejor que como suelen decir, se vende. Nadie compra lo que no le enseñan y palpa, que ha de mirar si es de buen ver y de buen hilado.

– Déjeme, Vitorio; más sabe el cuerdo en su casa que el loco en la ajena; la chica no está por esos salti-brincos; además, bien sabe Vitorio que hacen ruedas en el aire los milanos.

– Vaya que es malicioso, Tiesteban. Apuesto á que por aquello del niño del amo cuando la decía que si el pelo era negro visado de azul como ala de vencejo, si tenía boca como golosina de confitura, y de si Dios la había dado aquellos tan grandes y hermosos ojos para que pudiera verse la menuda gracia de sus piececicos, que bien me

© Biblioteca Nacional de España

acuerdo de haber oído estas lindezas al amo, se escama el sacristán y guarda á la más lucida y vistosa doncellica de esta tierra.

– Del señorito nada he de temer ni de ella... se han criado juntos como hermanicos. Yo me sé, y qué he de temer... No ando descaminado... Crea que jamás hice malicia sin causa, y déjeme ir que tengo priesa, y la misa mayor en las Mejoranas está á empezar según que repica mi compadre Andrio, – contestó aturdido el sacristán.

– Vaya en gracia de Dios, Tiesteban; pero deje que la moza venga á los bailes que alegra su padre; no sea el regocijo sólo para el *vigulín* y el que lo toca.

– En casa dejé á la moza, así la guarda y la casa á ella, – dijo Tiesteban.

Dicho lo cual arreó al asno y á paso rápido en trote picadillo, el burro puso danzando al aire las faldillas de la levita, las alas del sombrero, los cordones de la funda donde iba el violín, las vacías alforjas, dando á todo el vivo movimiento de su acelerado caminar.

– ¡Queda en casa! – pensó Vitorio sonriendo. – Tiesteban no estará de vuelta hasta mañana, en Mejorana no hay fuente, á la madrugada vendrá Teresa á Quiebra-cántaros... ¡Pobre sacristán! canta á los santos y azuza danzas... El buen paño en el arca es robado!

Y el viejo guarda bosque, arma al hombro, siguió en opuesta dirección á la que el sacristán siguiera en su borriquillo.

III

Hacia el lado por donde á la empinada de cerro-Tilo se sube, en el fondo de una pedregosa grieta cercada de zarzamoras y escaramujos, se halla la fuente de Quiebra-cántaros.

¡Quiebra-cántaros! el lugar de maliciosas murmuraciones; el lugar de las sospechas y de los temores. Quiebra-cántaros se halla entre los Castrojales y Mejorana.

Forma la grieta, desde la poza al valle, un lecho de guijas por el que corre un cintillo de agua que el prado bebe y en él se empapa cobrando lozanía y frescura. Para llegar á la poza de la fuentecilla hay que saltar peñas formidables y oscuras, muros deformes que parecen una defensa de titanes para resguardar el gracioso capricho de aquel manantial en estrecho cerco. El camino es quebrado y desigual, le escalonan agudas piedrecillas puestas en filo y en puntas que destrozan los pies como los zarzales inmediatos desgarran los vestidos.

El ganado bebe en abrevaderos hechos cerca del prado con pedruscos y mimbrales; los pastores suben al manantial; allí se arrodillan, se apoyan en las palmas de la mano, echan atrás el sombrero y bajan la cabeza hasta tocar con sus labios la fuente y besar los de la imagen de su rostro que reproduce la límpida superficie de la poza.

Las mozas llenan sus cantaritas cerrando con piedras la parte más escalonada del arroyuelo y sirviéndose para coger el cordón de agua de una caña que de caño les sirve y con el que llenan las cántaras.

Difícil y expuesto era bajar con el cántaro á la cabeza ó á la cadera por el áspero sendero de pedruscos; pero el agua de Quiebra-cántaros es la más dulce de todas cuantas hay por aquellos contornos; su manantial jamás conoció sequía.

Cuando á esta fuente se dirigía Teresa muy de mañana, según costumbre, llegó á ver á la moza al cabo de cuatro días que no la veía, Fernando su amigo; habíaseles dado broma con si eran ó no eran novios y esto acrecentó de tal modo la confusión y el miedo en el ánimo de la joven, que no hacía sino por no encontrarse á Fernando.

Este, por el contrario, la buscaba, iba á su casa y parecía muy complacido cuando por acaso la hallaba.

– Teresa, – dijo al aparecerse bruscamente á la moza, – andas como si no quisieras verme y ahora he de acompañarte á donde vayas.

– No... no puede ser, – contestó con timidez Teresa. – Voy á Quiebra-cántaros.

– Bueno, ¡qué se me da! Voy contigo á la fuente... de nosotros nadie puede hablar, sino que nos metemos en todas partes como cuando éramos niños.

– Pero ya no lo somos.

– Pero yo, mañana me voy á Segovia... Ya ves, he de pasear un día contigo, un día siquiera...

Y así hablando siguieron, ella temerosa de sí misma, y él alegre y sin maliciosos intentos; habían convenido en no llegar juntos sino hasta las peñas del Tilo.

¡Ah! pero hablando y riendo, al poco tiempo Teresa parecía la niña y Fernando el niño de hacía dos ó tres años; él había saltado á una altísima roca para ver desde allí el valle y dió la mano á Teresa, que á su vez saltó, dejando antes el cantarito en un lugar seguro con el que no podían dar después cuando bajaron; comieron moras de las zarzas y pan de centeno que Teresa llevaba en el bolsillo, y por fin, sin darse cuenta ni uno ni otro se hallaron junto á una fuente...

– ¡Ya estamos en Quiebra-cántaros! – exclamó sorprendido el joven.

– Váyase, Fernando, – dijo Teresa volviendo repentinamente á su temor... Diríase que el airecillo gentil que estremecía las hojas de las zarzas causaba el temblor extraño que agitaba á Teresa.

¡Qué terrible acción la de los recuerdos suscitados por aquella fuente! ¡qué dulce y maliciosa risita descubría el intento de Fernando! Era aquel lugar un lugar de espera y de acecho, de perfidias y engaños; bajaban las avecillas á beber y quedaban ligadas á las varetas del niño cazador.

– Mañana me voy, Teresa; no nos hemos de ver más, quiero despedirme de tí, – dijo triste y dulcemente Fernando.

Teresa preparaba la cañuela para llenar el cantarillo y volvía á suplicar á Fernando que esperase fuera del cerco y no dieran motivo á burlas; y cuando quiso alzarse, Fernando hizo porfía de abrazarla, logró su intento y... ¡oh fatalidad! ¡perverso destino!... lo peor que pudiera ocurrirla en Quiebra-cántaros para dar motivo á murmuraciones...

El cántaro cayó al suelo y se hizo mil pedazos.

Era y sigue siendo Quiebra-cántaros un lugar de engaños. Como en el cielo las nubes traslucientes ú opacas forman fantástico, mentido y caprichoso juego, allí las rocas, ora sombrías, ora teñidas de sol, fingen singulares apariciones, la luna arranca de allí misteriosos encantos, los ecos se producen, se cree edificio lo que es roca, arbusto lo que es sombra, voz lo que es resonancia... amor lo que es un peligroso jugueteo.

JOSÉ ZAHONERO

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Aceptando lo que se le proponía, tarde ó temprano llegaría á saber cuál había sido la mano que le había levantado del polvo, de la miseria, del olvido, y le había mostrado una puerta salvadora por donde entrar á tomar parte en el gran festín que el mundo celebra para sus elegidos.

– Mirando las cosas despacio, – decía Armengol, – no estoy ahora tan sobrado de medios para vivir, que derroche tontamente este que, por lo visto, me ha caído llovido del cielo. Andese, enhorabuena, con melindres quien posea lo necesario para no tener que rendir su cuello á nadie. Yo, ya no soy lo que en otro tiempo fuí. La vida es la vida, que dijo el poeta. Así, pues, afuera dudas, incertidumbres y vacilaciones.

Y tomando Armengol su sombrero, salió de su cuarto, bajó rápidamente la escalera, llegó á la calle y echó en dirección de la casa de comercio adonde venía girada la letra de cuatro mil reales, con el propósito de cobrarla, y poner en práctica al momento cuanto en la carta anónima se le prescribía.

Cerca de media hora empleó Armengol en llegar á la casa de los señores Kompert y Macquart situada al otro extremo de Madrid.

– ¡Ah! ¿Es V. el caballero á cuyo favor viene extendida la letra del señor Arnaldo? – le preguntaron.

– Según parece, yo soy en efecto, – contestó Armengol.

– Bien, al instante se le hará á V. efectiva.

Después de permanecer en silencio un breve rato, añadió el comerciante:

– Por lo que se ve, acepta V. el cargo que se le ha propuesto. ¡Es una ganga, amigo mío! Conozco el asunto, le conozco bastante para poder dar á V. mi enhorabuena.

– ¡Cómo! – exclamó Armengol algo contrariado – ¿No le es á V. desconocido este asunto? Y si así es, ¿podría usted descifrarme este enigma para mí de todo punto incomprensible?

– ¡Un enigma! – replicó el banquero. – No hay enigma de ninguna clase, que yo sepa. Es una empresa digna, honrada y honrosa para V., que es más. Hé aquí mis noticias... El señor Arnaldo, con quien mi casa está en relaciones comerciales, es todo un caballero y en él hallará usted quien respete su ciencia estimándole en cuanto vale.

Armengol agradeció el elogio, pero se sintió de nuevo contrariado al desvanecérsele la esperanza, por un momento abrigada, de que el banquero le revelase de quién emanaban aquellos favores, aquella protección valiosa, desinteresada y desconocida.

Realizada la letra, despidióse Armengol del señor Kompert, ofreciéndose á él en cuanto pudiera serle útil.

Preocupado iba aún Angel Armengol con los sucesos que le ocurrían, cuando regresó á su casa de la calle de Embajadores.

Era un día, aunque de invierno, hermoso y de mucho sol; y bien por esta causa ó por otra más secreta, reparó Armengol en que su casa era de lo más feo, sucio y miserable que encontrarse puede.

Entonces no pudo explicarse cómo había vivido en ella por tan largo tiempo.

El demonio del orgullo se apoderó súbitamente de Angel, de tal suerte, que estuvo á punto de no concluir de subir sus escaleras, por las que había ido haciendo las anteriores reflexiones, sino salirse á la calle, y dejar cama, silla, mesa y todos los demás enseres que contenía su antigua habitación, donde tanto había padecido.

En esto había trepado á la última meseta, á la cual daba su cuarto.

Una ancha sábana de sol penetraba por la puerta abierta del de enfrente, que estaba en comunicación directa con la abertura de la ventana, por donde en primer término derramaba su luz el astro del día.

Sobre esta sábana de oro divisó Armengol la sombra de una mujer que paseaba de un lado para otro.

Esta mujer era Antonia.

Angel contempló largo rato aquella sombra querida, y pensando en la próxima separación no pudo menos de conmoverse y avanzó lleno de tristeza hacia aquella fantasma de un amor ya pasado.

XV

UN NUDO ROTO

Serían próximamente las tres de la tarde.

Antonia, al oir pasos próximos á su cuarto, había suspendido su paseo, y permanecía silenciosa y de pie en medio de su habitación.

Cuando vió que era Angel el que tales pasos producía salió á su encuentro, y le cogió de las manos, mirándole con viva curiosidad.

– ¿Dónde has estado hoy? – le preguntó.

El tono con que Antonia hizo esta pregunta, revelaba, al mismo tiempo que su deseo, cierta repugnancia porque este se realizase. Así, cuando ya se disponía Armengol á satisfacer su inquietud, se adelantó, exclamando:

– Pero no, no quiero saberlo. Tú tienes amigos, habrás ido á visitarlos. Tienes negocios; habrás tenido que arreglarlos.

Armengol no supo qué contestar.

Antonia prosiguió:

– Ya me lo decía el corazón. Aquella fatal carta había de traerme la muerte. ¡Angel mío! soy muy desgraciada.

Al decir esto, los ojos de Antonia se bañaron en llanto.

Algunas lágrimas, tibias y relucientes como perlas recién caídas de un nido de conchas, rodaron por las mejillas de la amada de Armengol.

Ante aquel llanto sintió éste enternecerse su alma y que sus ojos pugnaban por llorar también.

Antonia observó que Angel lloraba como ella.

Entonces ya no fué dueña de sí misma.

Le miró con tanta pasión, que no parecía sino que el alma se le iba á escapar por los ojos para confundirse con la del joven.

La infeliz mujer había visto por fin satisfechos todos sus deseos; había visto que Armengol la amaba hasta el punto de derramar lágrimas por ella.

La mujer más coqueta del mundo, al ver llorar á su amante, no puede menos de idolatrarle, aunque no sea sino por aquel momento. Luego volverá tal vez á su antigua dureza y frialdad de corazón, pero por un instante esta dureza y frialdad se convierten en suavidad y en enamoramiento.

Ambos permanecieron largo rato mirándose arrobados.

Armengol salió, por fin, de su éxtasis y dijo:

– Antonia, tarde ó temprano había de suceder. Mi vida aventurera, mis desgracias, el destino que se complace siempre en perseguir á aquellos que más lo desprecian, algún día me arrastrarían hacia otro punto que no fuera el en que tú resides.

– Según eso, – replicó vivamente Antonia, – ¿me vas á dejar?

– A dejarte, no; pero sí á separarme de tí... dentro de muy poco... esta tarde misma, – dijo Armengol.

– ¡Oh! no sucederá así; yo te seguiré hasta el fin del mundo; seré tu esclava, seré y haré lo que tú quieras que sea y que haga, todo por tí, á quien amo con todo mi corazón.

Antonia, al pronunciar estas palabras, se retorcía de dolor las manos y se mesaba los cabellos con visibles muestras de desesperación y de locura.

Armengol procuró consolarla en su aflicción, haciendo para ello los mayores esfuerzos del mundo.

La dijo que en la ausencia, él la escribiría siempre que le fuese posible; que no la olvidaría nunca; y que regresaría, sólo con el objeto de verla, tan luego como estuvieran arreglados los asuntos para que había sido llamado por aquella carta anónima, que ella ya conocía.

Por un momento pareció Antonia consolarse; pero volviendo á su antigua pena, recordando los días felices que había pasado con aquel hombre, de cuyo lado la arrancaba una separación repentina, é insistiendo sobre su primera idea de que él no la amaba gran cosa, y creyendo que todo cuanto había dicho de no olvidarla nunca y cuantas protestas de amor la había hecho poco antes, no había sido sino con el propósito de calmar su aflicción, su alma fué presa de una terrible angustia, de uno de esos dolores que no hay expresión ni palabras en el lenguaje humano con que determinarles.

Después, disparando en una larga risa, que hizo estremecer de pies á cabeza á Armengol, Antonia comenzó á correr por su cuarto, gritando:

– ¡No, no se ha de ir! Es mío, mío; nadie me lo puede disputar. Yo le he dado mi corazón y mi alma; mi vida y mi sangre suyas son también.

Al acabar de decir esto Antonia, con los ojos desencajados de sus órbitas, sueltas y alborotadas las trenzas de sus cabellos, y con el vestido descompuesto, se llegó á Armengol, le miró de hito en hito y cayó delante de él arrodillada á sus plantas.

Alzóla á viva fuerza del suelo Armengol, y la sentó en una silla que estaba en la corriente de aire de la ventana.

Antonia había enmudecido.

Antonia no lloraba.

Antonia no reía tampoco.

Antonia era una estatua de piedra con unos ojos que brillaban como carbunclos, y unas manos crispadas semejantes á las garras de una leona en el momento de serle arrebatada su presa, con que aun se estaba regocijando tranquilamente.

La amada de Armengol estaba en situación semejante á la de una loca acometida del sueño en el momento de su arrebato más delirante.

© Biblioteca Nacional de España



LAGO DE LUGANO, SUIZA, dibujo de J. M. Marqués

© Biblioteca Nacional de España



OLIVERIO CROMWELL VISITANDO Á MILTON, cuadro de David Neal

© Biblioteca Nacional de España

Armengol, viendo que no se movía ni decía nada, la preguntó:

– Antonia, ¿cómo te encuentras?

Antonia permaneció impasible.

Armengol, creyendo que estaba desvanecida, la cogió de la cintura, y con grandes esfuerzos hizo que se sentase en una butaca.

Antonia no dió muestra alguna de advertir lo que á su alrededor pasaba.

Reclinada en la butaca permaneció lo mismo que antes.

– ¡ Antonia ! ¡ Antonia ! – gritó Armengol.

Antonia no contestó nada.

Armengol creyó que Antonia había muerto.

Llamóla de nuevo valiéndose de todos los tonos, desde el triste y desesperado, hasta el dulce y amoroso.

– ¡Si esta mujer estuviese muerta, – exclamó, – qué conflicto tan grande!

– ¡Por desgracia mía no lo estoy! – replicó ella echándose de la cama, y dando un profundo suspiro.

Angel quedó consternado.

– Puede V. marcharse cuando guste, – le dijo Antonia sin mirarle. – Todo ha concluído entre nosotros.

Armengol salió de la habitación sin proferir palabra.

XVI

ESCENOGRAFÍA

«Salga V. de Gerona el dia 25.» Esto decía la anónima carta que Armengol recibió en aquel sobre coquetón y perfumado, y así se hizo.

El día 25, á las cuatro de la tarde, salía Armengol de Gerona, en la berlina de una destartalada y sucia diligencia, con rumbo á Cadaqués.



TIPO DE MARINERO FINLANDÉS, estudio del natural de A. Edelfelt *(tomado del álbum de Ch. Baude)*

Bien pronto quedaron atrás los hundidos bastiones de la ciudad heroica y un paisaje original y pintoresco ofreció al espíritu y á los ojos de Angel amenas perspectivas. Colinas quebradas, en cuyos huecos la aguda reja de un labrador activo había hallado industria para enredar las cepas de numerosas vides que, como dosel verde y amaranto, festoneaban las alturas, rodeaban el camino encallejonándole. Un río, el río Ter, acompañaba á la carretera en su excursión montaraz, hasta que, cansado de lamer rocas, giraba sobre sus talones como un recluta para volver sobre sus pasos y dirigirse al mar inmenso. Desigualdades, cortaduras, abismos, torrentes de pequeños arroyos, espumosas cascadas, por las cuales no caía un azumbre de agua, aparecían aquí y allá, siendo encanto del observador artista. Parecía aquello el remedo de la naturaleza americana, una caricatura del accidentado encadenamiento vecino del Pirineo, una burla humorística de todos los furores volcánicos de la tierra, algo que inspiraba ideas risueñas y no sublimes. A pesar de esto, Angel, que iba en su berlina sentado junto á un señor, que frisaría en la edad de los cuarenta años, bien vestido, locuaz y amable y obsequioso al parecer, no podía apartar de su ánimo las dudas, las vacilaciones, el dolor y el desaliento que le atormentaban. En vano trató el señor de quien hemos hablado, de sacarle cuatro palabras del cuerpo. El buen señor comenzaba cincuenta conversaciones distintas; ninguna despertaba en Angel curiosidad ó interés, y todas languidecían, acabando á los pocos momentos. Al fin cayó Angel en la cuenta de que se puede estar triste sin correr plaza de grosero, y se resolvió á contestar á las insinuaciones de su compañero de viaje.

– ¿Decía usted que esas viñas?... ¡Ah! Dispénseme que no opine como V. – exclamó. – Nada hay más horrible que esta vegetación pobre y difícil. Esos sarmientos débiles, flacos, medio secos, que por todo fruto muestran orgullosos un cuarterón de uvas podridas ó agrias, me recuerdan á las niñas tísicas, zancudas, de busto enteco, desmedradas física y moralmente, que acuden al Retiro de Madrid á jugar al corro en las tardes del invierno.

– ¡Cómo! – replicó el señor mirando de frente á Angel. – ¿No le gustan á V. nuestras cepas? – Pues si son lo mejor del país.

El defensor de las cepas catalanas se puso serio. Diríase que las cepas tenían con él algún parentesco, al ver cómo le disgustaban las palabras de Armengol. Pero éste, que no quería volver á caer en el silencio, siguió hablando:

– Estamos llenos de ridícula vanidad con los vinos españoles. ¡Lástima de *philoxera* que acabe con ellos! Saque V. á un lado las nobles cepas de Jerez, apárteme usted cincuenta majuelos andaluces y ya puede V. meter el fuego en las demás.

Como notará el lector, Angel pecaba de injusto con la vinicultura española, pero su pésimo humor le movía, ya que se propuso hablar, á contradecir, á discutir, á llevar la contraria á todo, como vulgar y gráficamente se dice. En verdad, en verdad, más valía que se hubiese callado.

Las palabras de Armengol causaban en su interlocutor un deplorable efecto.

– No tengo el gusto de conocer á usted, – dijo éste despues de un rato de silencio, y ajustándose el cuello de la camisa (que era postizo) según su costumbre siempre



CARRERAS AL TROTE, cuadro de Gustavo Marr

© Biblioteca Nacional de España

que adoptaba alguna resolución enérgica, – pero si tuviera ese gusto, me tomaría la libertad de disertar sobre el tema (también esta frase era de sumo agrado para el viajero) hasta probarle que...

– ¿Me probaría V. que yo no he visto vides más lozanas en el mundo? Caballero, permítame usted que le diga que eso equivaldría á pretender un imposible.

En aquel momento pensaba Angel lo siguiente: «¿Querías hablar? ¿Tenías gana de charla? ¿Sí? Pues vas á llevar un disgusto; yo haré que te calles.»

Esto que alguien llamará inocente y pueril deseo, es muy común hasta en hombres dignos de respeto, cuando cualquier suceso desagradable les contraría. Al primero que cogen por su cuenta le hacen pagar su enojo por alguna suerte de procedimiento parecido al que empleaba Armengol.

Este añadió:

– Yo que he viajado por América, tengo una idea muy pobre de la agricultura española.

– ¿Y V. cree que no he viajado yo? Pregunte en todo el país por mí, inquiera V. noticias, y le dirán que Arnaldo es un verdadero judío errante, que ha pasado su juventud dando vueltas al mundo.

– Pero, ¿qué... es V.... es V. el señor Arnaldo? – balbuceó Armengol.

– ¡Sí! para servir á usted.

– Caballero; siento no haberlo sabido antes. En ese caso yo debo presentarme á V. y no sé cómo hacerlo. Yo soy Angel Armengol.

– ¡Caramba! ¿Es V. el hijo de Pedro?

– Sí, señor.

Uno y otro se quedaron mudos, perplejos, buscando en su magín algo oportuno que decir, alguna excusa que formular por su intemperancia en la discusión sostenida.

Armengol pensó:

– Bien, Angel, bien; te portas como una acémila. Has aceptado el cargo que se te proponía deseando saber á quién debías agradecérselo, y en cuanto te hallas con la persona de quien dependes, comienzas por tratarla de ignorante. Eres un sabio, un lince. ¡Qué oportunidad de discusión! ¿Por qué no me callé todo el camino?... Este señor de Arnaldo sabe de quién soy hijo... ¿Si será esto cosa de mi padre? ¿Quién me ha mandado aceptar un cargo ignorando de quién le aceptaba y por qué se me ofrecía?

Al mismo tiempo pensaba el señor Arnaldo:

– ¡Qué impertinente es este prodigio de Armengol! Me ponderaban la inflexibilidad de su carácter y... la verdad es, que no habían exagerado. ¡Ah! pues como yo me empeñara, disertaría sobre el tema hasta dejarle tamañito! ¡Mire V. qué pedantería, decir que ha visto en América campos mejor labrados que los de Cadaqués!

Y seguía pensando Armengol:

– ¡No he cometido mala tontería emprendiendo mi viaje! Esto ¡no admite duda! ha sido trazado por mi padre. Es un ardid para atraerme á sus redes. Todo lo del anónimo, lo de la letra de mujer, y cuanto ha rodeado de misterio la proposición, es una pura comedia, una fábula tan torpe, que yo debí conocerlo antes, una repugnante farsa.

– Pues celebro infinito conocerle, señor D. Angel; conocerle personalmente, quiero decir, que de otro modo, de oídas, de referencia, le conozco hace algunos meses... ¡Excelente hombre es su padre de V., si no fuese por aquella pícara intransigencia!... Por supuesto, que él no sabe nada de cuanto ocurre, nada de su venida á Cadaqués.

Armengol dijo para sí:

– ¿Si me habré equivocado en mis suposiciones?

– Sí, señor D. Angel, – continuó diciendo el señor Arnaldo. – Es preciso que hablemos mucho. ¡Hombre! Tengo gana de que disertemos acerca del punto de las viñas catalanas. Pero eso será después de arreglados otros asuntos más urgentes, después que V. tome posesión de su cargo y después que descanse.

El carruaje, que venía al trotecillo vil de cuatro pencos gurruferos, aligeró un tanto su marcha. Sonó el restallido del látigo y pronto las ruedas entraron metiendo bulla en una rampa empedrada de granito. Después se detuvo el vehículo.

– Hemos llegado, – dijo Arnaldo.

Tan preocupado se hallaba Armengol, que casi sin responder á las frases de cortesía que le dirigió su compañero, atravesó una calzada de piedra, ante la cual un edificio hermoso, de antigua fábrica, alzaba su masa imponente, penetró en un portal, y se dejó conducir á una habitación ancha, amueblada con gran lujo y buen gusto poco común, y sólo cuando sintió que cerraban la puerta, salió de su ensimismamiento ridículo.

Arnaldo, que había sido quien guió á Armengol hasta la estancia, bajó la escalera que llevaba á las habitaciones de su hija, *disertando* mentalmente, como él decía, acerca de si Armengol era loco ó simplemente tonto.

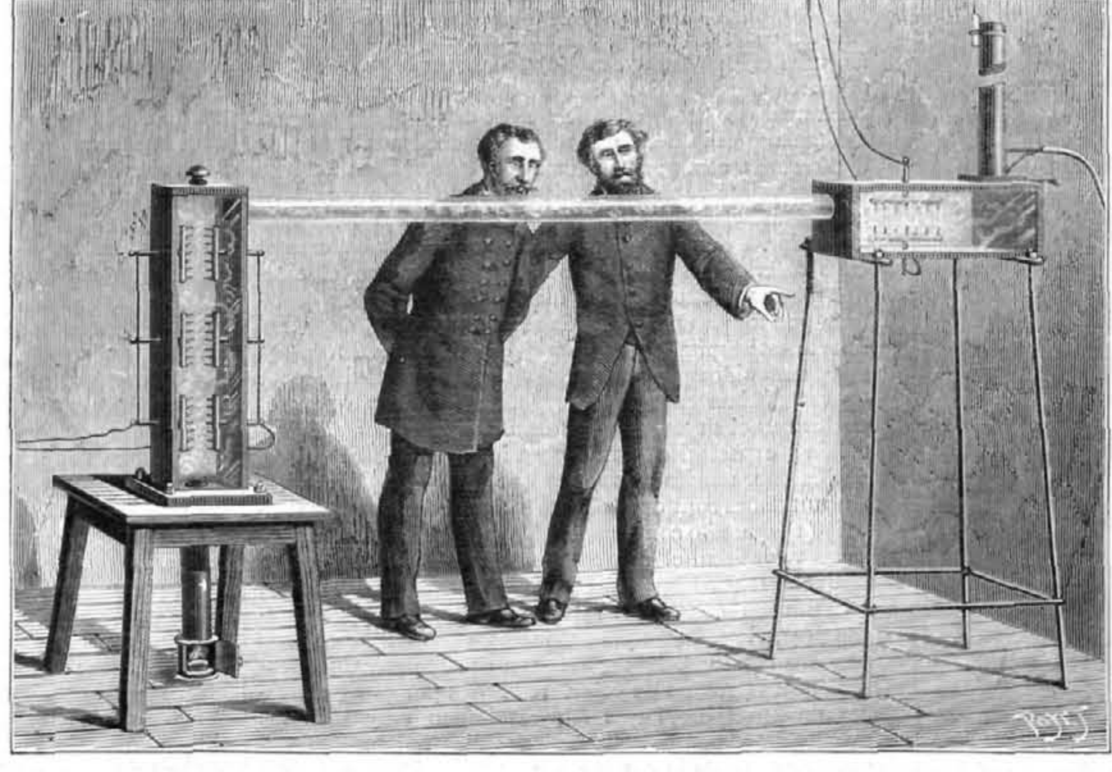


Fig. 1.—Gran aparato para el estudio de la condensación del humo *en movimiento*, por medio de la electricidad estática

XVII

LA VENTANA Y LA CURIOSIDAD

Fuera enojosa labor, á par que difícil, la de analizar las diversas fisonomías que adoptó el espíritu de Angel desde que se vió solo en aquella estancia hasta que se decidió á reconocerla, y asomar su rostro á una de las dos ventanas, por las que la moviente luz del día filtraba sus postreros reflejos.

Pensó en Antonia con pena, recriminándose á sí mismo, no el haber dado fin á sus amores con la mujer del desventurado D. Juan, sino el haberlos comenzado, el haber incurrido en el prosaico pecado de codiciar los bienes ajenos, lo mismo que el estudiante menos versado en cosas de mujeres.

Arrancó luego su mente de la contemplación de aquellos despojos, que aun le inspiraban la simpatía vaga de un agradecimiento dudoso, y meditó entonces acerca de su nueva situación.

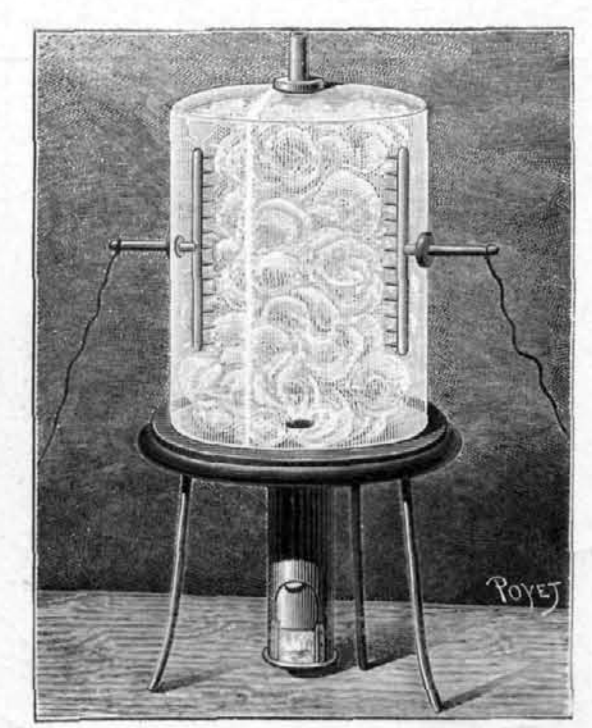


Fig. 2. – Pequeño aparato para el humo *en reposo*

Y como la tarde era calurosa, se acercó á una ventana, abrióla y apoyando los brazos en el alfeizar, iba á continuar sus divagaciones espirituales, cuando la luna... Pero ¿qué intentamos describir? Lo que entonces vió Armengol merece todo un libro, y nosotros no podemos dedicarle sino algunas líneas, pues nos esperan impacientes los personajes de esta narración y los precipitados acontecimientos que la ponen remate... Sigamos, pues... Cuando la luna, – decíamos, – saliendo de entre una maraña de grises nubes, le mostró el grandioso mar con su cambiante oleaje, la pequeña ensenada donde se balanceaban mansamente un vapor inglés, el *Pickwick-House*, cinco ó seis laúdes y *místicos*, y unas dos docenas de chalupas *traineras* y botecillos. Daban aquellas ventanas á un anchísimo patio bien enlosado, que cerraban por tres partes las paredes del edificio dejando libre y expedito uno de los flancos, del cual arrancaba una escalinata suave, cuya última gradería mojaba el oleaje del mar.

(Continuará)

CRONICA CIENTIFICA

CONDENSACIÓN DEL HUMO POR LA ELECTRICIDAD ESTÁTICA

Hace poco tiempo llamaron la atención los notables resultados industriales obtenidos en Inglaterra por M. Lodge en la condensación de los humos por la electricidad estática; y ahora vamos á dar cuenta del hecho bajo el punto de vista más especialmente científico, describiendo los aparatos de demostración, que facilitan el estudio del asunto.

M. O. Hempel, el constructor de estos aparatos, los ha presentado últimamente á la *Sociedad de Electricidad*; pero antes de hacerlos funcionar resumió la historia de tan curioso descubrimiento, y de la Memoria que redactó tomamos los apuntes para el presente artículo.

Después de las investigaciones de Tyndall sobre los polvos del aire, MM. Clark y Lodge reconocieron que un cuerpo cuya temperatura es superior á la del medio ambiente está rodeado de una delgada capa de aire completamente libre de polvos. Mister Lodge, profesor en Liverpool, concibió la idea de estudiar el fenómeno sirviéndose de la electricidad, y observó que las descargas eléctricas producidas á una elevada tensión por las máquinas estáticas tenían la propiedad de condensar los polvos ó humos de todo género, en medio de los cuales se determinaba la producción. Este descubrimiento se pudo utilizar muy pronto en la industria metalúrgica para condensar los humos peligrosos y los polvos de plomo en la fábrica Walker Parker y C.ª, una de las más importantes de Inglaterra. Los resultados obtenidos fueron maravillosos, y la atención de los sabios se fijó tanto más en este nuevo tratamiento cuanto que interesaba á la vez á la salud de los obreros y á la economía industrial.

Los experimentos de M. Lodge son de aquellos que deben figurar entre los verdaderamente clásicos, y que por lo tanto conviene conocer y propagar. Con este objeto, M. Hempel construyó los dos aparatos representados en las figs. 1 y 2, que han funcionado ya con el mayor éxito.

El primer aparato, de grandes dimensiones, destinado á demostrar los efectos de la electricidad en los *humos en movimiento* (fig. 1), se compone de un hornillo donde se queman las materias propias para producir el humo que debe atravesar el aparato. Dichos humos se desprenden primero en una caja vertical provista de cristales que permiten ver el interior; con ellos se enlaza, por medio de un largo tubo de cristal, otra análoga, pero colocada horizontalmente, y sobrepuesta de un tubo de evacuación, cuya cabida se puede regular. Las dos cajas contienen unos peines de cobre opuestos entre sí, los cuales se han de poner en relación con los dos polos de una máquina eléctrica con plancha de Tœpler-Voss, de Ramsden ú Holtz, etc.

En el hornillo se hace quemar yesca, por ejemplo; el abundante humo que se desprende, atraviesa todo el aparato, y si entonces se hace funcionar la máquina eléctrica, á fin de que la descarga se produzca entre los peines, el humo se agita inmediatamente, arremolínase y no tarda en desaparecer condensándose: las cajas y el tubo quedan tan trasparentes como antes del experimento.

El humo de la yesca se puede sustituir ventajosamente con el que se produce poniendo en contacto ácido clorhídrico y amoníaco: los humos blancos y muy espesos del clorhidrato de amoníaco se condensan rápidamente en los peines electrizados.

El pequeño aparato representado en la fig. 2, es mucho más práctico para la demostración; se aplica á los efectos de la electricidad en los humos *en reposo*, y dan una idea muy clara del fenómeno.

Es un cilindro de cristal perforado lateralmente por dos aberturas que tienen los peines metálicos entre los cuales se desprende la electricidad; está montado en un zócalo de tres pies, provisto del hornillo donde se produce el humo, y un tubo adaptado en la parte superior sirve de chimenea. En el hornillo se quema papel *nitrado*, ó yesca, ó bien empléase una reacción química para obtener los vapores con que se quiere hacer el experimento.

Cuando el cilindro de cristal está lleno de humo, se vuelve la plancha de la máquina eléctrica enlazada con los peines; la electricidad pasa entre estos; y el cilindro, turbio y empañado, queda casi al punto trasparente por haberse condensado el humo que contenía.

El experimento da el mejor resultado con el humo de tabaco, que se condensa pronto, y que tiene la ventaja de producirse fácilmente fumando.

Estos fenómenos son notables; importan á la vez al sabio, al industrial y al higienista; y nos demuestran que el campo de los descubrimientos es infinito, puesto que se pueden producir efectos tan nuevos con ayuda de la electricidad estática, cuyas propiedades se hubieran podido creer conocidas todas después del largo tiempo que han sido estudiadas por los físicos. – G. TISSANDIER

© Biblioteca Nacional de España



Viaje á Filipinas.—Mujer de Joló.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Nuestra conversación continúa largo tiempo; se fuman cigarrillos, y el sultán sigue manifestando muy buen sentido y finura, asociados con una ignorancia sorprendente. Este soberano parece ávido de noticias políticas, y tiene, sobre todo, empeño en saber cuál es exactamente la situación de España respecto á las demás naciones europeas. Aunque posee un vapor que cruza constantemente entre Maïbun, Labuan y Singapore, nunca piensa en adquirir diarios españoles é ingleses, para los que encontraría fácilmente traductores, bien á bordo de su barco, ó entre los soldados y presidiarios indios desertores á quienes admite secretamente en su corte.

Reducido á no recibir más noticias que las que sus cortesanos ó sus vasallos le llevan de Tianggi, el sultán procura aprovecharse de la casualidad que le proporciona dos viajeros recientemente llegados de Europa; pero sus preguntas son siempre sensatas. Comienza por informarse sobre las fuerzas militares, y particularmente las navales de los diversos Estados, rogándome varias veces que repita las cifras de hombres y cañones, de las cuales no puede formar una idea exacta. La visita del Shah de Persia á la última exposición de París le preocupa mucho; duda al principio, y después parece quedar muy satisfecho de los detalles imaginarios que le doy sobre el particular, pues sé muy poco sobre la permanencia de este soberano en París. Después de hacerme enumerar otra vez todas las potencias de Europa, me ruega que le indique las que han instituído exposiciones universales; y por último me pide numerosos datos sobre el Rajá de los franceses; quiere saber si es hereditario como en Joló, ó si se le nombra por cierto tiempo como en América. Infórmase también sobre la agricultura de Francia, sorprendiéndole mucho que toda la tierra se cultive, sin haber un solo esclavo; y por último me interroga acerca del mecanismo de nuestro gobierno, que parece comprender fácilmente, porque el consejo de los datos *Roumah Bitjara* (1) ofrece bastante analogía con nuestro parlamento.

Esta conversación cortés, que no podía hacernos prever remotamente la que tendríamos algunos días más tarde en este sitio, duró largo tiempo. Rey y yo nos caíamos de sueño, y como el sultán lo notase, invitónos á retirarnos para dormir, mientras que él seguía dando audiencia á su pueblo. Nos aprovechamos del permiso, y vamos á echarnos en las esterillas preparadas sobre un estrado entre el harem y el trono. No tardamos en dormirnos, á pesar del rumor de las conversaciones; pero nos despertamos sobresaltados al menos diez veces durante la noche, pues un esclavo que anda de puntillas, toca una especie de timbal sobre nuestras cabezas, y cumplida su consigna, el vigilante centinela entra en el harem, levantando la cortina que de él nos separa. Entonces vemos á la vacilante luz de algunas mechas humeantes un confuso grupo de mujeres y chiquillos diseminados en un caos de cojines.

18 diciembre. – Seguimos en el pueblo de Maïbun á donde le llaman sus negocios á nuestro complaciente guía. En la extremidad sud de la pradera, franqueamos un arroyo ancho y profundo; y después de cruzar un bosquecillo que presta su sombra á varias tumbas medio ruinosas, llegamos á las primeras casetas del pueblo; las más de ellas, sórdidas y deterioradas, elévanse sobre las fangosas orillas de un arroyo muy sinuoso. Durante la alta marea se puede llegar sin dificultad en canoa á las casetas más avanzadas en el lecho del arroyo; pero desgraciadamente es la hora del reflujo, y debemos pasar de una caseta á otra por unos bambúes escurridizos, á riesgo de caer veinte veces en un cieno infecto, lleno de todas las inmundicias que el descuido malayo deja fermentar alrededor. Después de hacer varias estaciones en casetas cuyo interior no es mucho menos sucio que el exterior, llegamos á la orilla del mar, á una especie de cortadura que forma una ensenada sin profundidad, cuyo horizonte está limitado por la isla de Teombal. En plena rada, sostenidos por altos postes de madera, extiéndense los vastos almacenes de los negociantes chinos, que asociados con el sultán monopolizan el comercio de importación y exportación, de no poca importancia. El puerto de Maïbun, mucho más activo que el de Tianggi, exporta en cantidades considerables: las ostras perleras (mutiara tipay) (2), que sólo contienen perlas excepcionalmente, pero cuyas valvas dan el nácar; la gutapercha, producida por distintas esencias (3); diversas resinas (estos tres artículos sufren unos considerables cambios de precio); el trepang (4); el café, y otros productos del cultivo, en más pequeña cantidad. La importación se hace principalmente para los percales de color, remitidos por casas alemanas de Singapore, cuyas fábricas imitan muy bien los colores usados en la Malasia; los tejidos indígenas, fabricados muy cuidadosamente, son de calidad muy superior, pero los módicos precios de las imitaciones extranjeras les aseguran en todas partes una venta considerable. Los chinos de Maïbun importan también armas, municiones, machetes y hierro para su fabricación. En los almacenes se encuentran pequeños cañones de bronce, máquinas más pintorescas que temibles, y también una buena provisión de pólvora inglesa, así como numerosas cajas de carabinas rayadas de Enfield, del modelo de 1857.

A estos diversos géneros de comercio debemos agregar el tráfico de esclavos. ¡Cuántos de estos infelices hay á bordo de los barcos entre los cuales hemos circulado en la rada! ¡Cuántas madres que no verán más á sus hijas arrojadas en el harem de un viejo cortesano! ¡Cuántos hombres destinados al trabajo mortífero de la pesca de perlas morirán tísicos lejos de su familia diseminada! Si se quisieran saber las cifras, sólo podrían decirlas las olas de este mar, cuyo murmullo ahoga tantas quejas. La autoridad española no tolera este espantoso tráfico; pero no puede tener conocimiento de todas las exacciones que se cometen fuera del radio de su acción inmediata.

Mientras que nuestro guía arregla sus asuntos con un negociante chino, la mujer de este último, malaya de pura sangre, borda en bastidor un rico turbante; el trabajo es magnífico, pero avanza con mucha lentitud; á cada cinco minutos la bordadora llama á una esclava, pídela un cigarrillo y una criatura, á la cual da el pecho hasta que acaba de fumar un tabaco chino malísimo, dicho sea entre paréntesis, cuyo sabor acre haría entregar el alma á nuestros más intrépidos fumadores. Apurado el cigarrillo, la bordadora vuelve á continuar su obra, mascando el eterno betel; la esclava, por su parte, también masca y fuma alternativamente. Tal es la vida de las mujeres de Joló en las casetas donde hay alguna comodidad. Este espectáculo, que ya he observado varias veces, da sueño, mas por fortuna me distrae un muchacho de Maïbun que habla muy bien el malayo, y que con la familiaridad del país, se sienta á mi lado sobre un fardo, y háblame de sus tres viajes á Singapore, como pudiera hacerlo un marino veterano y observador. Me divierte oirle, y le doy cigarrillos y algunas monedas.

Viendo entonces que á todo se puede atrever conmigo, va en busca de una hoja de papel, y me suplica que le trace con sus dimensiones respectivas los diversos Estados de Europa, comenzando por Holanda y Portugal; y al ver que Francia es tan grande, y que tiene costas tan extensas, me pregunta: «¿Cómo es, entonces, que se ven tan pocos buques de tu país en nuestro archipiélago? ¿Será porque tus compatriotas tienen miedo al mar?»

De vuelta al palacio, obtenemos una audiencia del sultán, que nos cita para el lunes próximo, condenando después á la pena de muerte al prisionero de M. Schuck. Montamos á caballo para volver á Tianggi.

Ignoro lo que habrá sido del pobre condenado, pero si ha sufrido la pena de muerte, más le ha valido recibirla fuera de Maïbun. Las prescripciones penales del Corán, tal como la amputación de la lengua para el blasfemo, etc., se observan muy pocas veces, pero la legislación de Joló las sustituye con una pena más terrible aún, pues lo mismo aquí que entre los Negritos raro es que se limite á la de palos. El castigo, en suma, es casi exclusivamente la muerte; pero ¡qué muerte! Unas veces el culpable, encadenado á cierta distancia, sirve de blanco en el tiro á los cortesanos; otras, algún magnate ensaya su revólver, disparándole sobre el infeliz, para gastar los cartuchos averiados; y con frecuencia se le ata á un árbol, para que los indígenas se entretengan en darle cada cual un golpe con su kriss, hasta que el cadáver se cae á pedazos. Todos vuelven entonces á sus casas muy satisfechos, tanto más orgullosos cuanto más cubiertos están de sangre.

El suplicio aplicado á las esposas y á las esclavas infieles, así como á las solteras de conducta dudosa, es igualmente cruel, aunque no producen necesariamente la muerte. A decir verdad, este suplicio se aplica rara vez á la tercera categoría de culpables, porque el sultán ha debido comprender que una exacta observación de la ley daría demasiado qué hacer á su policía.

Apenas de vuelta á Tianggi, nos ocupamos en preparar todo lo necesario para fotografiar al sultán. Yo iré por mar á Maïbun, contorneando la costa occidental de la isla. Mi compañero el señor Rey, aprovechándose de la llegada á Tianggi de un correo del sultán, irá á caballo con él, y como debe llegar antes que yo, tomará posesión de la caseta que se nos ha prometido, aunque sólo contamos con ella eventualmente.

22 diciembre. – A primera hora nos ponemos en camino, cada cual por su lado. Yo tengo una buena embarcación, una piragua completamente nueva, montada por buenos tripulantes, que el gobernador, D. Carlos Martínez, ha tenido á bien elegir para mí en el pueblecillo indígena sometido á España, que está en la inmediación de Tianggi.

(Continuará)



Viaje á Filipinas.—Praw de Joló

(1) Traducido literalmente: casa ó cámara de las discusiones.

(2) La ostra perlera verdadera es la *Meleagrina margaritifera*; la que produce la *concha* empleada en las Filipinas para sustituir á los vidrios es la *Placuna placenta*.

(3) Las principales parecen pertenecer al género *Isonandra* (Sapotáceas).

(4) *Holothuries desséchées* (Equinodermos). Este comestible es muy apreciado en China.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

© Biblioteca Nacional de España

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 19 DE ABRIL DE 1886 — NUM. 225

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JESÚS EN EL CAMINO DEL CALVARIO

Cuanto es más eminente un artista, más nobles y levantados asuntos acomete; y si el genio es don de la Divinidad, muy natural se presenta que en todos tiempos haya puesto el pensamiento en su origen. Así se explica que en todos los tiempos los asuntos religiosos hayan tentado á los pintores más célebres, y que entre esos asuntos la imagen del Redentor haya sido la piedra de toque en que se han graduado las fuerzas de los más enteros y algunas veces de los más osados.

El asunto del cuadro que hoy publicamos ha sido repetido infinitas veces; á pesar de lo cual puede decirse de los que lo han ejecutado aquello de: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos.* Entre estos pocos, cabe un honroso lugar al autor de nuestro cuadro. Sin que la figura de Jesús carezca de aquel misticismo que llevaron hasta la exageración los artistas anteriores al siglo XVI, no está falta de verdad, aun cuando tal vez exprese débilmente los dolores materiales y morales padecidos por el que cargó sobre sus hombros la cruz de todos los pecados. Esta ausencia de sufrimiento está compensada por una gran expresión de dulzura, reflejo de aquel amor purísimo, santo, inmenso, que determinó el más terrible y voluntario de los sacrificios. Su factura nos recuerda algo la de Sebastián del Piombo tratando el propio asunto; la misma sublimidad de expresión, la



JESÚS EN EL CAMINO DEL CALVARIO

© Biblioteca Nacional de España

misma armonía de tonos, el mismo sentimiento..... No es poco decir de nuestro pintor que nos trae á la memoria á tan incontrovertible eminencia.

AL PIE DE LA CRUZ, cuadro de H. Schen

Al pie del leño santo en que acababa de realizarse el más incruento sacrificio, el amor reunió á las tres personas más especialmente queridas de Jesús: María, encarnación del amor materno: Juan, tipo del amor del discípulo al maestro; Magdalena, á quien un amor ideal y purísimo levantó del fango en que la sumergieran los torpes amores del mundo de las cortesanas.

Tales son, aparte el cadáver del Redentor, las figuras del cuadro que publicamos, ejecutado con sobriedad y de sabor verdaderamente clásico. El grupo está perfectamente entendido y los personajes en actitud natural y bien sentida. La de la Virgen es la propia y natural de la resignada cuanto afligidísima madre que junto á la cruz *estaba*, no junto á la cruz caía ó sucumbía. Su semblante es el de la mujer escogida que treinta y tres años antes, al tiempo de recibir la salutación angélica, había dicho: – Sea de mí según tu santa voluntad.

La desesperación de Magdalena en el cuadro parece mayor porque es más común, más vulgar..... La Magdalena es el arrepentimiento que se prosterna; la Virgen, en medio de su dolor, aun no superado, es la mujer fuerte que acaba de aplastar la cabeza á la serpiente del paraíso. El cuerpo de Cristo está perfectamente estudiado; el evangelista es, tal vez, la figura menos feliz de la composición. Esta tiene verdadero colorido religioso y es á propósito para excitar la piedad del cristiano y la admiración del amigo de las artes.

LLEGADA AL CALVARIO, cuadro de J. Echena

Admiración tan profunda como justa mereció á su aparición este lienzo, en el cual su autor trata la llegada de Jesús al Calvario con una grandeza y un talento de primer orden. El gran número de figuras que entran en la composición no embarazaron poco ni mucho al artista; antes bien le sirvieron para dar una prueba de cuán bien pueden distribuirse muchos personajes sin producir confusión y de cómo puede tratarse á cada uno de ellos con visible maestría y singular cariño.

Las exigencias de una distribución ideada para causar verdadero efecto artístico, fueron causa de que la figura principal, el protagonista del asunto, apareciese en segundo término; pero el talento del autor venció esta inconveniencia, haciendo que, á pesar de ella, se destacara Jesús, llamando desde luego la principal atención y siendo lo que se llama el alma del asunto, pese á los grupos y figuras de mayor trabajo material ó término más importante. Así en un drama no es la duración de una escena lo que califica lo culminante de aquél, ni un actor de verdadero genio dirá jamás que el personaje más saliente de una obra es el que declama en ella mayor número de versos.

Sin apelar á medios rebuscados ó sobrenaturales, ha conseguido Echena que el grupo formado por Jesús y las santas mujeres produzca un contraste de luz verdaderamente celestial; como contrastan, asimismo, las figuras del cuadro, según el sentimiento que las domina, de odio fanático entre los hebreos, de indiferencia ó cansancio entre los romanos, y de resignación ó abatimiento en los dos reos que con Jesús han de ser ejecutados. En conjunto y en detalle es, por lo tanto, este lienzo una obra notable y muy digna de conferir á su autor un lugar honroso entre los grandes maestros contemporáneos.

Publicamos, igualmente, en este número algunos bocetos ó estudios preparados por Echena para facilitar la ejecución de su proyecto. Comparados estos estudios con la obra definitiva, son de ver las modificaciones que sufrieron al pintarse el cuadro, modificaciones que ni destruyen el valor de aquellos estudios, ni han perjudicado por cierto el buen efecto de tan precioso trabajo artístico.

EL SANTO SEPULCRO
LA ADORACIÓN DE LA VERACRUZ,
dibujos de Gustavo Doré

Los dos hermosos grabados que publicamos en las páginas 142 y 143 de este número son parte de las preciosas ilustraciones que el malogrado Doré compuso para la *Historia de las Cruzadas*, verdadero monumento literario y artístico que prontamente darán á luz los Editores de este periódico.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII,
retrato de Gaillard

Tienen los hombres eminentes el privilegio de que su retrato se popularice con una rapidez asombrosa. El de León XIII inundó, apenas el cardenal Pecci reunió los sufragios del Cónclave, los aparadores de cuantos mercaderes se dedican á la venta de tales artículos. Sin embargo, el nuevo Pontífice no encontró su Tiziano ó su Velázquez hasta que Gaillard pintó el retrato que hoy publicamos.

Ese es el verdadero León XIII, no solamente en cuerpo, sino en cuerpo y espíritu: esa frente, esa mirada, esos labios, esa contracción del semblante, revelan al pensador profundo, al diplomático hábil, al hombre de mundo, bondadoso, simpático; no exento, empero, de la energía indispensable en todo aquel que gobierna. El papa reinante es un tipo italiano puro, correcto, fino; en presencia del cual flaquearán muchas resoluciones, no porque el Pontífice se imponga por lo terrible, antes bien porque seduce con la superioridad de su instrucción, de su talento y de su don de gentes. Dios tiene destinada á León XIII una gran misión..... El último de los Leones en el pontificado no desairará la memoria de los doce varones que, llevando igual nombre, le han precedido en el pontificado máximo.

LA SEMANA SANTA

Su liturgia y significación de sus principales ceremonias

En el culto católico entra por mucho la sensibilidad, sobre todo para las personas que, por falta de talento, de virtud, ó de ciencia, tienen que valerse de los sentidos y percepciones externas más bien que del entendimiento, y de las imágenes más que de las ideas. Y como quiera que los indoctos son más que los doctos, recomendando á éstos la oración, la meditación y la contemplación, procura instruir y educar á los otros, más numerosos, por la oración vocal y en común, y por las imágenes y las ceremonias representativas.

El año católico más bien que cristiano comienza con la primavera: entra ésta el día 21 de marzo, el año litúrgico católico por la tarde del 24 de aquel mes, víspera de la festividad llamada la Anunciación. Suele coincidir con esta festividad cuando la Cuaresma principia pronto, la época de Semana Santa, pues en la necesidad de repartir los misterios de la vida de Jesús entre los doce meses del año, los extremos de principio y fin vienen á estar en contacto precisamente.

Tiene la Semana Santa por objeto recordar periódicamente al pueblo cristiano los sucesos de la muerte de Jesús y redención del linaje humano. Este culto data de los primeros tiempos de la Iglesia, pues los Apóstoles mismos no podían olvidar aquel lúgubre aniversario, y aun menos la Virgen María, cuya sensibilidad exquisita los tuvo siempre tan presentes, que, aun después de la Resurrección jamás quiso ni pudo borrarlos de su imaginación, como aseguran muchos y piadosos escritores. Y ¿á qué Madre buena y cariñosa no le sucedería lo mismo en igual caso?

Sirven de preparación á la Semana Santa el ayuno de la Cuaresma; el Evangelio especial de cada día hábilmente calculado, y otras prácticas y devociones, en particular los viernes de cada semana. El viernes que precede al Domingo de Pasión tiene por asunto del Evangelio y meditación, la resurrección de San Lázaro, cuatro días después de muerto y enterrado. Como en todas las poblaciones principales había *leproserías*, que, por lo común, estaban al otro lado de los ríos (1), y bajo la advocación de San Lázaro, de donde vino la palabra *lazareto*, el pueblo, al visitar la ermita de este Santo, convertía la tarde de aquel viernes en jira campestre, si el tiempo lo permitía, y no solía guardarse el ayuno con gran rigor.

Al día siguiente, sábado por la tarde, á las vísperas, se cubren los altares con velos ó paños negros, color de luto, ó morados, color de penitencia y retiro en la Iglesia, como preludio de la Semana Santa, que comienza al Domingo siguiente. Esta costumbre de cubrir los altares es tan antigua que hace San Braulio mención de ella.

La Semana Santa comienza en el Domingo de Ramos. En este día son notables tres cosas que constituyen su liturgia especial, la bendición de ramos ó palmas, el himno de Teodulfo que se canta durante la procesión, y la narración de la pasión y muerte de Jesús, que suele recitarse en las iglesias mayores cantada y aun coreada.

En unas bellísimas y eruditas conferencias que dió el cardenal Wissemann en Roma, el año de 1839, acerca de los ritos de Semana Santa en la capilla Papal, en obsequio de los viajeros que suelen acudir en gran número á presenciarlas, destinó una de ellas á tratar de la relación de aquéllos con el arte, aun bajo el punto de vista que llamó *dramático*, ó de la liturgia en acción, ó por decirlo así, en movimiento y representación.

La bendición de ramos precede á la Misa. El Preste y los asistentes al altar visten paramentos morados que en latín se dicen *violaceos* por ser del color de la violeta. El subdiácono canta en tono de *Epístola* una lección del Exodo en que habla de la llegada de los israelitas á Elim á los dos meses de su salida de Egipto. Había en Elim doce fuentes con abundantes aguas y 70 palmeras. Allí los fugitivos, librados de su esclavitud y recobrada milagrosamente su libertad é independencia, dieron á sus libertadores la primera muestra de ingratitud y rebeldía. Desde luego se ve la correlación íntima que esta narración tiene con la ingratitud que sus descendientes acreditaron en el Deicidio asesinando jurídicamente al Redentor del linaje humano.

El diácono canta en tono de Evangelio la narración de la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, precedido de mucha gente que con ramos en la mano le vitoreaban, gritando *Hosanna* al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor. La bendición de ramos se hace en la forma litúrgica de rociarlos con agua bendita y sahumarlos con incienso. En la capilla Papal y las iglesias mayores suelen bendecir palmas en lugar de ramos de oliva, que es lo más usual y económico para repartir al pueblo.

Terminadas la bendición y reparto de ramos salen de la iglesia el pueblo y el clero procesionalmente con los ramos, precedidos del subdiácono con la Cruz. En Jerusalén solía hacerse esta escena conmemorativa de la entrada de Cristo en aquella ciudad muy al vivo. El guardián del convento franciscano subía con doce frailes al monte Olivete, y montado en una borriquilla, precedido y acompañado por el pueblo con ramos, entraba en la ciudad por la puerta misma por la que entró Jesús.

En algunas catedrales (la de Salamanca una de ellas) hay puerta especial, llamada «de Ramos», por donde ingresa la procesión. En otras solían colocarse en las torrecillas laterales dos sochantres con los niños de coro para hacer también al vivo lo que dice la antífona: *Pueri hebræorum*, durante el himno: *Gloria, laus et honor*.

Dícese que este bellísimo himno lo compuso nuestro compatriota Teodulfo, obispo de Orleans, el año 818, teniéndole preso en Angers Ludovico Pío, por sospechas de una conspiración. Al pasar el Emperador con la procesión por bajo de las rejas de la prisión, el sabio obispo entonó su himno con voz melancólica y cadenciosa, que impresionó á su favor el ánimo de aquel gran político. No todos lo creen, pero, *si non è vero è ben trovato*.

(1) La iglesia y hospital de San Lázaro, en París, estaba y está al otro lado del Sena y cuidaba de él una comunidad de canónigos agustinianos. El último Prior lo cedió á San Vicente de Paul, que allí vivió y murió, de donde vino el llamar *Lazaristas* á sus misioneros. En Salamanca había un hospital de *San Lázaro caballero* que era para los nobles é hidalgos. A este San Lázaro, hermano de Marta y María, suelen representar vestido de obispo, por haberlo sido, según la tradición. Al otro llamaban *Lázaro leproso*, por ser el enfermo de quien habló Jesucristo en contraposición al glotón que se desdeñaba de socorrerle. Pero no en todas las leproserías se hacía esta distinción de los dos Lázaros.

El subdiácono golpea tres veces en la puerta con el palo inferior de la Cruz: ábrese el templo y la procesión entra pausadamente en él. El cardenal Wissemann al describir esta escena altamente poética y calificarla de *altamente dramática*, vindica el uso de este adjetivo por no encontrar palabra más adecuada para expresarla. Recuerda, á propósito de ello el bellísimo aunque breve salmo: *Domini est terra*, ó la subida al monte santo, en que la comitiva grita: —¡Levantad el puente levadizo y el rastrillo, oh Príncipes, que va á entrar el Rey de la gloria! Y los Angeles contestan desde las almenas:—¿Y quién es *el Rey* de la gloria?

Antes del Evangelio salen tres cantores escogidos y en traje de diáconos, pero sin dalmática, pues en este día y en el de las Candelas y el Viernes santo no la usa el diácono, á fin de estar más expedito y desembarazado para lo que tiene que hacer.

Estos tres cantores son de diferente voz. El contralto en tono vivaz y movido narra los acontecimientos: el tenor en voz más pausada sostiene los diálogos, menos las palabras y respuestas de Jesús, las cuales en voz muy grave y pausada son dichas por un bajo escogido al efecto, cuya voz no sea bronca ni desapacible. En la Capilla Sixtina, y lo mismo en casi todas nuestras catedrales é iglesias mayores en que hay capilla de música, el coro canta con entonación especial las voces del pueblo y de las turbas tumultuadas contra el Salvador. La bellísima música de estos capítulos del Evangelio, llamados comunmente «la Pasión,» fué compuesta el año de 1585 por nuestro compatriota Luis Vitoria, natural de Avila. Presentado su trabajo al célebre Palestrina, maestro de la Capilla Pontificia, lo halló tan oportuno y acabado que no quiso retocarlo.

II

El Martes santo se reza, y en las iglesias mayores se canta, antes del Evangelio la Pasión según San Marcos. En este Evangelio contrasta el tono lúgubre con que se canta la irrisión de los soldados al decir irónicamente: – *¡Ave Rex judæorum!* – con el tono de rabia con que el populacho en tres notas rápidas y secas da preferencia á Barrabás, diciendo enérgicamente el coro *Ba-rá-bam*. En este de San Marcos canta en fabordón é inarmónicamente el *Crucifige*. El *tolle tolle*, *crucifige* del Evangelio de San Juan se cantaba, y aun suele cantar en algunas partes con tanta repetición y casi desentono, que llegó á quedar en proverbio (2). Mas en el *Ave Rex judæorum* la música con que canta el coro esta irrisión es tan grave y pausada que inspira tristeza. Quien no comprenda esta melancolía y la de los improperios el día de Viernes santo no sabe sentir.

El miércoles por la tarde se cantan lo mismo en la Capilla Sixtina que en las catedrales, iglesias mayores, parroquias que tienen suficiente clero y muchas comunidades religiosas, maitines solemnes, que suelen ser los más concurridos, pues los del Jueves y Viernes santo, aunque iguales, no son tan frecuentados por el pueblo que en ellos acostumbra tener otras distracciones.

Constan estos maitines solemnes de nueve salmos divididos en tres grupos ó nocturnos, pues los monjes y canónigos regulares tenían esta parte del oficio divino á media noche, y aun los rezan á esa hora muchas comunidades religiosas.

Al fin del primer nocturno de este día se cantan tres de las lamentaciones del profeta Jeremías sobre la ruina de Jerusalén, que son de gran ternura, y aludiendo al acontecimiento histórico que vino á castigar el Deicidio, tiene también otras místicas y alegóricas significaciones. A cada estrofa, ó endecha, pues son cláusulas de la poesía hebrea, precede una letra del alfabeto hebreo, á guisa de número: *Aleph* que es A, *Beth* que es la B.

¡Cómo yace sola y cómo desierta la ciudad tan poblada en otro tiempo (3)! No parece sino que están de luto los caminos, pues no viene ya por ellos á celebrar las fiestas..... ¡Jerusalén, Jerusalén, vuélvete á Dios tu Señor!

Como la palabra Jerusalén significa también la Iglesia y el alma del justo, es muy expresiva.

Las lecciones al fin del tercer nocturno son alusivas á la festividad de la institución del Sacramento de la Eucaristía, que celebra la Iglesia católica al día siguiente, y son comentarios de San Agustín sobre la epístola de San Pablo, alusiva á este asunto.

Terminados los maitines se cantan laudes y aquéllos y éstos se van apagando unas velas puestas en un candelabro triangular, llamado comunmente *tenebrario*, pues sólo se usa durante estos tres días, á los cuales generalmente se llama «las tinieblas.» El *Miserere* final se canta con gran solemnidad y á oscuras, pues antes se apagan todas las luces menos una, que se deja detrás del altar mayor, y al final se mete algún ruido, aludiendo al terremoto que acaeció á la muerte de Jesús.

III

La festividad de Jueves santo no representa la Pasión de Jesús como cree el vulgo, sino la festividad de la institución del Sacramento de la Eucaristía, y su rito apenas se distingue del de los otros días. Por ese motivo los paramentos son blancos y la Epístola en la Misa la de San Pablo sobre los *agapes* ó convites fraternales de los primeros cristianos.

(2) Armar el *tole-tole*, se dice vulgarmente, en alusión á ese griterío.

(3) Asimismo comienza sus endechas el Rey sabio:
¡Oh! ¡cómo yaz solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemania que fué!

© Biblioteca Nacional de España

Apuntes de José Echena para su cuadro **LLEGADA AL CALVARIO**, premiado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid en 1884



Los ritos ó ceremonias especiales de este día son: el silencio de campanas, consagración de los santos óleos, comunión general con reserva de una hostia, procesión al Monumento, despojo de altares y Mandato ó lavatorio. Los maitines por la tarde vienen á ser como en la víspera, sin más que la adición de una cláusula al final.

Al concluir el toque y cántico de *Gloria in excelsis*, se suspende todo toque de campanas, sustituyéndolo con otros aparatos de madera, según el uso de cada país. En la antigua disciplina duraba este silencio hasta el Domingo después de salir el sol.

La consagración de los óleos sólo tiene lugar en las catedrales ó donde celebra el obispo de pontifical. Es acto de larga duración y aparato. Asisten al obispo doce presbíteros y varios diáconos que traen y llevan las grandes ánforas é ingredientes necesarios de aceite, aromas y demás para su mezcla. Los doce presbíteros, revestidos de casullas blancas, se sientan á derecha é izquierda del obispo en representación del antiguo presbiterio.

Repártense los óleos en seguida á los comisionados de los arciprestazgos, pues los han de tener los párrocos el Sábado santo para la bendición de la pila bautismal.

La Comunión general es también acto solemnísimo en las catedrales, donde además del cabildo, clero y ministros inferiores, suelen comulgar los seminaristas. En las iglesias mayores y parroquias suntuosas y bien organizadas suelen comulgar los individuos de la Sacramental, y debieran hacerlo en todas para cumplir los fines de su instituto. Los Reyes no dejaban de hacerlo antiguamente, y en muchos puntos las autoridades municipales y aun los mismos Virreyes.

El claustro de Salamanca, que conserva sus antiguas tradiciones universitarias, comulga en la Real Capilla de San Jerónimo y le vale por cumplimiento Pascual.

El sacerdote reserva en un cáliz una hostia que guarda allí con patena, cubriéndola con una palia. En seguida se ordena la procesión para conducirla bajo palio al altar preparado para esta reserva, que lleva el nombre de *Monumento.*

En Roma el mismo Papa lleva el cáliz con la hostia desde la Sixtina á la Capilla Paulina, ambas dentro del Vaticano. Allí solamente se usa poner un gran dosel blanco, y escalonar delante de la urna cirios y flores, y esto ha recomendado la Congregación de Ritos recientemente. La misma prohibió también algunos abusos que se cometían en el ornato de los monumentos, unos por ser poco serios y aun algo teatrales, y otros por ajenos á la mente de la Iglesia.

Después de rezar vísperas, el preste acompañado de diácono, subdiácono y otros ministros inferiores, sin casulla ni dalmáticas, viene al altar mayor y luego á los demás y los van desnudando de los lienzos, manteles y demás adornos movibles que los cubren ó adornan. En el Vaticano se conserva todavía la antigua disciplina de lavar los altares, que son de mármol, con agua y vino blanco, lo cual practican los canónigos mismos con esponjas y paños abundantes para secar la humedad. Como antiguamente no había culto durante el viernes por la tarde y todo el Sábado Santo, se aprovechaba esta ocasión para limpiar completamente la iglesia y quitar los velos ó cortinas de los altares, limpiar las lámparas, candeleros y demás utensilios del culto. Llámase el *Mandato* á la ceremonia de lavar los pies á doce pobres en conmemoración de lo que hizo Jesús del mismo modo con sus doce apóstoles en la noche de la Cena. La antífona con que principia la ceremonia empieza con las palabras: *Mandatum novum do vobis.* Este mandato es de mutuo amor, como expresa luego el canto: *Ut diligatis invicem*, y de humildad, cuyo ejemplo daba en aquel acto: *Exemplum dedi vobis.*

En la Capilla Sixtina lava el Papa los pies á trece sacerdotes de varios países de la Cristiandad.

En Madrid lava el Rey los pies á doce pobres, pero no en la Capilla sino en el salón de columnas, y en seguida les sirve, asistido de la alta servidumbre de palacio, una gran comida que se les permite llevar á su casa, con el traje completo y una cantidad en metálico que se les da. Las Reinas suelen hacer lo mismo con doce mujeres ancianas.

Desde que acaba el toque de campanas en las iglesias de Madrid no se permite que transiten por las calles coches ni carruajes, y en algunas capitales de provincia se hace lo mismo. Por la tarde, el Rey con toda la corte y la alta servidumbre, y toda la inferior, con trajes de gala, visita siete iglesias, y aun cuando el acto es puramente palatino, la asistencia de los ministros de la Corona y la formación de las tropas le da carácter oficial. Antiguamente practicaban también los Consejos y altos tribunales esta visita de los monumentos en corporación y con todos sus empleados, y aun la conservan en muchos puntos las autoridades superiores.

Como al desnudar y limpiar los altares se limpiaban también las grandes pilas marmóreas que contienen gran cantidad de agua bendita, secándola con esponjas, resultó suprimido el uso de ellas en algunas iglesias hasta que se volvían á llenar el Sábado Santo, pero ya está declarado que debe haberla y usarse.

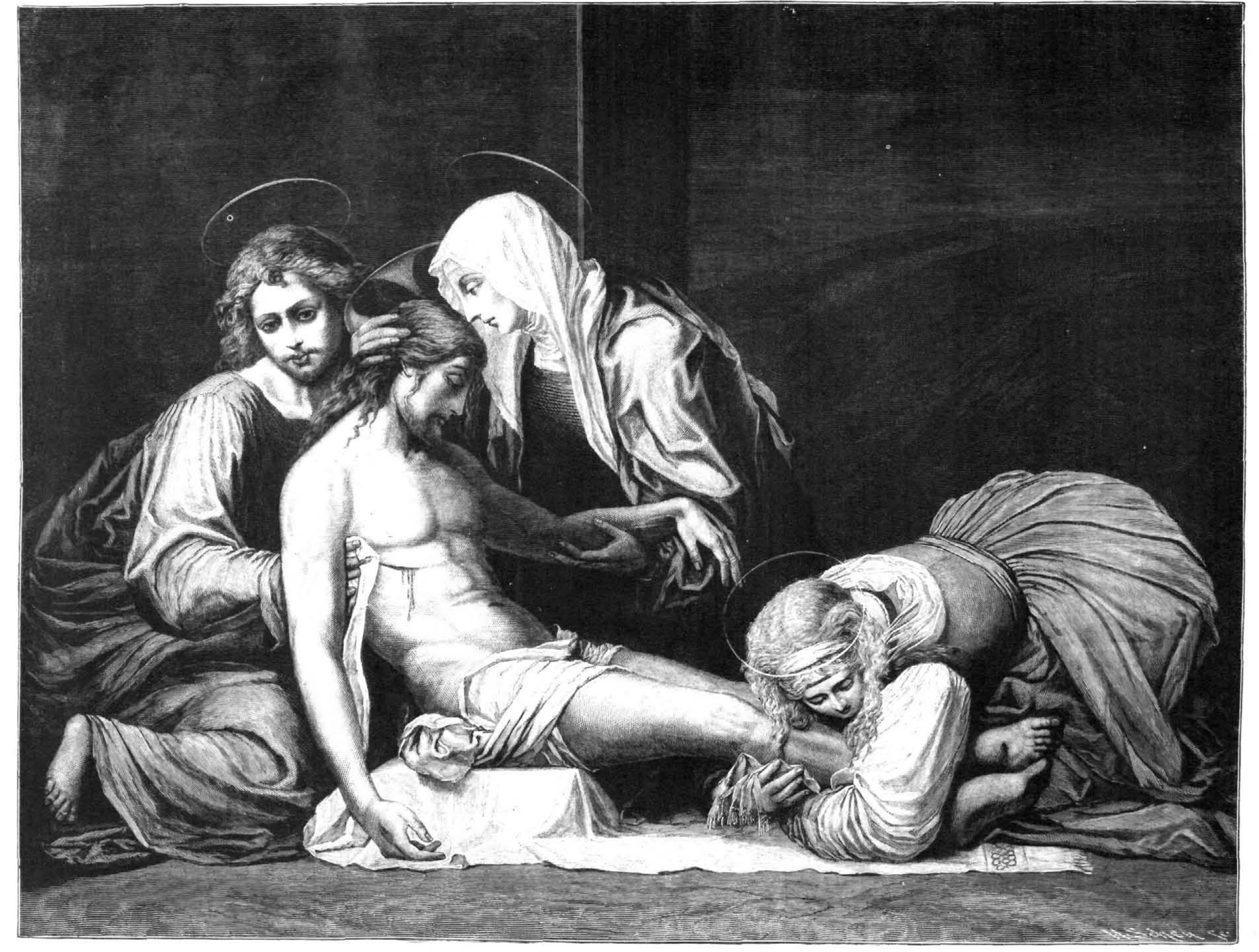
La liturgia del Viernes Santo recuerda de un modo patético la adoración de la Cruz en la iglesia de Jerusalén, y en Roma en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén á donde concurría el Papa y se tenía la estación. Los ritos principales son el de la adoración de la Cruz con el canto de los llamados *Improperios*, y la Misa con algunas de las antiguas ceremonias. La Pasión que se canta en este día es la del Evangelio de San Juan, la más minuciosa y como de testigo presencial.

Después de varias oraciones por el Papa, clero, monarca y pueblo cristiano, con numerosas genuflexiones, se procede al descubrimiento y adoración de la Cruz. En Jerusalén se hallaba ésta guardada con gran esmero y cubierta de ricos y numerosos velos, que los diáconos iban levantando lentamente. La concurrencia de peregrinos era grande y aun lo es ahora al Santo Sepulcro, y de todos los ritos cristianos, teniendo los soldados turcos que sostener el orden. Hoy día el preste, en representación de aquel antiquísimo culto, toma un crucifijo, cubierto con un velo de tafetán morado: el diácono lo descubre un poco por la parte superior, luego el brazo derecho y acaba por descubrir el crucifijo por completo. Al terminar cada uno de estos actos, el preste alzando más la voz y también el crucifijo, dice de frente al pueblo: – Ved el leño de la Santa Cruz *(Ecce lignum Crucis)*... El clero y el pueblo se prosternan diciendo: – ¡Vamos á adorarlo! *(Venite, adoremus)* y en efecto lo hacen así todos pasando de dos en dos, pero sólo el clero y las corporaciones religiosas, y autoridades que asisten. En las iglesias mayores y de comunidades cenobíticas suelen poner un crucifijo en la capilla parroquial ú otra para que pase el pueblo á la adoracion.

Durante ésta, dos cantores entonan una invocación en griego y latín para significar el rito en las dos iglesias oriental y occidental, ó sea griega y latina, como había que hacerlo en Jerusalén.

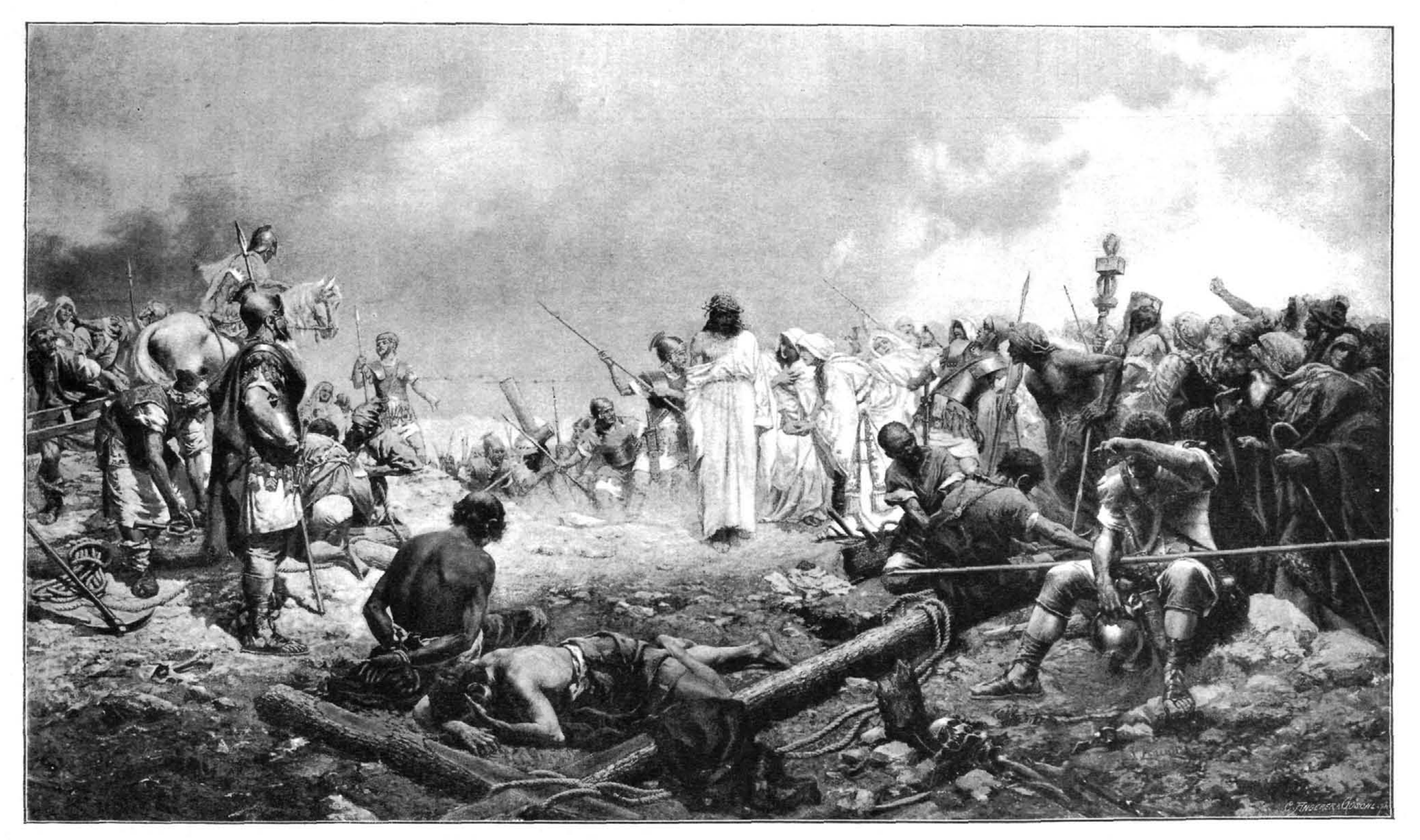
El uno canta *Agios o Theos* y el otro lo dice en latín, *Sanctus Deus;* y así van alternando otras invocaciones, mezcladas con los *Improperios.* Son éstos unas quejas amorosas que la Iglesia pone en boca de Jesús Crucificado, echando en cara á los israelitas y alegóricamente á

© Biblioteca Nacional de España



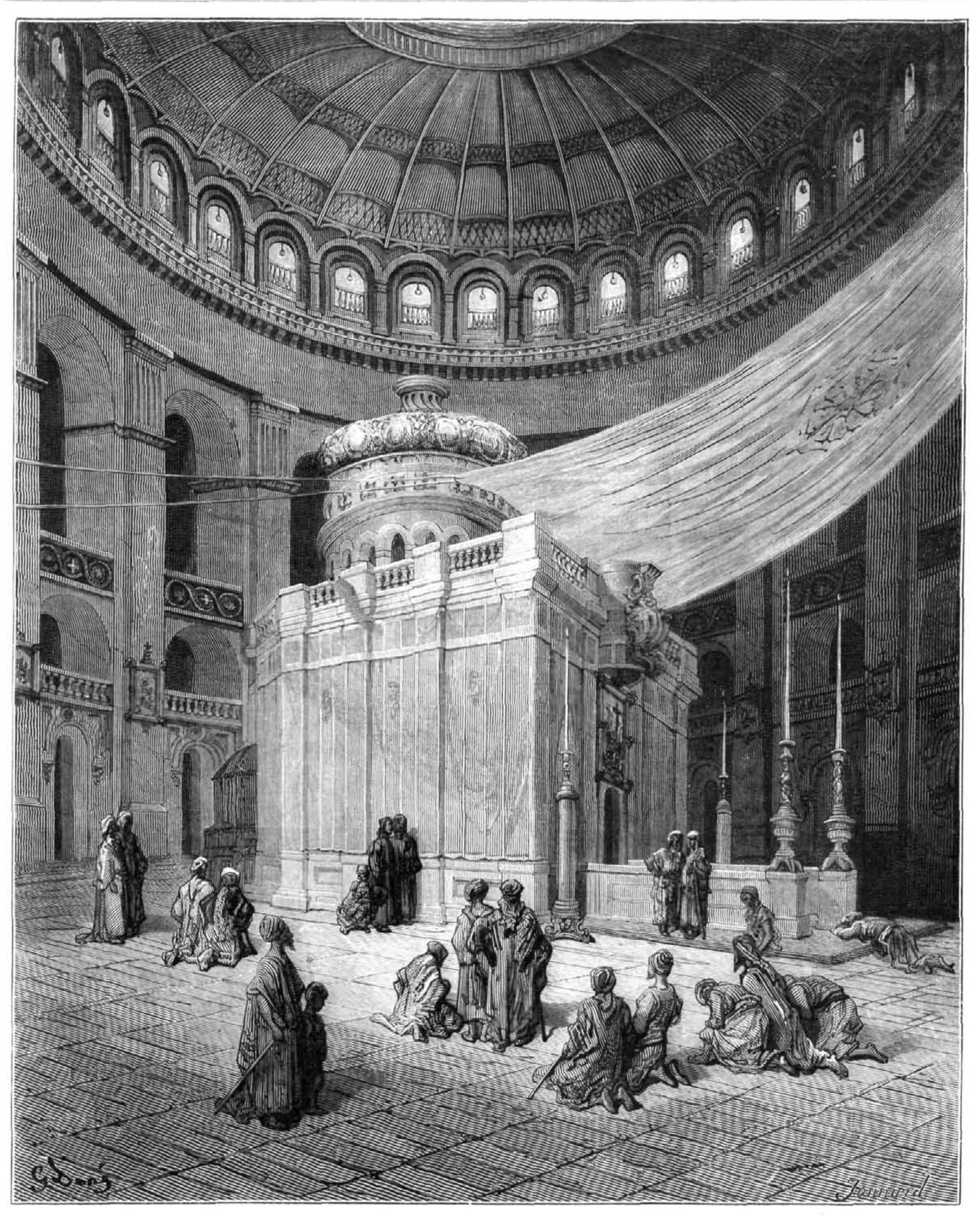
AL PIE DE LA CRUZ, cuadro de H. Schen

© Biblioteca Nacional de España



LLEGADA AL CALVARIO cuadro de José Echena premiado en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1884

© Biblioteca Nacional de España



EL SANTO SEPULCRO, dibujo de Gustavo Doré

(Muestra de los grabados de la obra *Historia de las Cruzadas*, próxima á ser publicada por nuestra casa editorial)

todos los pecadores la ingratitud con que le pagaron, y los agravios con que le ofenden. - ¡Oh pueblo mío, qué te hice yo para que así me maltrataras! Yo te saqué de Egipto y tú me llevaste al Calvario. Yo planté en tu tierra rica viña y tú me diste vinagre en mi agonía. Yo abrí el mar para salvarte de la servidumbre y tú abriste mi costado con una lanza.

Estas tristes endechas y querellas las canta el coro en tono pausado, triste y con una canturia sencilla y semitonada que inspira melancolía, con acompañamiento solamente de un instrumento grave y nada estrepitoso, alternando con las invocaciones greco-latinas de los sochantres, que las expresan en castellano. Cuando se cantan bien, difícilmente contienen sus lágrimas las personas que las entienden y saben sentir.

Ordénase luego la procesión que va al monumento, trayendo de allí bajo palio la hostia consagrada que se depositó el día anterior. Al entonar el himno *Vexilla Regis prodeunt*, hay en algunas iglesias la costumbre de salir un sacerdote con algunos ministros inferiores y los mayordomos sacramentales llevando el guión parroquial, ó un gran estandarte con la cruz, y colocarse á la cabeza de la procesión, precediéndola.

Llegados al altar el preste continúa la Misa, con algunas ceremonias distintas de la ordinaria y entre ellas el levantar la hostia en alto con la mano derecha, al estilo de los clérigos mozárabes, para adorarla.

En la Capilla Real de Madrid al adorar el magnífico Lignum Crucis que al efecto se expone, acostumbra el Rey conceder indulto á alguno ó algunos reos de pena capital, con la fórmula de: - Yo los perdono para que Dios me perdone.

A las lúgubres ceremonias de los días anteriores suceden las alegres del Sábado Santo. Mas en los antiguos tiempos éstas no principiaban hasta la media noche; y como la iglesia estaba á oscuras, tenían necesidad de encender fuego y luces para entrar en ella, alumbrarla y fumigarla con el incienso. A esto alude la ceremonia de encender fuego con pedernal y eslabón á la puerta del templo.

El diácono entona la *Angélica* con voz vibrante y sonora como himno de triunfo, para lo cual se prefiere la voz de contralto, pues la composición es altisonante. ¡Oh feliz noche! exclama el diácono, pues en los antiguos tiempos de noche se cantaba. ¡Oh feliz culpa, repite con un célebre Santo Padre, pues que nos trajo tal Redentor!

Coloca en el Cirio Pascual cinco granos formados con incienso. Entre tanto se preparaba á los catecúmenos dándoles las últimas nociones del arcano para el bautismo que iban á recibir.

A esto alude la lectura de las profecías el día de Sábado Santo y la bendición de la pila bautismal en las parroquias.

En seguida el preste con su diácono y subdiácono se postran completamente al pie del altar, mientras el coro invoca á toda la Corte celestial. Poco antes de concluir las letanías se dirigen á la sacristía, de donde salen con vestiduras blancas y de lujo.

Al *Gloria in excelsis* córrense los velos de los altares, suenan las campanas, vuelve el regocijo á los ánimos contristados, entónase el *Alleluya*, como exclamación de regocijo, y después de la Comunión el cántico de la Virgen, á la cual se invoca por la tarde con otra exclamación de júbilo:—Alégrate, Reina celestial, pues que ya resucitó tu Hijo.

¡Regina cœli lætare!

Con esto concluye regocijadamente el tiempo de la penitencia y contrición, recordando la Resurrección de Jesús y aludiendo á la que esperan los justos en la suya.

VICENTE DE LA FUENTE

LA MONJA BLANCA

(Fantasía de Miércoles de Ceniza)

POR DON BENITO MAS Y PRAT

I

No os devanéis los sesos en averiguar dónde, cómo ó cuándo aconteció el suceso que voy á referiros, porque tengo el firme propósito de no revelároslo. Os confesaré sólo que, por aquel tiempo, me hallaba yo en una ciudad populosa, tenía mi habitación frente á un convento de Mercenarias Descalzas, - en cuya portería solía detenerme más de lo necesario para contemplar los primorosos azulejos de que el patio contiguo estaba adornado, - y hacía vida común, - vamos al decir, - con dos estudiantes de Derecho, que siempre tenían torcidas las mesadas y las intenciones.

Dispuestos los tres á todo género de divertimientos, no nos quedó nada por explotar durante los diez y ocho meses que estuvimos bajo el mismo techo. Conocimos todas las gradaciones del alcohol y del ajenjo, empeñamos hasta los presentes de nuestras novias y aburrimos á cuantos nos rodeaban, - incluso á las castas devotas que llamaba á sí, un milagroso Crucifijo de talla, de cuerpo entero, que se hallaba colocado en la ya referida portería de las Mercenarias, bajo un dosel de terciopelo rojo con largos flecos, y de modo que pudieran besar sus pies, atravesados por flordelisado clavo de plata, los que le dedicaban lágrimas, limosnas y oraciones.

El martes de Carnaval, del año que dejo de propósito en el tintero, oíamos desde mi balcón, con desiguales intervalos, las músicas de las mil comparsas callejeras y el canto monótono de las monjas nuestras vecinas, no faltando ocasión en que los ecos postreros de unos y otros sonidos se confundían de manera autonómica é inconveniente. Las madres campaneras que se asomaban por las celosías de la espadaña, con sus caritas color de rosa y sus hábitos blancos, parecían hacer *pendant* á los grupos de capuchones y dominós que se deslizaban por la acera, siendo parte para que nuestras imaginaciones meridionales hicieran impíos truecatintas, la luz crepuscular que envolvía unas y otras apariciones en delicadas penumbras.

Confieso, para descargo de nuestras conciencias y para que jamás pueda tildársenos de haber faltado al respeto debido á esas santas vírgenes del Señor que ven pasar sus días en la oración y en la continencia, que nuestros cotejos y observaciones eran puramente pictóricos, de perspectiva, de apariencia. Las madres Descalzas se nos ofrecían en la torre, elevadas, junto al azul del cielo, y los capuchones blancos, rastreando, en el suelo, por las aceras. Entre éstos y aquéllas no era posible establecer más paralelos que los que permite un pedazo de tela blanca movida por la misma racha de viento, ó un perfil borroso que la luz crepuscular alarga, desfigura ó desvanece.

Bajo la impresión de tales antinomias salimos á la calle cuando la noche cerraba, se encendían los faroles del gas y las lamparillas del Cristo de las Descalzas, y crecía el

© Biblioteca Nacional de España

hervir vividor de las máscaras y de las murgas por calles y plazuelas.

La locura es contagiosa; pasadas algunas horas estábamos decididos á echar la noche á perros, como suele decirse, visitando los bailes de *la muy noble y muy leal Ciudad* en que nos hallábamos, y con especialidad el del Gran Teatro, donde suponíamos, con razón, que había de afluir la *crème* de las *demi-mondaines*, ó lo que es lo mismo, la espuma del mar del entretenimiento.

Mis compañeros decidieron disfrazarse, no tan sólo por evitar encuentros fatales, sino también por no hacer perder la seriedad á alguno de sus catedráticos que solía permitirse el lujo de echar una ó más canas al aire, en estos días clásicos del champagne y de la careta; yo, poco conocido en aquel centro y sin la travesura propia para servir de *Pierrot* ó de *Mefistófeles*, decidíme á llevar la careta de todos los días; es decir, me zambullí en mi frac y en mi abrigo, teniendo cuidado de vestir un buen *coselete* de lana bajo la presuntuosa pechera.

A las doce penetrábamos en el salón del Gran Teatro y nos confundíamos en un verdadero océano de cuerpos pecadores y de cabezas calientes. El director de orquesta, como atildado Lucifer del tumultuoso aquelarre, levantaba en aquel punto el cetro ó la batuta, y toda aquella multitud, dócil y obediente como una colección de *marionettes* atadas á un hilo eléctrico, seguía los tiránicos compases de una voluptuosa y callejera polka mazurka.

Pronto un choque imprevisto de celestinas, brujas y diablos encarnados, apartáronme tanto de mis amigos, que no logré verlos en algún tiempo. Lo que había acontecido era después de todo muy natural: vestían de Faustos y habían cargado con ellos, apenas los divisaron, aquellos espíritus infernales.

Yo me resistí á la tentación, recitando por lo bajo la oración favorita de San Antonio, y seguí estudiando friamente aquel pandemonium, en el cual los deseos, las voluptuosidades, las locuras y los apetitos carnales, haciéndose visibles con distintas fases y bajo múltiples vestiduras, contribuían á entorpecer la conciencia, á atrofiar el sentimiento y á levantar las impurezas del fondo del abismo.



ADORACIÓN DE LA VERACRUZ POR LOS CRUZADOS, dibujo de Gustavo Doré

(Muestra de los grabados de la obra *Historia de las Cruzadas*, próxima á ser publicada por nuestra casa editorial)

¡Cuántas cosas ví que me repugnaron más que las cariátides desnudas y sonrientes que soportaban las andanadas de lujosas localidades! ¡Cuántos grupos más desenvueltos y procaces que los de las bacantes borrachas que se perdían entre las nubes pintadas del plafón! Las notas de la orquesta parecían el acicate aplicado al ijar de aquellas parejas libidinosas; las perfumadas olas de nardo y agua de Kenzalik, hacían flotar aquellos senos y aquellos hombros en un lago caliente y pesado. Había cabezas tan juntas que se confundían los perfiles, y brazos tan enlazados que parecían sierpes juguetonas adornadas á trechos con dijes de hembra. Al mirar á la alfombra siempre se distinguían cuatro pies en el mismo círculo; al abarcar las lontananzas tropezábase siempre con Paolos y Francescas, arrastrados en alas de huracanes satánicos.

Cuando más embebido me hallaba en estas contemplaciones, una voz juvenil, á juzgar por el timbre, deslizó en mi oído estas palabras:

–¡Hola, vecino! ¿os divertís mucho?...

Volvíme, agradablemente sorprendido por aquel acento suave y argentino, que contrastaba de extraño modo con los gritos descompuestos y las voces chillonas que alrededor sonaban, y subió de punto mi admiración al ver en mi presencia una mujer con dominó de blanca estameña, irresoluta, un si es no es turbada y como con vivos deseos de que fuera yo su timón en aquel golfo de locuras y placeres.

No dudé un momento; contesté con la primera vulgaridad que me ocurrió su cándida pregunta y ofreciéndole mi brazo, que ella tomó con cierto arranque nervioso, nos abrimos paso entre la multitud, cuando rompían filas las parejas después de haber apurado los últimos compases de una *redowa*.

Al primer paseo noté que no me las había con ninguna *demi-mondaine*, porque sus palabras tenían cierto sello de atrevida ignorancia que no se compaginaba bien con la ciencia del mal en que tales mujeres están por demás iniciadas. Para saber, – metafóricamente hablando, – *los puntos que calzaba* la conduje al restaurant y le ofrecí una copa de Málaga. Mi curiosidad no pudo satisfacerse por esta vez; la mujer que bebe y se cubre el rostro, bien puede ser Lucrecia, Julia ó Mesalina.

Volvimos al salón, y como nos convidaba una diabólica polka de Suppé con sus incitadores acentos, nos lanzamos como torbellinos entre aquellas parejas unidas y jadeantes: también esta vez me llevé el solemne chasco; mi pareja no sabía bailar, aunque llevaba el compás con gran precisión y se abandonaba como las demás entre mis brazos.

Cuando expiró la última nota nos detuvimos cansados y sudorientos, sentándonos en un escaño lejano: yo me sentía orgulloso de mi conquista. – ¿Os ha gustado el baile? – le dije, como para recordarle las varias peripecias de que estaba salpicado tan peligroso divertimiento.

(Continuará)

LA CORONA RADIATA Y LA CORONA DE ESPINAS

(artículo tomado de la revista inglesa *The Art Journal)*

Cuando los emperadores romanos se arrogaron la divinidad, adoptaron el símbolo oriental de la corona de rayos que figuraba en sus monedas, y que servía también para adornar las cabezas de sus imágenes en los templos. Los gobernadores y magistrados romanos siguieron el ejemplo, y así es que en el arte primitivo vemos siempre á Herodes representado con este símbolo. Según parece, cuando el Tetrarca de Galilea se burló de las palabras de Jesucristo, dió orden de conducirle á presencia de Pilatos, pero disfrazándole antes con el traje y las insignias reales; y los soldados romanos, para manifestar su desprecio al rey del pueblo, parodiaron los honores que era costumbre hacer al gobernador, complaciéndose luego en escarnecer, golpear y escupir á su prisionero. Por cetro, pusiéronle en la mano una caña, y en vez de la corona romana de rayos, circuída de la guirnalda de hiedra, tejieron una de espinas y ciñeron con ella su cabeza. Las verdes hojas del *Spina Christi* se asemejan bastante á las de la hiedra, así como las punzantes espinas pueden representar los rayos.

Esta idea fué sugerida por un cuadro de Baltasar Peruzzi, que se halla sobre el segundo altar de la iglesia de Fonte Giusta, en Siena; el asunto es la Sibila anunciando al emperador Augusto el nacimiento de Jesucristo; y aquí la corona de rayos con la guirnalda de los Césares ofrece una semejanza más que accidental con la de espinas.

© Biblioteca Nacional de España

El obispo Pearce observa que la Escritura no arroja la menor luz acerca de la planta de que se sirvieron los soldados romanos para su impío propósito; pero entre las numerosas especies de espinos de Judea, una de ellas ha



BUSTO DE AUGUSTO, por Baltasar Peruzzi

recibido el nombre de *Spina Christi;* tiene las espinas muy agudas; y en la estación del año en que se perpetró aquel acto inicuo, adquieren considerable longitud; las ramas son blandas y flexibles, y por lo tanto se pueden retorcer, reduciéndolas al tamaño de la cabeza humana. Los monjes de Jerusalén enseñan, ó enseñaban últimamente, un añoso espino situado cerca de la ciudad santa, y dicen que de él se cortó la rama con que se formó la Corona. Esta se dispuso de tal manera que, colocada en



CORONA RADIATA

la cabeza, las espinas apuntaban hacia arriba, asemejándose así en cierto modo á los rayos de la corona con que los reyes de Oriente tenían por costumbre adornarse. Hasselquist, viajero sueco, se inclina á creer que la planta espinosa elegida era de la especie *Nabca Paliurus Athenai* (el *Nabk* de los árabes), porque sus hojas se parecen mucho á las de la hiedra, siendo tambien de color verde oscuro y brillante. «Tal vez los enemigos de Cristo, añade el viajero, quisieron elegir una planta semejante á la que usaban los emperadores y generales en su coronación, á fin de que hubiese una calumnia hasta en el castigo.» Algunos escritores, tales como el obispo Pearce, Kenrick, Cappe y Belsham, van más lejos, é indican que nada en la Escritura nos autoriza para decir que esta corona se empleó con el propósito de inferir un tormento. La primitiva palabra usada significa punta y flor (*ac*, punta, *anth*, flor), y aplicábase indistintamente á cualquiera flor espinosa, ó planta que tuviese espinas ó pinchos. El dolor físico estaba representado allí, pero sólo como la imagen de un padecimiento moral más profundo. «Tertuliano, dice el obispo Pearce, fué el primer cristiano primitivo que hizo mención de esa corona, citándola como ejemplo de la crueldad con que se trató al Salvador, y vivió ciento setenta años después de Jesucristo.» En la escena de la coronación con espinas, los antiguos escritores que hemos apuntado hallan un doble sentido de ilimitada significancia, pues convierten los insultantes atributos de una majestad burlesca en las insignias de la más alta soberanía espiritual. Dicen que aquella corona real puesta en són de befa y escarnio en la cabeza de Jesús, representa las espinas y zarzas sembradas en la tierra por el primer Adán, y entonces clavadas para siempre en la sagrada cabeza del segundo, pensamiento que San Ambrosio amplía, diciendo que las espinas son los pecadores del mundo, que se ostentan como un trofeo triunfalmente clavado en la frente de su Redentor.

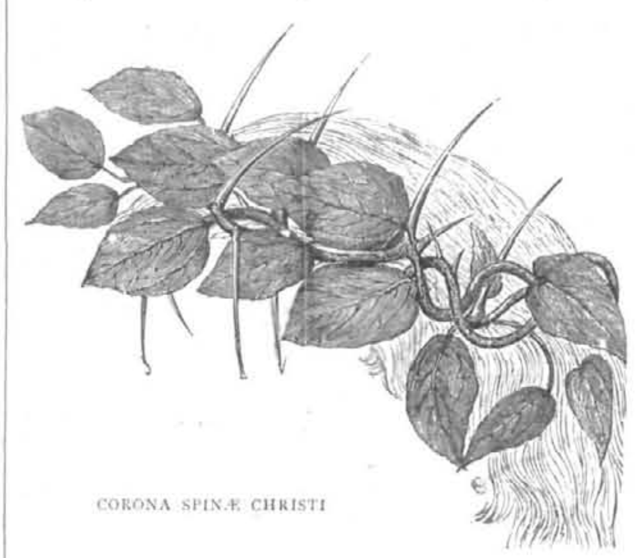
Sin embargo, los primeros pintores cristianos han facilitado un detalle mucho más claro y verdadero, pues en los primitivos trabajos artísticos en que figura esa corona, hállase mucho mejor indicada su significación.

La primera representación de Jesucristo así coronado se encuentra en una cámara pintada de la catacumba de Pretextato, en la Vía Apia, abierta accidentalmente en 1848, y que puede datar de principios ó mediados del siglo segundo. Durante las excavaciones, practicadas bajo la dirección de M. Rossi por la Comisión de Arqueología Sagrada, descubrióse la cripta de San Januario, que murió en el A. D. 162; y después otra, que en concepto de M. Rossi debió ser la sepultura de San Quirino, muerto hacia el A. D. 130.

Cerca de la tumba de Quirino hállase la cámara pintada de que hemos hablado, y uno de los tres asuntos que representa es una ilustración de las palabras: «Golpearon su cabeza con una caña.» Como la manera de tratar este asunto difiere en un todo de lo que estamos acostumbrados á ver en las escuelas modernas del arte, alemana é italiana, no nos extraña que algunos le equivocasen con el bautismo de Jesucristo; pero la corona que se proyecta de la cabeza á manera de rayos desvanece desde luego todas las dudas en cuanto á la verdadera naturaleza del asunto. En la pintura primitiva que representa la flagelación se ve la corona de rayos, parodiando estos los del Dios-Sol. Semejante teoría respecto á la verdadera significación de la pintura no explicada hasta aquí, confírmase al parecer por la misma actitud de nuestro Señor, que absorto y concentrado en sí mismo, tiene el aspecto de un hombre profundamente afectado, poseído de una angustia más bien moral que física.

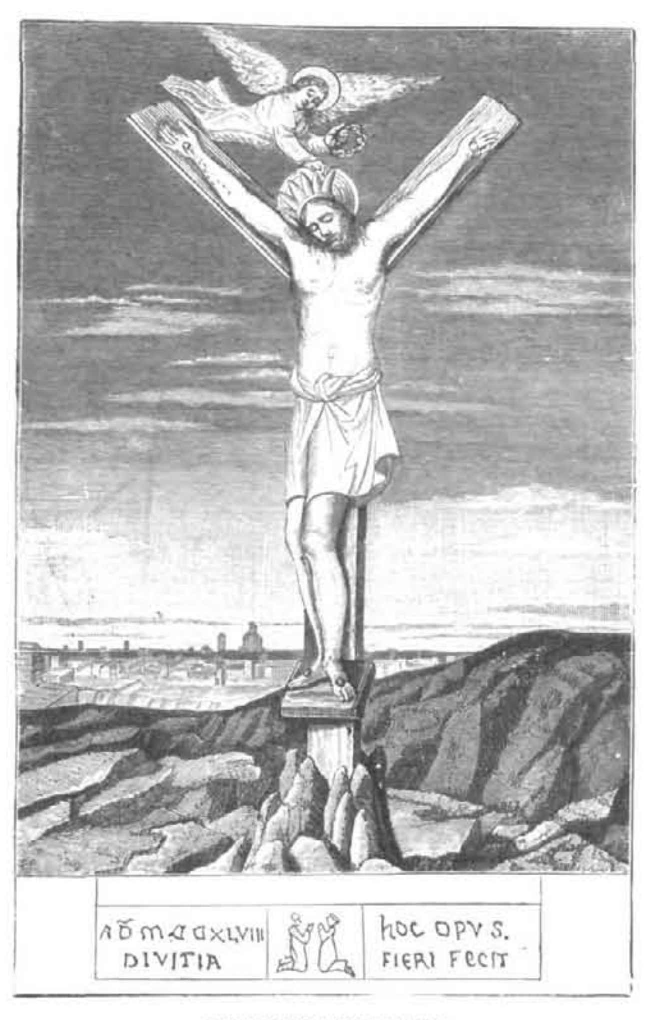
Se puede ver esculpido el mismo asunto en las puertas de bronce de Benevento, en territorio napolitano, representándose á nuestro Señor en noble actitud, sin la menor indicación de corona en la cabeza, y con una especie de báculo ó cayado corto en la mano. Ciampini, que grabó una reproducción, cree que esa obra data de fines del siglo XI ó de principios del siguiente. En una miniatura del año 1310 se ve á nuestro Señor sólo con cetro, y sin corona de espinas durante la flagelación. Hasta el siglo XV no encontramos representada esa escena teniendo Jesucristo ceñida la corona de espinas; y en otros trabajos de la más primitiva ejecución, en los cuales se figuran varias escenas de la vida de nuestro Salvador, de tal modo que no se puede dudar del padecimiento físico ocasionado y sufrido heroicamente, como por ejemplo el desmayo bajo el peso de la cruz y la crucifixión, se ha omitido la corona de espinas. Por esto nos inclinaríamos á deducir que no se la comprendió entre los instrumentos de tortura, y que la dejarían á un lado con la caña y el vestido, es decir, con las otras insignias burlescas de la majestad. En una crucifixión trabajada en marfil el año 800, Jesucristo no tiene corona; mientras que en las primitivas obras de arte irlandesas represéntasele con una puntiaguda. En la catacumba del papa Julio se encontró en el año 1000, otra crucifixión en que el Salvador figuraba sin corona, entre el sol y la luna; en tres iluminaciones y miniaturas de la Ascensión de la Cruz, ejecutadas en los siglos XII y XIII, tampoco la tiene; y lo mismo se observa en varias pinturas que nos dan á conocer la escena, debidas á Duccio A. D. 1282; Tadeo Gaddi, 1300; Pietro Cavallini, 1279, y Angélico 1367. Hasta en los siglos XV y XVI hállanse ejemplos en que Garofalo, Rafael y Miguel Angel representan á Jesucristo crucificado sin la corona de espinas. «De todos modos, dice M. Jameson, los artistas italianos, con su acostumbrado refinamiento, figuraron generalmente una guirnalda de espinas, tal como se podía obtener de la naturaleza, con ramas ligeras y flexibles; mientras que del norte de los Alpes, y yo pienso que de la escuela alemana, tomamos una falsa imagen, un objeto imposible de estructura inverosímil, una corona de ramas rígidas, llenas de nudos, y con espinas descomunales, á las que ninguna mano humana hubiera podido dar la forma que presentan.» Este es un ejemplo de cómo algunos hombres, sin consideración alguna, y sin cuidarse de la exactitud de los detalles, pueden falsear la más hermosa verdad, representada por todo noble simbolismo. ¿No se ha destruído con semejante exageración toda semejanza con la corona radiada del Dios de Luz?

El más notable ejemplo que hemos visto de esa asociación de la corona de espinas con la de rayos le hallamos en un grabado, copia de un fresco que por desgracia se restauró, y que adorna una de las paredes de la pequeña capilla de San Silvestre, á la entrada de la iglesia de



CORONA SPINÆ CHRISTI

los *Quattro Coronati* en Roma. En esta pintura se ve un ángel que retira de la frente del Salvador la corona de espinas y pone en su lugar el símbolo del Dios de Luz, el emblema de la transfiguración. Al pie de la pintura hay un pequeño entrepaño en cuyo centro se representan dos mujeres arrodilladas, en actitud de súplica, con la inscripción: «A. D. MCCXLVIII *hoc opus divitia fieri fecit.*» Nuestras observaciones deben referirse desde luego á la manera de tratar y de representarnos el «Ecce Homo.» Este asunto no se encuentra, por supuesto, en la «Guía de la Pintura» bizantina, descubierta por Didron en el monasterio del Monte Athos; esa imagen del «Ecce Homo» pertenece al arte más moderno de la Edad media. Después del siglo XV, la Iglesia Romana, deseando avivar una llama moribunda, pidió una imagen que pudiera excitar al hombre, despertando su emoción apasionada;



JESUCRISTO CRUCIFICADO
copia de una pintura al fresco existente en la iglesia de los Quattro Coronati de Roma

pero debióse tener en cuenta que sólo cuando la fe se debilita puede necesitar el estímulo producido por la sensación; y bueno será que el arte cristiano se preserve en lo futuro de las falsas influencias del de la Edad media. Nos inclinamos á creer que toda apreciación errónea respecto á la crisis en la pasión del Salvador se debe á las falsas representaciones del asunto, que han dado lugar á errores por no haberse interpretado bien la verdadera significación de la corona de espinas. Y si hacemos un esfuerzo para representarnos mentalmente el rostro del Mesías en aquella hora suprema ¡cuánto diferirá la imagen de las que nos da el arte de la Edad media!

No es necesario salir de nuestro Museo Nacional para explicar con hechos lo que dejamos apuntado. Allí hay cinco lienzos en que se trata el asunto, uno de Giovanni Mattei, de Siena (1462); los otros cuatro de Lo Spagna, Rogier Vander Weide, Corregio y Guido Reni; y basta una mirada para reconocer la diferencia que existe entre ellos y los que se han hecho después.

En la primera pintura se representa al Salvador de medio cuerpo; tiene cruzadas sobre el pecho sus manos enflaquecidas; y algunas líneas de sangre, corriéndose por la frente, forman en el centro de la misma como una estrella roja. El conjunto es duro y severo, pero produce una impresión profunda. En las obras más modernas es difícil reconocer en la cara de Jesucristo nada que indique la verdadera causa de su angustia, expresándose sólo el padecimiento físico de la manera más vulgar. Sin embargo, no se observa lo mismo en la concienzuda obra de Lo Spagna (1430): en los ojos medio cerrados del Redentor adivínase que el corazón es el que está herido; y en la impasibilidad del rostro se ve algo más profundo que el dolor físico.

Con esto daremos por terminadas nuestras observaciones, no sin abrigar la esperanza de que el resultado de este estudio de los orígenes del Arte, en cuanto se relacionan con los de la Religión, nos inducirá á buscar nuevos tipos en lo futuro, tipos en armonía con la ley del desarrollo gradual que toda verdadera religión sigue, y que correspondan al progreso de la inteligencia humana; tipos que estén conformes con esos principios que en el arte griego regían, y en los cuales se debe buscar la abstracción en la imagen, no menos que en el artista, siendo siempre la tranquila calma el estado más propio para representar la belleza. El Arte futuro no nos representará en el «Ecce Homo» una imagen sangrienta y contraída, sino una que exprese más noblemente el sufrimiento, demostrándonos que al ceñir con la corona de rayos la sagrada cabeza, los soldados se burlaron del antiguo símbolo de la divinidad y de la soberanía espiritual, legado desde las más remotas edades, y que hicieron su sacrílega parodia en la única cabeza que tenía derecho para heredarle. – MARGARET STOKES

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

© Biblioteca Nacional de España



SU SANTIDAD EL PAPA LEON XIII



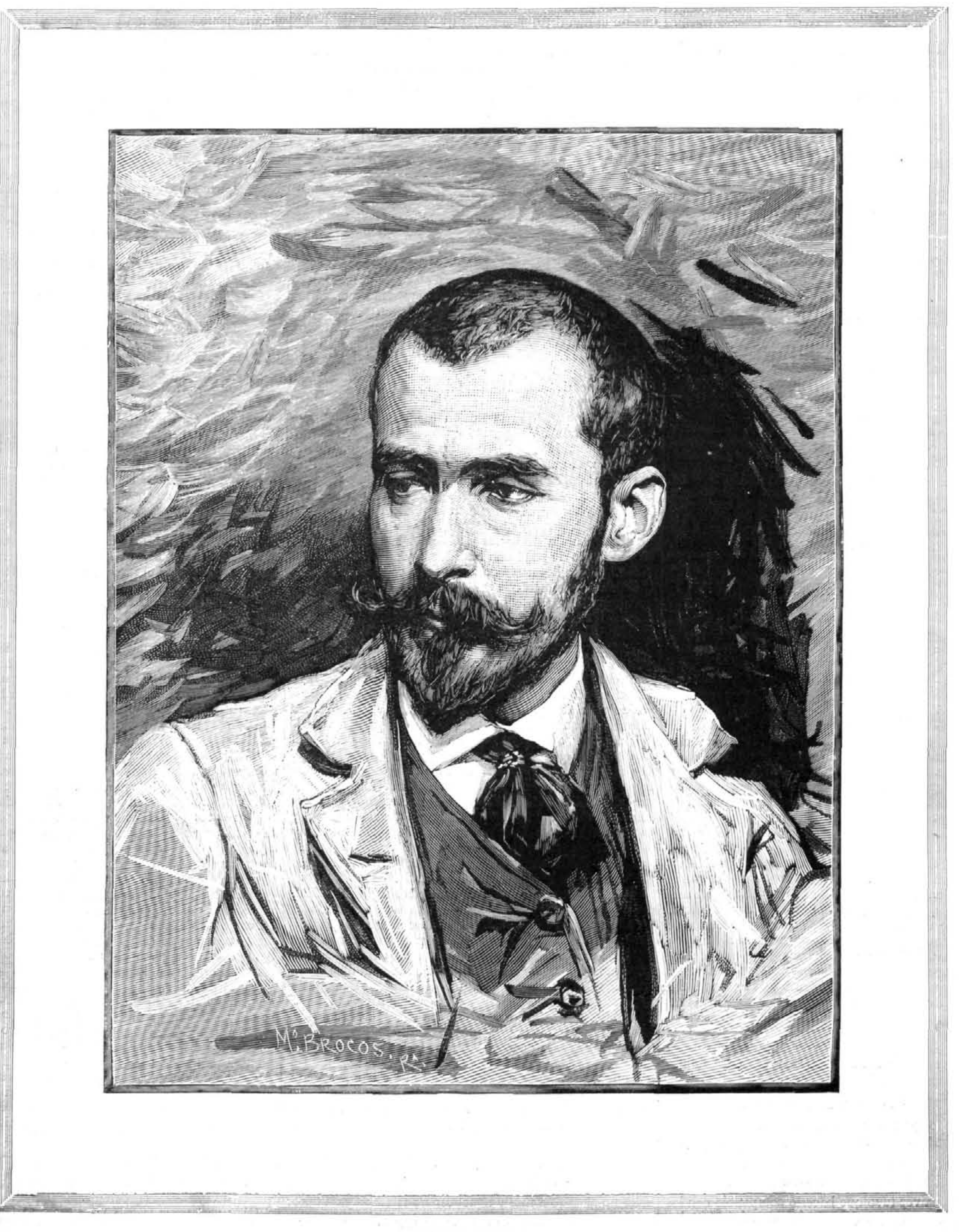
© Biblioteca Nacional de España

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 26 DE ABRIL DE 1886 — NUM. 226

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS PINTORES



JOSÉ BENLLIURE,

autor del potable cuadro: LA VISIÓN DEL COLOSEO

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA VISIÓN DEL COLOSEO, fragmento del gran cuadro de Benlliure

Aun cuando en el artículo del señor Fernández Merino que insertamos á continuación se hace un acertado juicio crítico de este admirable cuadro, creemos oportuno reproducir, para que se comprenda mejor toda su importancia artística, algunos párrafos de un escrito que el señor marqués de Molins le ha dedicado. Dicen así:

«La escena que pinta Benlliure acontece en el Coloseo, pero no en las oscuras profundidades en que fué sembrado el grano de la fe y que Luna ha iluminado con su vigoroso pincel, sino al aire libre, en todo el esplendor y grandeza del colosal edificio. No aparece éste resguardado de los rayos del sol, por el velo de púrpura, ni ocupa su tribuna el César, ni se apiñan en sus gradas los orgullosos quirites, los lisonjeros senadores, las cortesanas impúdicas y las vestales árbitras de la vida y la muerte, no; sus gigantescas masas están desiertas y como destrozadas. Destrozadas, sí, tanto como estuvieron los cuerpos de los mártires. Los bárbaros del Norte vinieron como leones á despedazar al gigante, y aquellas bravas generaciones y las que siguieron en pos de ellas arrancaron sus piedras para construir sus fortalezas, sus palacios, sus altares, sus templos. Todavía, sin embargo, se ven en parte alzadas, unas sobre otras, sus bellas galerías y sus espaciosas gradas, y el pincel les ha dado la magia de que su soledad y abandono les ha privado.

»Allá abajo la luna ilumina con pálido y melancólico resplandor la arena no ensangrentada ya, en la cual el Via-Crucis y los devotos grupos sustituyen á los furiosos luchadores y á los santos mártires. No están éstos ausentes, sin embargo, no, que aparecen suspensos en medio del espacio, y en el aire se elevan sus gloriosos cuerpos, como se eleva sin esfuerzo el espíritu á la contemplación inefable de Dios. Un monje, un eremita, acaudilla aquellas legiones de bienaventurados y empuñando en su diestra una tosca cruz de fulgurante y sobrenatural resplandor, parece que á todos los llama, los guía, los alienta, y sobre todo, los ilumina.

»¿Quién es este anacoreta? El mártir San Telémaco.

»Cuando el pueblo romano celebraba, á principios de 404, el sexto consulado del emperador Honorio, y cuando con tan fausto motivo muchos combatientes habían ya regado con su sangre la arena, salta de repente en medio de aquellos furiosos un monje, se interpone entre los combatientes, les intima la paz y desvía las espadas.

»Las gradas, las tribunas se alborotan, lo colman de imprecaciones, arrancan piedras de sus asientos y las lanzan certeras contra el apóstol de paz. Aciértanle algunas y le derriban al suelo, rematándolo con sus espadas los mismos combatientes á quienes había tratado de apaciguar.

»San Telémaco, pues, que no por violencia de tirano alguno, sino por propia voluntad; no por confesar su fe, sino por poner en práctica su caridad, cayó inmolado en la misma arena que tantos mártires, y medianero entre éstos y los penitentes, bien puede convocarlos.

»Ahí veo en larguísima fila como de blancas palomas á las vestales del cristianismo, que guardan inextinguible en su pecho el fuego del amor divino. Junto á ellas los tiernezuelos niños derramando flores, que son, como ellos, producto y gala de la primavera y esparcen el suave aroma de celestial inocencia. Allí los anacoretas que se condenan á perpetua pobreza y á hambre y sed inextinguibles. Allí los penitentes que destrozan sus desnudas carnes con fieros azotes; llevando unos y otros en las manos sendas antorchas cuya viva y rojiza llama contrasta con la pálida luz de la luna y con el milagroso resplandor de la Cruz.»

DULCES RECUERDOS, cuadro de C. Czachorski

La única figura de este cuadro es elegante y expresiva: su actitud es natural, su dibujo correcto. El todo de la composición tiene un tono poético, como que toda ella trasciende á juventud, belleza y amor.

DESDE ROMA

JOSÉ BENLLIURE Y SUS OBRAS

Han ilustrado á Valencia tantas notabilidades de todos géneros, que bien puede estar orgullosa la ciudad de encantadora vega fecundada por el Turia. Hasta parece que por ello la naturaleza la obsequió abundantemente con flores, y tantas le dió, que con razón se llama el jardín de España á la patria de Juan de Juanes y Ribera.

Es orgullosa la ciudad aquella, y como si quisiera atesorar todos los encantos, dejando atrás la vega, se aproxima á la costa: el Grao es un eslabón que enlaza las bellezas del mar, inmenso espejo de los cielos, con las hermosuras de una vega en que Dios vertió primores. En aquel modesto caserío, que poco á poco va formando ciudad nueva, en el seno de una familia honrada cuanto modesta, que andando el tiempo había de llegar á ser familia renombrada de artistas, nació el que presentamos hoy; uno de los grandes pintores con que puede enorgullecerse España. No sabemos qué existe entre el talento y la fortuna, pero es cierto que casi siempre parecen estar reñidas: si no fuera por temor de cansar, repetiríamos lo que tantas veces ha sido curiosa gacetilla de periódicos, esto es, la larga lista de hombres celebérrimos que más de una vez fué tanta su desgracia que se vieron amenazados de morirse de hambre.

Los rigores de la suerte no han sido tan duros con nuestro artista, mas le debe parecer cruel pesadilla recordar las muchas vicisitudes de su vida. Discípulo de su padre, á quien debe los primeros conocimientos en el arte, tomó de él las primeras lecciones de dibujo; junto á él sintió sin duda nacer la vocación tan fuerte que le lleva á crear y ejecutar de la manera que él sabe hacerlo. Desgraciadamente no siempre al par que el lápiz pudo manejar los pinceles; alguna vez tuvo que hacerlo compatible con las brochas del taller en que durante dos años fué aprendiz: las necesidades de la vida llevan á duros extremos y en verdad que pocos lo serán tanto como tener que matar la inspiración y las más acariciadas ilusiones para salvar la miserable materia, que tan prosaicas imposiciones nos hace sufrir. José Benlliure no tuvo en sus principios cuanto anhelaba; su imaginación y su alma hostigada por un sentimiento exuberante nacido con él, se vieron cohibidas de cruel manera.

Después de aquellos primeros días, bien aciagos por cierto, Benlliure tuvo la suerte de ingresar en el estudio de Francisco Domingo: tenía entonces trece años, y á partir de aquel tiempo es cuando verdaderamente se puede decir que comienza su carrera; como artista había de empezar también para él la serie no interrumpida de desengaños. Teniendo que ser forzosamente hombre antes de tiempo, su corazón de niño experimentaría el dolor multiplicado, pues con la muerte de la ilusión sobrevenía casi siempre el fallo de la esperanza. Consiguiendo progresar rápidamente, pronto estuvo en disposición de hacer retratos, y tal vez recordar incidentes de aquella época, sea causa de la antipatía que conserva á este género de trabajos.

El capitán del puerto de Valencia pensó un día que nada más natural que perpetuar el recuerdo de la señora que lo asistía; para ello pocas cosas tan á propósito como trasladar al lienzo la figura de su compañera. Acordado así buscó pintor resultando elegido Pepe Benlliure: ¡ojalá que no lo fuera! Aquella mujer que nada tenía de bello púsose horrible el día en que comenzó el artista su tarea; creyendo que con carmín y blanco podría remediar sus faltas, acudió al colorete y á los polvos de arroz y procuró cubrir los muchos defectos de aquel rostro, aumentándolos como es consiguiente. Afortunado el artista, consiguió á fuerza de aplicación y paciencia dar cima á la ardua empresa, y el retrato discutido primero y alabado después, llegó al extremo del pago. Podían no dolerle prendas á aquel capitán de puerto, mas seguramente le dolía el dinero, y una obra hecha para su delectación, en que podía recrearse toda la vida, creyó que estaba pagada con cinco pesetas, que entregó al joven Benlliure. La favorecida beldad no quiso quedarse en zaga, y pareciéndole escasa la retribución, pero deseando estar siempre en armonía con los actos de su jefe, añadió un real, pensando que así quedaba colmada la medida.

Nuestros lectores juzgarán los efectos de tan cruel desengaño; lágrimas, lamentos y protestas; mas ni aun aquello que lastima se puede dejar cuando la necesidad impone, y por duro que le fuera, debió seguir haciendo retratos: la madre del boticario del pueblo fué causa de su segunda desilusión. Hizo el retrato de aquella señora, y el hijo, que al par de drogas quería entender de colores, aquel farmacéutico que de los ungüentos sacaba sólo dinero, quiso sacar fama de la pintura aun mintiendo cínicamente, y casi enternecido, para que la ilusión fuera completa, decía haber retratado á la que lo llevó en sus entrañas; y no faltando quien lo creyera, Benlliure resultaba sin gloria y sin dinero. Si mal pagaban los facultativos, no fueron los artesanos tampoco los que alimentaron en él la esperanza de que haciendo retratos podría ganarse la vida. Retrató al sastre y tuvo que cobrar en especie: hízole un traje, pero tan mezquino y raído, que una vez puesto, hacía el efecto de camisa de fuerza y lo dejaba sin movimientos; el carpintero le pagó con bastidores, y algunas personas más rumbosas llegaron á darle hasta cinco duros por tener al óleo un retrato en que pasar á la posteridad.

A pesar de todo Benlliure, artista de corazón, no se desanimaba; seguía adelante trabajando con fe y constancia, estudiaba sin cesar, y al mismo tiempo para atender á las necesidades de la vida, vendía cuadritos á veinticinco pesetas é ilustraba dramones imposibles ó bailes de espectáculo pintando los carteles que sirven para llamar la atención del vulgo motejado por Lope de Vega. ¡Qué diferencia de tiempos! Entonces ilustraba composiciones dramáticas que de literarias tenían sólo la parte material, hoy en extenso lienzo se prepara á ilustrar uno de los más interesantes episodios de la epopeya cristiana. Entonces el abuso que siempre se hace de la necesidad, le obligaba á ingrata tarea que no produciéndole ni aun lo indispensable, cohibía sus facultades artísticas; hoy abarcando el infinito, creando lo sorprendente que revela al genio, y todo merced á su trabajo y constancia, á su honradez y talento, pues José Benlliure no tuvo más padrinos que sus buenas cualidades ni más pensiones que los sabrosos frutos de los trabajos que ejecutó á conciencia.

Cuando á los diez y ocho años de edad llegó á Madrid, podía ser considerado como un verdadero pintor; entonces se advertía ya de una manera evidente lo mucho que prometía y hubo un momento en que pareció iniciarse para él la necesaria protección. Los diputados valencianos lo presentaron al caballeroso monarca de la casa de Saboya que entonces ocupaba el trono de España. Su augusta esposa, que siendo tan digna de mejor suerte tuvo allí más dolores que alegrías, pensó en favorecer al artista después que hubo hecho el retrato de sus hijos, pero parecía estar escrito que Benlliure no había de deber nada á nadie, y cambios de la política, menos estable en nuestro país que en ninguno, desvanecieron toda esperanza, y sus ventajas palaciegas quedaron reducidas á 500 pesetas que la Intendencia Real mandó al padre del novel artista.

No fué más afortunado en las oposiciones que para cubrir las plazas de pensionados en Roma celebró la Diputación provincial de Valencia en 1872. Obtuvo sólo lugar en la terna y le dieron como accésit 3,000 reales y 3,000 más en pago del cuadro que había presentado (1): el beneficio no alcanzó á más y aquel dinero le sirvió para hacer su primer viaje á París, viaje de estudio, no de placer, en el que escuchó ventajosas proposiciones de Coupil, en el que conoció á Gerome y el que aprovechó cumplidamente para estudiar los tesoros de arte que posee la capital de Francia. Temiendo al frío y dudando de su salud, nada fuerte por entonces, volvió á Madrid, y poco á poco sus producciones fueron subiendo de precio, pues en gradación constante, probaba cada una las admirables facultades de que está dotado el artista á quien presentamos.

Desde hacía mucho tiempo Roma era su objetivo: su temperamento artístico y sus estudios le tenían convencido de que aquella era la tierra en que cuando no se aprende se perfecciona, y no bien hubo vendido al gobierno el cuadro que le premiaron en la exposición (2), partió para la Ciudad Eterna, acometiendo desde luego la pintura de su cuadro *¡Tierra!* episodio el más sentido de la vida de aquel tan ilustre cuanto desgraciado genovés que dió á España un mundo para joya de su corona. Los recursos no son eternos y 3,000 pesetas se acaban pronto: Benlliure dejó su comenzada obra y pintó para vender, teniendo la fortuna de que al poco tiempo sus trabajos revelaran en Londres todo su valer, y que allí donde tanto abundan los buenos aficionados, se apreciara debidamente su talento. Una bellísima fantasía que llamó extraordinariamente la atención y que alcanzó subido precio (3), despertó la codicia de Conaghi, el experto negociante inglés que la había adquirido, por lo que vino á Roma para contratar con el artista cien cuadros de género que debía pintar en tres años, como así lo hizo.

La reputación de Benlliure estaba hecha, sus sobresalientes condiciones probadas y nadie podía dudar de que dibujante de primera línea, sabía ver el color como pocos. Ultimamente en su estudio, frecuentado ordinariamente por cuanto bueno existe y llega á Roma, pudieron admirarse dos cuadros, ambos de indisputable mérito, obras en las que existen riquezas de detalles y recursos de arte como pocos saben desplegarlos. *La fiesta de iglesia en un pueblo de la provincia de Valencia* y *El Sermón* son cuadros que bastarían para hacer la celebridad de un artista, pues en ellos nada se echa de menos: los antiguos maestros los hubieran admirado detenidamente, Fortuny hubiera querido firmarlos. De sencilla composición, cada uno es un poema; el primero tiene por campo de acción el coro de una antigua iglesia, en el que se han congregado todas las notabilidades musicales del pueblo, sin duda para celebrar el santo patrono: afanados los de la orquesta, hace cada cual sus posibles para que el esplendor sea completo: parece que suenan los instrumentos, se adivinan los inmejorables deseos del pobre cura que dirige el coro y como que hieren nuestro oído las agudas voces de los distraídos acólitos, más atentos á los movimientos de los infelices gañanes absortos en la música, que al facistol en que campea el vetusto libro de coro.

Igual riqueza de detalles, igual maestría en el dibujo se advierte en *El Sermón:* anciano sacerdote de faz bondadosa ocupa la exornada cátedra, y el artista sin duda ha copiado el momento más solemne, el en que relata la más estupenda maravilla, el más sorprendente milagro á juzgar por el interés con que el auditorio lo escucha: en cada uno de aquellos rostros hay una expresión, recorriendo en sus tonos desde el fervor más grande hasta la completa extrañeza, y todo armonizado de la manera más admirable que puede soñarse, hasta el punto de formar un cuadro que nadie se cansa de contemplar.

Si algo echaba de menos Benlliure, con las dos obras citadas podía decir que lo había conseguido; en Roma fueron celebradas como debían, el que las había ejecutado tenía que elevarse á la categoría de maestro, y correspondiendo á tal dictado, sobre hacer época en Londres el primero fué pagado en 30,000 francos y en 35,000 el segundo.

Dicen que nunca falta un *pero* y es verdad: los que no podían negar cuanto dejamos dicho, ponían en duda más amplias facultades, escudándose con que no había pintado ningún cuadro grande, pues hasta entonces el mayor no había pasado de dos metros. Por suerte ó por desgracia, al cuadro grande lo ha matado la arquitectura moderna: en estos reducidos gabinetes, en estos salones en miniatura que se estilan ahora, no es posible colocar aquellos lienzos que se hacían necesarios en los palacios antiguos, para destruir cuando menos la monotonía de aquellos inmensos muros; hoy el cuadro grande no puede hacerse más que con dos objetos: ó para venderlo á una empresa que lo exponga en las principales capitales de Europa, ó para concurrir á un certamen artístico, tomando después lo que los gobiernos quieran dar por la obra, pues ellos son los que, disponiendo de los museos, tienen lugar para colocarla. Estas consideraciones eran sin duda las que cohibían á Benlliure, pues que sabe pintar en grande lo ha probado suficientemente con el cuadro que aun se admira en Roma.

No sostendremos nosotros que el cuadro de historia ó la obra pictórica cuyo asunto se tome de la tradición, pierden parte de su mérito por ajustarse á ideas conocidas, á croquis estudiados, descritos por otros; á nuestro modo de ver esto implicaría grave censura al empleo del natural. El artista que busca inspiración en la historia, no pinta una página del libro maestro de la vida, ejecuta la composición que sugirió á su espíritu la lectura de un hecho grandioso. El Testamento de Isabel la Católica, la

(1) El cuadro representaba al cardenal Adriano recibiendo á los jefes de las Germanías de Valencia; lo adquirió la Sociedad de Amigos del País, que actualmente lo tiene en su salón de sesiones.

(2) Nos referimos á la exposición de 1878. La obra premiada representaba una escena del Calvario.

(3) Es una paleta pintada y fué adquirida por M. Vanderbilt, de Nueva York. Viene incluída con el núm. 203 en el catálogo que de esta galería se publicó en 1884 y tiene por título *Artist's Dream* (sueños de artista).

© Biblioteca Nacional de España

Rendición de Granada, son hechos perfectamente históricos, y sin embargo, ni Rosales ni Pradilla han podido leer en ninguna parte lo que son sus cuadros. A pesar de todo, Benlliure huyó cuidadosamente de la historia y de la tradición y se echó en brazos de su fantasía, que lo ha elevado á gran altura.

Motivos de inspiración no faltan en Roma: á cada paso se encuentran vestigios de una edad envuelta ya en lo lóbrego del pasado tiempo, edad que se reconstruye con recuerdos y reminiscencias, edad cuyos vicios y virtudes abultamos, pues no gusta á la imaginación concretarse á lo real, que casi siempre, más que otras cosas, engendra vulgaridades. En la Vía Appia, en el Foro, en el Palatino, la historia aprendida se olvida, y entre aquellas ruinas cuando no se pueden engendrar nubes como las del incienso, se hace humo quemando abrojos; cuando no hay facultades para engendrar visiones fascinadoras, se cierran los ojos y despierto se sueña, aunque, como en la aparente privación de la vida, todo resulte informe y desproporcionado.

Para un cuadro que mide más de siete metros por cinco, Benlliure pidió inspiración al Coliseo, á la gigantesca ruina cuyos muros podrían dar cuenta de tantas sensaciones como la humanidad entera, y en verdad que si el artista hubiera consultado su pensamiento, se lo hubieran rebatido. ¿Qué iba á pintar? La brillantez del circo momentos antes de comenzar las luchas, la parada de los gladiadores que precedidos de lanistas se dirigían á saludar al César, había sido pintada por Gerome en el cuadro que tituló: *Ave Cæsar imperator, morituri te salutant*, y el mismo autor en *Police verso* presentó el terrible momento en que el atleta vencedor consulta al pueblo la suerte del vencido, haciendo ver de admirable modo el furor ciego de aquel pueblo, embriagado ya con los vapores de la sangre; Luna, excediéndose á sí mismo, pintó escenas ulteriores á las señaladas, presentando el *Spoliarium*, dejándose guiar por testimonios que adulteró para conseguir efectos. Gustavo Doré, cuya fantasía nunca será bien alabada, hizo con elementos repugnantes un admirable cuadro que no podía menos que sobrecoger: ha caído la tarde y ligera viene ya la noche apoderándose del espacio. Las fiestas han terminado, el Coliseo está desierto para que más pueda apreciarse su extensión; en la arena se ven masas de cadáveres sobre los que reposan las fieras ahitas ya, cansadas de devorar, pues sin duda aquella tarde han luchado ó contra los bretones que en masa fueron condenados al circo el año 47 ó contra los pobres germanos de la Bructeria, que tuvieron igual desgracia, ó contra los 2,500 infelices judíos que según Flavio Josefo fueron lanzados á la arena en una tarde, para divertir al pueblo que los había dejado sin casa, sin templo y sin patria. Desde el punto de vista cristiano el Coliseo había servido también para obras pictóricas; Gerome hizo *La última plegaria:* la entona un admirable grupo de indefensos cristianos, que ven avanzar al soberbio león exasperado por los gritos de la loca muchedumbre, y un artista cuyo nombre no recordamos, presentó la sentida escena en que San Almaquio, venido desde el extremo Oriente, se lanza á la arena para impedir el sangriento combate de los gladiadores. ¿Qué iba á pintar Benlliure? La fantasía más admirable que puede soñarse: el pintor ve el Coliseo tal como se encuentra hoy, medio derruído, más por barbarie de los hombres que por injurias del tiempo; los altos muros grieteados, las galerías en ruina, el pulvinar deshecho, los fosos descubiertos y todo iluminado por el astro de la noche. La humanidad reposa, y al mediar la noche, hora sacramental de los conjuros, escuchando el del Santo que dió su vida por evitar efusión de sangre, dejan las tumbas monjes, penitentes y anacoretas, vírgenes del Señor y seres angélicos que poblaban el limbo, y fijos los ojos en la cruz, entonan el dramático *Miserere* ó el *Dies iræ*, acento estridente de la Edad media, para recomendar á la Divina Omnipotencia las almas de cuantos murieron allí.

Son tales los encantos de este cuadro, que una vez visto no puede olvidarse jamás: el efecto de las luces es admirable: la cruz tiene los destellos del fuego sobrenatural, la luna da el melancólico tono que era necesario al cuadro, y las hachas encendidas que llevan aquellos mendicantes, dan á sus rostros reflejos rojizos que aumentan más los encantos. El grupo central, sin duda el más acabado y el más interesante, lo forman individuos de las órdenes religiosas caracterizados por sus hábitos, significados por sus bien estudiadas actitudes; la línea se une por la izquierda con un coro de vírgenes y angélicas figuras que vierten vivas flores de sus manos, en tanto que de sus pechos emiten dulces acentos pidiendo misericordia, y la misma línea se prolonga por la derecha hasta unirse con las contritas religiosas, que van á perderse en gradación perfecta hasta las inmensidades á que abarca la fantasía del artista.

Obra perfectamente estudiada, ha llamado la atención de cuantos la han visto: alabada por todos, no pasarán muchos días sin que salga para Inglaterra, donde se expondrá primeramente, para hacerlo luego en las principales capitales de Europa. ¡Ojalá Madrid y Barcelona estén contadas entre ellas! pues así verán nuestros lectores que escribimos para darles cuenta de lo que vemos, sin crecer ni menguar reputaciones ni facultades en relación con nuestros buenos ó malos sentimientos. Decimos siempre la verdad cual la sentimos; de aquí la afirmación nuestra que José Benlliure es de los grandes artistas con que la patria querida puede enorgullecerse.

A. FERNÁNDEZ MERINO

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

En el centro del patio hallábanse multitud de cajones, aun cerrados, que parecían contener máquinas ó útiles de alguna industria, un lanchón volcado y restos de otro, que sin duda destrozaron en la vecina ensenadilla las últimas tormentas. El silencio era grande; interrumpíale sólo de rato en rato alguna canturia que sonaba á lo lejos, en el mar, tal vez donde brillaba una movible lucecilla, que flotando á merced de las aguas, parecía el reflejo de alguna estrella.

Después de contemplar todo esto Armengol, oyó un ruido continuado y leve que se percibía más cerca. Buscó con la vista el lugar de que podía proceder y muy luego le descubrió.

Frente á su ventana había otra y en ella brillaba la luz de una lámpara. Estaba puesta la lámpara sobre una mesa de caoba, al lado de una pequeña máquina de coser, cuyas ruedas causaban el rumor que había impresionado el oído de Armengol. Veíanse entre las palanquetas de la máquina dos manos blancas muy pequeñas y lindas, y el nacimiento de unos brazos, correspondientes en hermosura escultural á las manos citadas. Esto se distinguía completamente: la luz del quinqué retenida por la pantalla formaba un círculo de oscuridad, que no permitía descubrir el semblante de la dueña de aquellas manos.

– ¿Quién será esa señorita? – pensó Armengol.

Y como para responder á esta muda pregunta, la señorita se levantó de la mesa, acercóse á la ventana, y al sacar su cara fuera del marco, dióle de frente la luz de la luna, que besó una gentil cabecita, adornada de pelo negro muy bien peinado.

La señorita miró al patio, paseó sus ojos, que á la distancia desde que Armengol los miraba parecían grandes y negros, por la fila de ventanas en que se hallaba la de Armengol, fijóse en éste, y cuando notó que curiosa investigación era motivo de otra no menos curiosa, retiróse precipitadamente como una avecilla asustada.

Oyó entonces Armengol el ruido de sus pasos ligeros y el chasquido de un jarrón de flores que estaba sobre la mesa, el cual cayó rodando por haberle enganchado con la manga perdida de la elegante bata que vestía la fugitiva señorita.

– ¡Ay! – dijo bajándose á recoger los pedazos del jarro. – ¡Agueda, Agueda, ven!... Ayúdame á remediar esta catástrofe.

Estas palabras fueron pronunciadas por una voz argentina, perlada, pura y suave, y terminaron con una sonora risa de delicioso timbre cristalino.

Después no vió más Armengol, porque se llevaron la luz de la estancia, cuyos secretos escrutaba, se marchó la costurerita de la máquina, unas manos que por la fuerza de su empuje revelaron no ser las de la muchacha de la vocecilla argentina, cerraron las maderas de la ventana... y Armengol cerró también la suya para irse á acostar.

Mientras se desnudaba pensó las siguientes cosas:

Que aquella muchacha debía ser muy bella.

Que debía tener un genio sumamente simpático.

Que debía ser muy laboriosa cuando cosía á máquina, y no del todo pobre cuando tomaba á risa la ruptura de un elegante florero.

Que por todas estas circunstancias, bien valía la pena de enterarse cuanto antes de cómo se llamaba la desconocida, sin ningún ulterior propósito que el de saber su nombre.

Y como Armengol, aun cuando era pesimista desengañado, hombre de mundo y de amargado corazón, era también algo poeta, durmióse, sí (pues estaba rendido del viaje), pero durmióse pensando en la *maquinilla de coser*, cuyo ruido monótono creía sentir cada vez más cerca.

XVIII

CUADRO DE FAMILIA

Angel Armengol se hallaba todavía acostado, contemplando desde su lecho la buena mañana que hacía, cuando oyó llamar á la puerta de su habitación.

Al mismo tiempo vió que ésta se abría, y que entraba el señor Arnaldo, saludándole.

– Buenos días, – contestó Armengol.

– ¿Cómo ha pasado V. la noche? – preguntó aquél.

– Bien, ¿y usted?

– Perfectamente.

Después de arrellanarse en una silla el señor Arnaldo, dijo:

– Señor D. Angel, como V. comprenderá, yo no vendría á molestarle aquí á estas horas si no tuviera que hablar largamente con V. En otro sitio, acaso hubiera sido difícil encontrarnos solos, y por lo tanto, no hubiéramos podido decirnos nada.

– Puede V. empezar cuando guste, señor Arnaldo, – replicó Armengol.

– Pues, hablando sin rodeos, se trata de un asunto importante en que intervienen mi hija Enriqueta y usted.

– No comprendo, – repuso Armengol un poco confuso.

– Sí, señor, – prosiguió D. Arnaldo. – Es el caso que ustedes dos van á emparentar.

Al decir esto, D. Arnaldo fijó una mirada escudriñadora en el rostro del joven, para observar el efecto que habían hecho estas palabras.

Armengol, á la verdad, quedó sorprendido.

Como un relámpago cruzó por su mente la idea de que Enriqueta y él iban á ser esposos. Pero esta idea no aparecía del todo clara y comprensible á su espíritu, sino envuelta en cierta neblina, cual si una aurora hubiese surgido de repente de entre las sombras de la noche.

Así, Armengol preguntó de nuevo á D. Arnaldo:

– ¿Podría V. explicarme la clase de parentesco que está en ciernes, y para mí rodeado del misterio?

– Con ese propósito he entrado aquí tan de mañana; para ponerle al corriente de todo aquello que le es de interés, y no dudo que de provecho, si cambia V. un tantico de carácter. Pero en fin, toda la cuestión se halla reducida á que Enriqueta se casa con D. Pedro Armengol. ¿Le conoce usted?

– ¡Mi padre! – exclamó Angel.

Arnaldo comprendió al momento, por sólo la exclamación del hijo de su amigo, la impresión que había obrado en su espíritu la revelación del matrimonio del viejo padre con su hija.

Para desvirtuar un poco su efecto, trató de poner de relieve la necesidad en que se encuentra todo hombre rico, que tiene intereses que guardar, de unirse lícitamente á una mujer honrada que cuide de ellos, los conserve y multiplique, si posible es, en beneficio de la casa y de la familia.

Después añadió:

– Mi hija, claro está, que al dar su mano á su padre de V., debía tener en cuenta que éste se hallaba ligado íntimamente con un ser á quien importaba no poco la suerte del que iba á ser su esposo. El carácter de Enriqueta es de los más atrevidos, ingeniosos y emprendedores que se ven en el mundo.

(Continuará)

LA MONJA BLANCA

(Conclusión)

– ¡Psh! – me contestó fríamente, dejándome estupefacto, – en realidad es un placer que vale bien poca cosa.

Toqué su mano y la cubría un sudor frío; creí que había sufrido algún mareo y quise sacarla de allí para que aspirase un aire menos pesado, pero ella se opuso riendo y me dijo, levantando un poco su careta y mostrando la boca más fresca y hechicera del mundo: – ¡Veamos, veamos, si puedo hallar esos placeres tan ponderados por los que conocen el mundo!

No hay para qué decir que mi curiosidad y mi amor propio se interesaron en la original aventura; ¿qué había de pensar de semejante máscara, ni qué argumentos hallar más elocuentes que la realidad que allí palpitaba?..

– Pero, ¿quién sois? – le pregunté al fin, perdiendo todo mi aplomo.

– ¿Qué os importa?.. – replicó ella con viveza; – una mujer que desea conocer esos placeres y que os ha escogido por caballero.

A la sazón llegaban mis amigos llevando del brazo sus respectivas parejas. El uno compañaba á una hermosa ramilletera del Trastévere, de formas amplias como la Floraia del pintor de Urbino, el otro una Margarita rubia é ideal, según lo que dejaba ver su bajo justillo y su antifaz color de rosa. Sin ceremonias nos reunimos los seis y tratamos de organizar el gran divertimiento de la noche, la franca y orgiástica cena. Mi desconocida se prestó sin cortapisas, – como las otras, – á aceptar el ofrecimiento: más que mujer de mundo, parecía autómata viviente que se movía á mi antojo.

No había trascurrido un cuarto de hora y ya estábamos instalados en un precioso gabinete particular y sentados en torno á una mesa adornada con todas las reglas del arte de Brillat-Savarín: mantelería chinesca, servicio de cristal y porcelana fina, jugueteros con pastas, corbeilles y ramos de flores.

Pidióse el primer plato, llenáronse las primeras copas y se dió al fin la voz terrible, el golpe de campana china, el grito de *¡abajo las caretas!* que pone siempre el alma en un hilo y los cabellos de punta. Las dos amigas de los estudiantes se descubrieron; mi desconocida, contra lo que yo esperaba, no opuso el menor obstáculo al mandato, y rompiendo también la cinta de su antifaz de raso blanco, dejónos ver un rostro de virgen, bello, trasparente y sonrosado.

Mis compañeros, admirados, como yo, de hallar bajo la máscara de mi dama tal suma de perfecciones, prorrumpieron en un imprudente ¡hurra! que provocó un expresivo gesto en sus parejas; éstas, que no eran feas ni viejas por cierto, le ofrecieron la primera copa de Burdeos, como para sellar con larga libación el lazo orgiástico que nos había de unir en aquella noche de locuras carnavalescas.

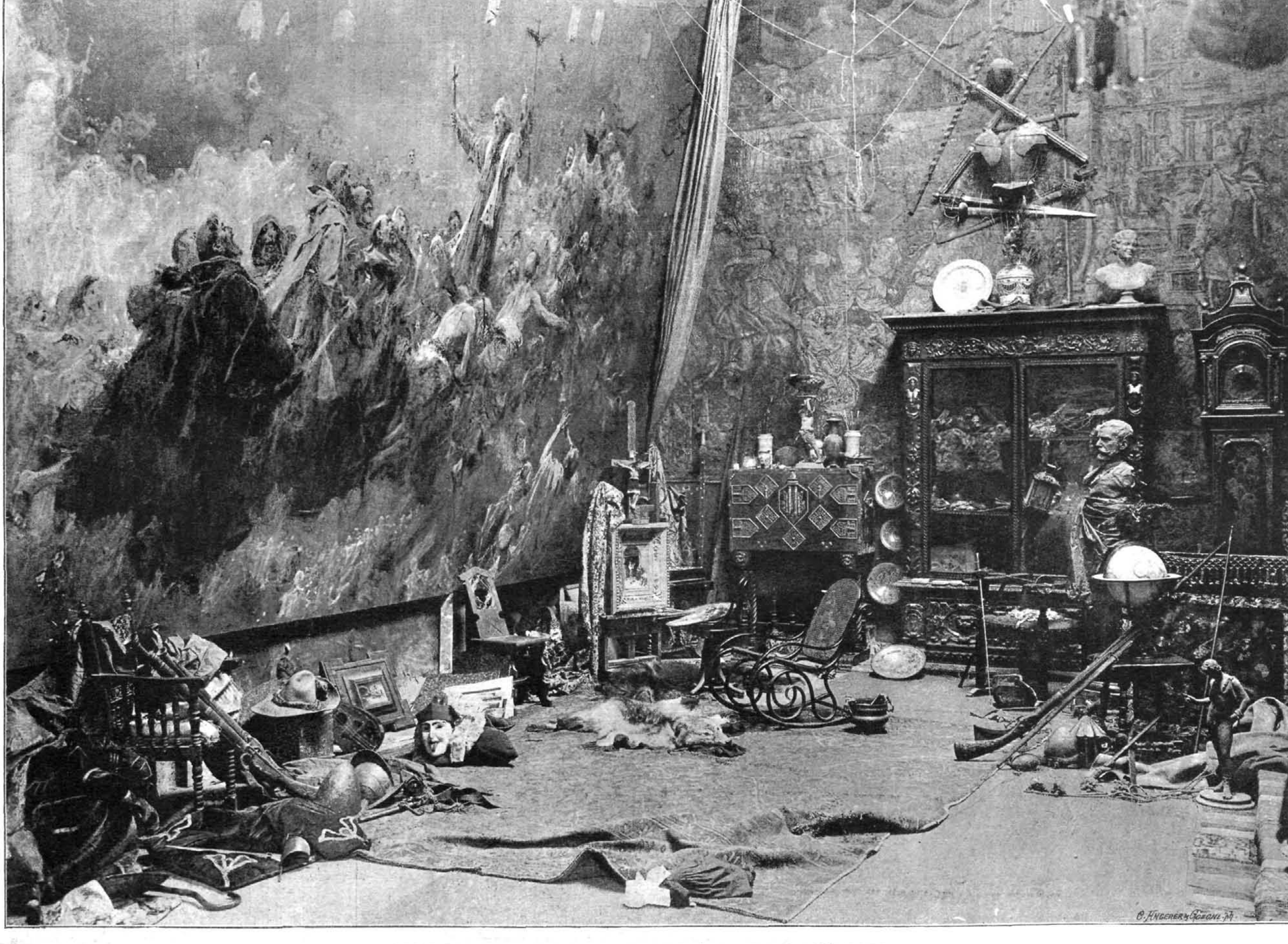
¿Qué os podré decir de las peripecias de esta cena? ¿Cómo recordar detalles que con tanta facilidad caen en las aguas del olvido? Cuando los estómagos estuvieron repletos; cuando el Rhin y el Chateaux-Margaux empezaron á subirse á la cabeza, la conversación se hizo libre y general y cada cual expresó sus deseos é imaginaciones atropelladamente. ¡Qué vivas ocurrencias! ¡Qué francas carcajadas! ¡Qué arrullos de aves y qué zumbidos de moscardón! Sólo mi pareja tenía para todos palabras punzantes é histéricas carcajadas. Apuraba las copas y aseguraba, entre náuseas, que era detestable el vino; se le hablaba de la vida alegre y hacía remilgos de monja; oía mis protestas de amor y clavaba en mí sus ojos desdeñosos, que me hacían el efecto de la hoja de acero iluminada por el relámpago; ¡qué más! me abandonaba sus manos y creía tener entre las mías las de una estatua de pórfido helado y trasparente.

© Biblioteca Nacional de España



LA VISIÓN DEL COLOSEO, fragmento del gran cuadro de Benlliure

© Biblioteca Nacional de España



EL TALLER DE BENLLIURE EN ROMA, donde pintó su cuadro: «La visión del Coloseo»

© Biblioteca Nacional de España



DULCES RECUERDOS, cuadro de C. Czachorski

Aquel dominó blanco, tenía cierta rigidez de cilicio; aquel rostro bello tenía las líneas desapacibles que imprime el aburrimiento: diríase que cada gota de vino y cada frase desenvuelta tenía para aquel ser un desencanto nuevo y una ilusión desvanecida.

Lo que en los festines de los Borgias hacía el vino envenenado lo hace en los modernos el champagne; es, como si dijéramos, el heraldo del delirio. Uno de los camareros entró á poco con seis botellas lacradas. Yo, al verle alzar el portier creí que iba á repetir la terrible frase que presagia el final de la ópera *Lucrezia: ¡Ecco il Siracusa!...*

Saltaron los tapones, encaramóse la espuma sobre las anchas copas, como cuajado montón de perlas, y se fué tiñendo el cristal de color de topacio; la espuma del champagne tiene algo del satyrión del Esquilino y vino la escena del sábado, aunque sólo nos hallábamos en la madrugada del miércoles de Ceniza.

También bebía champagne mi pareja largamente; pero exclamó, arrojando su copa vacía contra el pedestal de un amorcillo de porcelana que adornaba la mesa:

– ¿Y es este el soberbio rey de los festines, el néctar de los dioses modernos? ¡pues te juro, amigo mío, que es un brebaje insípido y fastidioso!

Yo quise levantar el entusiasmo en aquel corazón que se helaba entre las llamas de la orgía, y exclamé aprovechando un momento de calma: – Ya sé que nada son esos vapores y esas espumas comparadas con el amor, que si es verdadero jamás se desvanece: ¿me amarías tú como yo te amo?

Una carcajada burlona y larga, cuyo eco pareció prolongarse en el dorado plafond, fué su única respuesta. Volvióme la espalda, dirigióse alternativamente á cada uno de mis amigos, y volviendo al asiento que cerca de mí ocupaba, díjome al oído en voz baja, muy baja, casi con un lenguaje sin sonidos:

– ¡Te doy la preferencia si quieres ser mi verdugo!

Yo era entonces vano y susceptible y sentí al escuchar este insulto algo como una picadura de abeja en el labio; ella conoció el mal efecto que habían producido sus palabras y me ofreció la copa postrera: la luz del día penetraba, á este punto, por la marquesina acristalada.

II

Cuando salimos de aquel gabinete, las calles estaban humedecidas por la escarcha, y un cielo sin claridad de aurora ni luz de estrellas, pesaba sobre nosotros como losa de plomo. La voz de las campanas llamaba á los fieles á la triste ceremonia de la ceniza, y recuerdo que mi desconocida tuvo el raro capricho de que penetrásemos en una iglesia: *Memento homo*, etc.; tras el arco de triunfo el pedregal del Calvario.

No sé qué pasó después. ¿Qué fué de mi pareja? ¿Cómo me hallé en mi dormitorio, triste como Mañara después de haber asistido á sus propios funerales? Jamás he podido averiguarlo.

La historia de aquella noche sólo se reanuda en mi memoria por su misteriosa relación con un suceso que hubo de turbar mi sueño á la siguiente mañana.

Luchaba aún, en mi lecho, con los vapores del champagne y con el fantasma de mi extravagante pareja, cuando un rumor desusado y extraño me hizo abrir los ojos á pesar mío. Entreabrí con curiosidad las persianas del balcón que daba á la calle y ví agruparse en la portería de las Descalzas un sinnúmero de curiosos de ambos sexos. – ¡Miradla, miradla! – decían unos, con grandes voces, señalando el lugar en donde se levantaba el dosel del Cristo milagroso y expresando en sus semblantes el pavor y el respeto. – ¡La monja, la monja!... – decían otros, signándose y persignándose al proseguir su camino.

Salté del lecho, – no sé por qué, – cuidándome apenas de envolverme en mi abrigo de pieles, y salí á la calle, casi á carrera abierta, exponiéndome á cualquier fracaso. Al asomarme á la portería mi vista se nubló, un grito ahogado se escapó de mi pecho, y sentí algo como un martillo de acero que caía sobre mis sienes. Abrazada á los pies del Crucifijo de talla de que os he hablado, había una forma blanca, que bien hubiera podido tomarse por monja descalza, aunque sobre su hábito de estameña no ostentaba escudo ni relicario: una gran mancha roja partía de su costado izquierdo, en el que se veía clavado, á guisa de puñal, un largo clavo con cabeza flordelisada de plata; y un extraño objeto, una careta de raso, casi adherida á un gran charco de sangre coagulada, parecía conservar aún, en los huecos del cartón, el mohín sarcástico de mi pareja.

BENITO MÁS Y PRAT

EL FILTRO MAIGNEN

CLARIFICACIÓN Y PURIFICACIÓN

Las aguas de que se hace uso para cocer los alimentos, y para las operaciones industriales, contienen muy á menudo, además de las sales en disolución que toman de los terrenos que atraviesan, numerosos organismos microscópicos resultantes de causas diversas y variables, como descomposición ó fermentación de las materias animales ó vegetales, polvos y corpúsculos en suspensión, etcétera.

Las nociones elementales de higiene implican la purificación de esas aguas desde el momento en que deben servir para la alimentación y han de introducirse en el organismo.

Este es el objeto del filtro. Los fenómenos que en su interior se producen pueden dividirse en dos operaciones muy distintas: la *clarificación*, que separa de la masa líquida los cuerpos en suspensión, y la *purificación*, que desaloja materias disueltas.

La primera es puramente mecánica.

En la segunda se producen, probablemente, varias acciones químicas.

El número de sustancias empleadas para separar las materias en suspensión es muy considerable, y los muchos ensayos de todo género practicados hasta aquí prueban que hace largo tiempo se daba gran importancia al filtrado. Desde el papel que se usaba en los laboratorios, el filtro y el negro animal, hasta la esponja, la arcilla cocida y el amianto, podría decirse que se han probado todas las sustancias; y ahora se trata de encontrar una materia cuyos poros sean bastante finos para que sólo puedan pasar los líquidos, quedando detenido todo corpúsculo sólido, por ligero que sea. Supónese que los gérmenes más tenues tienen un diámetro de $^{6}/_{10\,000}$ de milímetro y un volumen de $^{1}/_{10\,000\,000}$ de milímetro cúbico, cifras que bastan para demostrar cuánta debe ser la delicadeza de los poros de la sustancia destinada para filtro si se quiere que reuna las mejores condiciones.

Mr. F. Breyer, ingeniero de Viena, inventor de un método especial para el filtrado, ha hecho profundos estu-

© Biblioteca Nacional de España

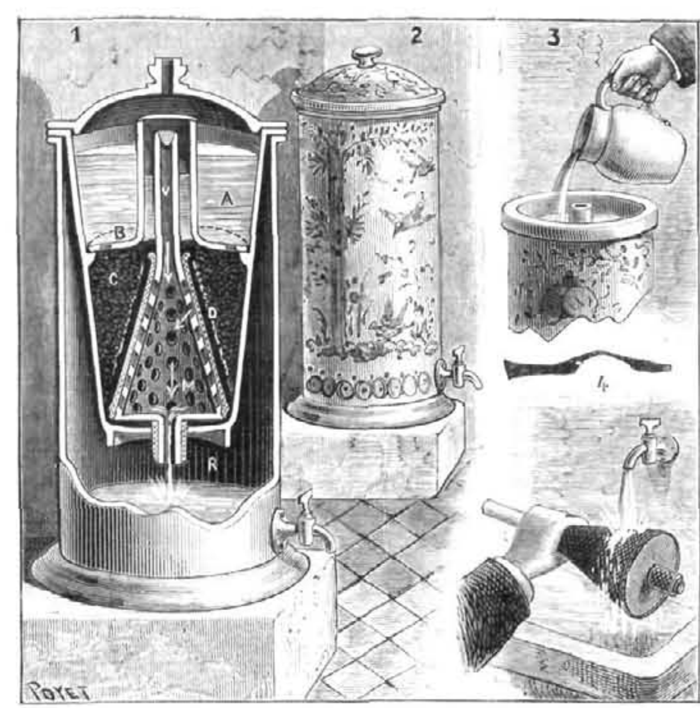


Fig. 1.—Filtro doméstico.—N.° 1. Sección trasversal.—2. Conjunto del aparato reducido á menor escala.—3. Montaje del filtro.—4. Modo de limpiarlo

dios sobre la materia, y de ellos resulta que el amianto es la sustancia que tiene los intersticios más finos, habiendo demostrado el análisis microscópico que aventajan por este concepto á los de la tela de araña, y *á fortiori*, á la hebra de seda, de lana ó de algodón, ó á los poros de una esponja. Según el mismo autor, se necesitan cien mil bacilos de la tisis para cubrir la superficie de la proyección de uno de aquéllos; de modo que es evidente que la filtración de las aguas á través de una capa de esponja ó de arena, por espesa que sea (1), no podría detener los

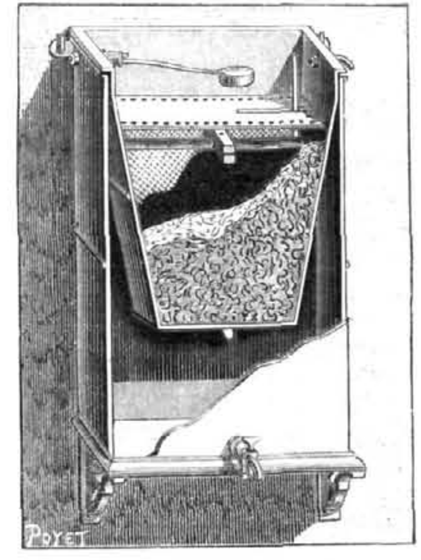


Fig. 2.—Filtro llamado Servicio

esporos ó las bacterias, y otros seres infinitamente pequeños.

El agua se clarifica, pero no se purifica.

Si ponemos en disolución en el agua sales de plomo, de hierro, de arsénico, etc., cuando salen de un filtro de arena ú otros semejantes las encontramos casi por completo.

Preocupado por la importancia de esta cuestión, el señor Maignen, después de practicar numerosos trabajos combinó una serie de modelos de filtros que clarifican y purifican á la vez el agua que los atraviesa.

Veamos ante todo cómo se forman y después examinaremos los resultados que se obtienen.

La fig. 1 representa un filtro doméstico, cortado transversalmente.

En un cono de barro cocido, M, perforado por agujeros que deben dar paso al agua filtrada y prolongado por dos cilindros de escaso diámetro, se fija un tejido especial de amianto, y en su superficie se extiende por igual una capa de polvo de carbón sumamente fino, que se obtiene por medio de una preparación particular. El inventor le ha dado el nombre de *carbo-calcis*, y las partículas son tan tenues que, según aquél, una capa de un milímetro de esta sustancia, en un espacio de un decímetro cuadrado, presenta una superficie filtrante de dos millones de centímetros cuadrados, poco más ó menos. Sobre este polvo impalpable se pone carbo-calcis en grano, C, y todo este conjunto se coloca en una vasija de arcilla, abierta en su base mayor, por la cual se echa el agua que se ha de filtrar, provista de un orificio en la base pequeña; por este orificio sale el agua filtrada, que pasa á través de una pieza de ajuste cilíndrica, cuya juntura se hace en el depósito R con el amianto.

Una cubierta, B, también de arcilla, y que tiene varios agujeros, distribuye por igual en toda la masa de la materia filtrante el agua que se ha de purificar; y además se ve que el aire circula libremente en la cámara M, donde el agua cae filtrada, y que por lo tanto está muy bien aereada.

El agua que se ha puesto en A atraviesa primero los intersticios que han quedado entre los granos del carbo-calcis, despojándose de las partículas más groseras, y después llega á la capa de polvo y de amianto, en las cuales se verifica el trabajo más interesante, que es el de la purificación. Añadamos que la cabida es muy suficiente, aunque se opere sin presión.

El agua purificada se recoge en una vasija cilíndrica, que sirve de cubierta á todo el aparato. Se puede adornarla, como lo representa la fig. 1 (n.° 2), para tenerla en las habitaciones donde su presencia es más necesaria.

Para extender con uniformidad la capa de carbo-calcis en polvo, ó más bien para comenzar á montar el filtro, se echa cierta cantidad de este polvo en una vasija, como lo indica el número 3; agítase cuanto es posible y viértese sobre el filtro esta agua ennegrecida por el polvo de carbón, la cual pasa á través del tejido de amianto y deposita una capa regular de aquél en toda la superficie del cono filtrante.

Esta operación dará un filtro homogéneo, lo cual es de la mayor importancia, porque si en una parte hubiese poros más grandes que en otra, el agua los atravesaría de preferencia, arrastrando consigo las impurezas más peligrosas. Esta condición es de todo punto comparable con la solidez de una cadena, cuya fuerza pende de la resistencia del anillo más débil.

Siendo distintas una de otra todas las partes de este filtro, la limpieza se puede hacer con la mayor facilidad: se desmonta el aparato, retirando sucesivamente el depósito B, el cono filtro M, y con éste el carbón; se enjuagan todas las partes del filtro, y se lava con mucha agua la superficie del tejido de amianto (número 4, fig. 1), cepillándola si es necesario. Después se vuelve á montar el filtro, poniendo una nueva capa de carbo-calcis; y hasta se puede echar en el fuego el tejido de amianto á fin de destruir todos los gérmenes y microbios que hayan quedado en el espesor de su tejido.

Esta facilidad para practicar la limpieza completa, juntamente con la imposibilidad de que se alteren las materias empleadas, constituye las cualidades más preciosas del mencionado aparato, porque es evidente que si no es posible retirar las impurezas detenidas en la superficie, ó en el espesor de la masa filtrante, el agua que la atraviese después será por lo menos tan mala, si no peor, que antes de pasar el filtro. Hé aquí por qué los aparatos que no se pueden limpiar por completo se deben rechazar en absoluto.

Se han presentado diversas formas del mismo aparato, cuyas propiedades daremos á conocer.

Para economizar el espacio ocupado se practica á menudo un corte rectangular, como se representa en la figura 2; este es el corte de un filtro llamado «de servicio,» cuya figura exterior recuerda la de nuestras antiguas fuentes domésticas, de las que se ha propagado en demasía el uso, por desgracia.

Se podrá proveer este filtro de un flotador, para llenarle automáticamente, si se cuenta con los elementos necesarios.

Esta es una de las numerosas formas de ese filtro, con el que se han hecho las aplicaciones más diversas. El ejército inglés le adoptó para purificar las aguas que las tropas debían beber, y en la última expedición al Nilo, los soldados que estaban á las órdenes de lord Wolseley iban provistos de ese aparato. El trasporte de ciertos filtros especiales, llamados de cubeta, se hizo en mulos ó camellos. También hay otros modelos de mayores dimensiones, montados en ruedas, que pueden filtrar de dos mil á cuatro mil litros por hora.

Además de estos aparatos, que permiten tratar grandes cantidades de agua para las necesidades colectivas, los oficiales y soldados llevaban un filtro portátil especial de tamaño muy reducido: el de los oficiales, llamado filtro-reloj, recibió este nombre á causa de su forma y de su escaso volumen, pudiéndose llevar fácilmente en el bolsillo para usarle, como lo representa la fig. 3, y beber directamente en una corriente de agua cualquiera, ó hasta en una balsa cuyas aguas no sean potables. Gracias á las poderosas propiedades del filtro, el agua se purifica y se puede beber sin el menor inconveniente. Este filtro puede ser muy útil en muchas circunstancias.

Se compone, como los demás, de una pequeña superficie filtrante que se comunica con un ajutaje, el cual se coloca entre los labios; un tubo de cautchuc conduce el agua desde una caja cilindro al exterior de dicha superficie, dispuesta como en el filtro casero; y al aspirar por dicho ajutaje, se hace subir el agua al aparato, dando una cantidad suficiente la diferencia de presión.

En el filtrado de las grandes cantidades de agua para

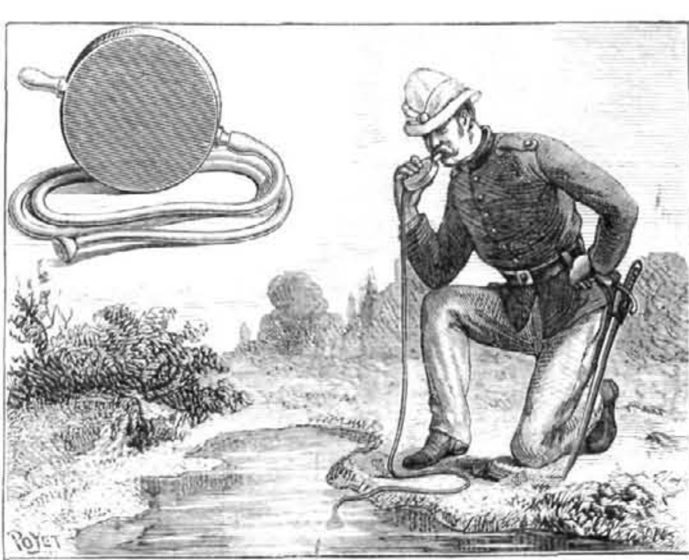


Fig. 3.—Filtro de bolsillo, llamado filtro-reloj

las aplicaciones industriales, por ejemplo, se emplea una serie de grandes filtros que se pueden demostrar: la figura 4 representa el aspecto de una sala de filtración, en la cual se limpia uno de los aparatos.

Para demostrar la eficacia de estos últimos, nada podemos hacer mejor que citar algunas experiencias hechas en el último congreso higiénico de Londres, y repetidas en el congreso internacional de Bruselas, porque nos demuestran que los filtros distan mucho de haberse perfeccionado aún y que está por desarrollar toda la teoría.

Si en un filtro que esté funcionando se echan quince gramos de acetato de plomo líquido, al cabo de un cuarto de hora, el agua que se obtenga, tratada por el sulfhidrato de amoníaco, no da coloración negra, aunque este reactivo sea muy sensible.

Y si en el mismo filtro se echa una solución de sulfato de hierro, el ciamuro amarillo de potasio nos demuestra que ninguna partícula de hierro ha atravesado la superficie filtrante.

Varios fenómenos análogos se producen si se filtra arena fermentada, ó sales de otros metales, como el cobre, el zinc y hasta el arsénico: al desmontar el filtro se las encuentra depositadas en estado insoluble sobre la capa de carbón pulverizado.

Lo mismo sucede con el vino: si se echa en el aparato el vino tinto que contenga una botella, teniendo el líquido ocho grados de alcohol, á los pocos instantes pasará un líquido incoloro, casi tan límpido como el agua pura, que tiene un sabor soso, como el del agua con algunas gotas de alcohol.

Conocida es también la propiedad que tiene el carbón de absorber de ochenta á noventa veces su volumen de gas amoníaco, sulfuroso ó clorhídrico.

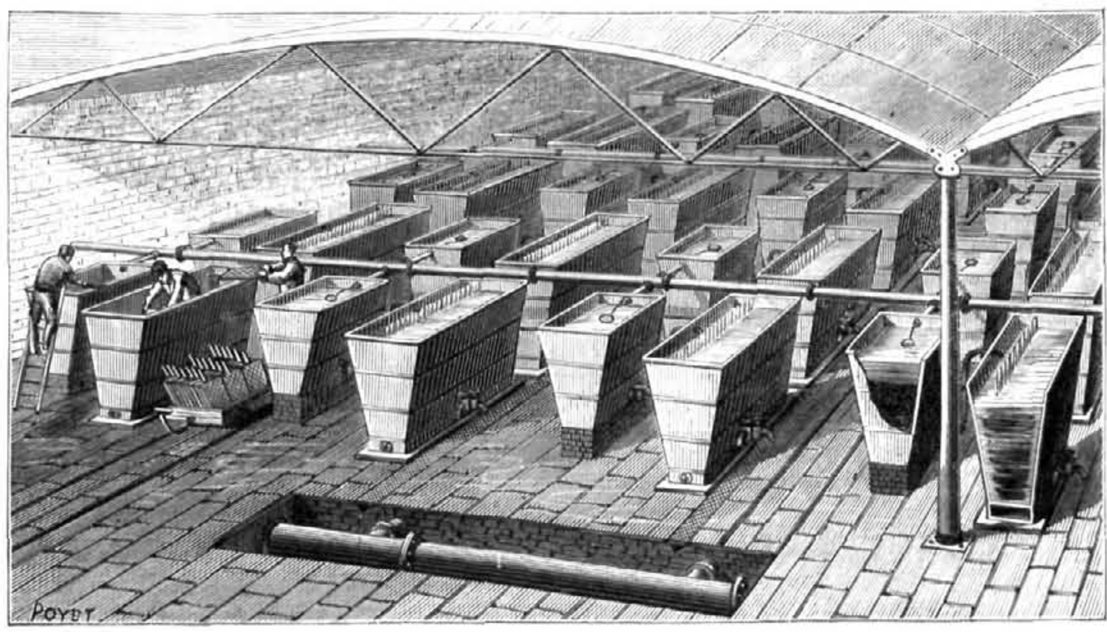


Fig. 4.—Colocación de los filtros en grande escala para usos industriales.

(1) En general, á través de todas las materias empleadas, la piedra, el glomerado, etc.

© Biblioteca Nacional de España

Estas cualidades reunidas hacen de la superficie filtrante un laboratorio, donde se efectúan reacciones que no conocemos con exactitud. ¿Se deberá esa fijación de los productos en la superficie del filtro á una acción molecular simplemente mecánica, ó bien se verificarán fenómenos de oxidación bastante intensos para trasformar la materia orgánica, haciendo pasar al estado de sales insolubles las partículas en disolución que precipitadas en el filtro se han detenido mecánicamente? No lo sabemos aún con certeza; mas parece probable que la división á que el líquido filtrado está sometido produce un estado que favorece la oxidación, bien por el oxígeno del aire que esté disuelto, ó ya de otro modo, pero probablemente por la misma razón que una corriente de hidrógeno lanzada sobre una esponja de musgo de platino se combina con el oxígeno del aire para dar agua.

Una probabilidad hay en favor de esta explicación, y es que si se dosifica el oxígeno al salir del filtro, se encuentra siempre menor que al entrar, pareciendo probable que el gas desaparecido contribuya á la precipitación de las sales metálicas.

¿Cuál es la explicación de este fenómeno?

¿Cómo se verifica la purificación en el filtrado?

Aun no lo sabemos, tal vez nos lo enseñen experimentos ulteriores; pero los resultados conseguidos deben aprovecharse para evitar la propagación de enfermedades contagiosas, cualesquiera que sean sus causas, pues desgraciadamente el agua y el aire son los dos vehículos más activos, y tanto más peligrosos para el organismo humano cuanto que son absolutamente necesarios para su vitalidad.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

¡Qué buena tripulación forman estos piratas! Jamás la tendré tan intrépida. El viento no es favorable, pero poco les importa á estos valientes, que navegarán todo un día sin descansar un momento.

Avanzamos conservándonos á respetuosa distancia de la costa, donde distingo con mi anteojo Bato-Bato y otros pueblos cubiertos de sombra; todos son enemigos, según me dicen mis remeros, y de allí parten los juramentados, que habiendo consentido en someterse á la autoridad española, parecen poco deseosos de encontrarse con sus compatriotas completamente libres. A las cuatro de la tarde dejamos atrás Paranz, considerable pueblo de 4,000 almas, delante del cual veo numerosos corrales.

La noche cerrará pronto, y nos acercamos á la orilla: en todas las casetas brillan luces, por todas partes resuena la música de los instrumentos de los indígenas, divertimiento común de los malayos por las noches; y al rumor de las orquestas, alojadas en todas las anfractuosidades de la orilla, llego á la rada de Maibrun, que en rigor no es tal, pues cuando el mar está muy bajo, todo el espacio comprendido entre las dos puntas de la bahía queda en seco. Mis tripulantes, con su penetrante vista, distinguen la desembocadura del arroyo, á pesar de la intensa oscuridad, y avanzamos al azar en medio de un bosque de barcos.

El señor Rey me llama desde lejos; ya ha reconocido la posición de nuestra caseta, mas no puede entrar por falta de luz. El farol que yo llevo nos permite instalarnos; la habitación es grande y está bastante limpia, porque es nueva, pero por lo demás deja bastante que desear. La única servidumbre se reduce á un viejo esclavo, que descansa en un ruedo, junto á una olla vacía; evidentemente los fondos que el sultán ha dado para nuestra recepción han tenido algún otro uso más útil en manos del funcionario encargado de atender á nuestras necesidades. Por fortuna llevo suficientes provisiones; comemos alegremente y nos echamos en el suelo, no sin poner antes un centinela, como medida de precaución. Nuestro hombre examina su fusil, desenvaina el kriss y échase junto á sus armas. De todos modos, compadeceré al ladrón ó al fanático que osare atacarnos, pues el sultán lo tomaría como cuestión de amor propio, y el culpable pagaría con la vida.

23 diciembre. – Nos anuncian la llegada de un dato, un gran señor que viene á saludarnos de parte del sultán, encargado de cuidar que no nos falte nada. Este tunante, hércules de fisonomía patibularia, tiene el descaro de preguntarnos si tenemos todo lo necesario. Nos conviene evitar toda complicación, que pudiera comprometer el éxito de nuestra empresa, y nos contentamos con poner á este pillo á la puerta, con tanto más motivo cuanto que acaba de darnos á conocer la importancia de su cargo. ¡Es el verdugo jefe de Maïbun!

Nos dirigimos al palacio por un sendero casi impracticable, sembrado de bloques de políperos. El sultán nos recibe cortésmente, mas parece estar preocupado, sin duda porque le han hecho mil observaciones acerca de su retrato, y su corte nos sigue con la vista, á la manera de los perros guardianes que olfatean á un visitante sospechoso en compañía de su amo. No obstante, Mohammed nos cita para el día siguiente; por la mañana prepararemos nuestra cámara negra y por la tarde se sacará la fotografía.

Salimos del palacio seguidos de un gañán, pariente



Viaje á Filipinas.—Mohammed, sultán de Joló en 1880

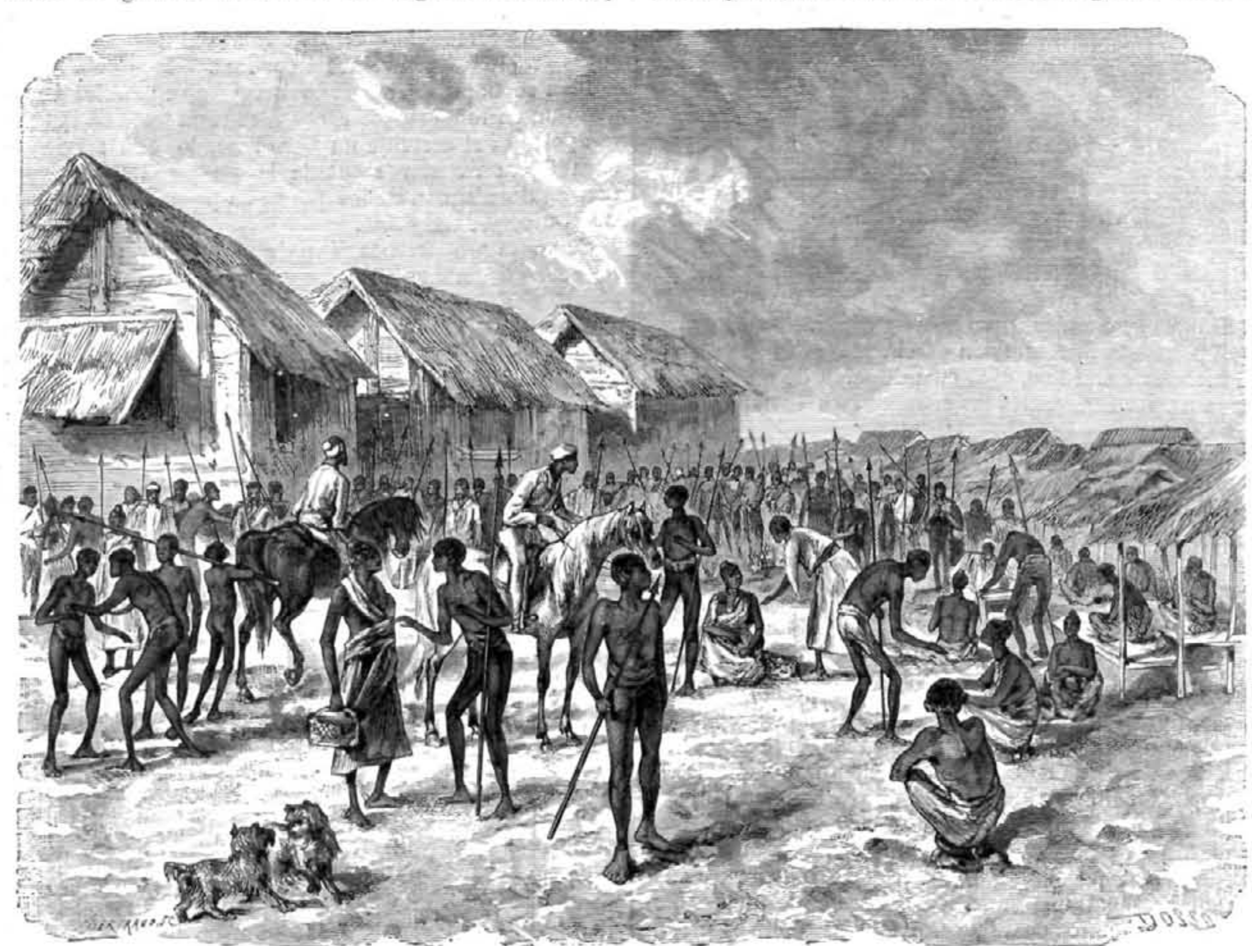
próximo de S. A., que habla algunas palabras en malayo, y nos dirige muchas preguntas malévolas. Por fin nos libramos del importuno, cuya tenacidad se cansa, siguiéndonos en medio del infecto lodazal donde está el mercado de Maïbun. Algunos tejadillos de nipa protegen varios bancos de bambú, en los que los vendedores se sientan detrás de sus mercancías. Estos mercaderes de puesto fijo son los privilegiados; los que vienen del campo para vender sus productos por sí mismos buscan algún bloque de polípero que sobresalga en aquel océano de cieno, y sostiénense en él conservando el equilibrio, como el mono en una rama. En este mercado hay mucha animación; casi todos los compradores, armados de kriss y de una larga lanza, van á caballo, y comunican al conjunto el aspecto de un campamento de alabarderos; por lo demás, aquí no va nadie sin su kriss, compañero inseparable del habitante de Joló. Solamente nosotros vamos desarmados entre esta compacta multitud. Junto al mercado elévanse las grandes casetas de los negociantes chinos, y compramos en una algunos kriss. En todos los puntos de la Malasia los chinos representan á los judíos que en otra época ejercían el monopolio, y se conducen con una inteligencia y una actividad indecibles. Los que se dedican á la usura y á prestar sobre prendas tienen aquí un centro sumamente favorable, en medio de estos pueblos de piratas, imprevisores, apasionados por los juegos de azar y las riñas de gallos.

25 diciembre. – Nuestra situación se hace intolerable. El sultán no está visible y nos envía á decir que tiene jaqueca. En este día de Navidad, consagrado en Europa á las alegres reuniones de la familia y de los amigos, nosotros somos presa de estos renegados. Su número aumenta á cada instante; llegan de todos los puntos de la isla; algunos embajadores boughis, que por desgracia han venido de las Celebes, aumentan la confusión; su jefe, astuto pondita, se había declarado al principio en favor nuestro, pero bajo la presión de los hombres de su séquito, sus sentimientos se modifican muy pronto, y todos juntos nos agobian con ridículas preguntas.

«Se ve bien que somos mágicos, pues hacer el retrato de un hombre, sin pincel, no es natural. ¿Podremos explicar este prodigio?... ¿No tendremos nosotros aguas mágicas para que nos crezca tanto la barba, siendo así que los chinos ó malayos sólo tienen algunos pelos?... Por otra parte, Alá prohibe hacer retratos; seguramente el sultán morirá si accede (1); sin duda nosotros queremos llevar su retrato á Manila, como *un vil prisionero*...; no, es preciso que la imagen del sultán no salga de Maïbun.»

Los días pasan, y el sultán sigue encerrado en su harem. Simulamos una falsa partida: después de destruir ruidosamente la instalación dispuesta junto al palacio, empaquetamos nuestros frascos, gritando que debemos dar cuenta del tiempo á nuestro sultán, y que no podemos perderle inútilmente. De improviso preséntase el príncipe Brahamuddín, medio desnudo y sin turbante, cosa extraordinaria bajo el punto de vista de la etiqueta entre esta gente; nos jura que su padre estará curado al día siguiente, y aparentamos quedar persuadidos, accediendo á esperar.

27 diciembre. – Ha llegado el gran día: el sultán, pálido, y vestido con la mayor magnificencia, preséntase en medio de sus cortesanos, cuyos trajes y adornos brillan á los ojos de un sol abrasador; todos visten de gala. Se dispone el aparato, y regúlanse las distancias, pero en el momento fatal el sultán retrocede y hace sentar á su hijo delante del objetivo. Reina un silencio de muerte, el bastidor se abre y se cierra con un ruido seco; de todos los pechos escápase un largo suspiro; descubro un momento después y ¡oh felicidad! Brahamuddín se hace visible, con algunas sombras, es verdad, pero no importa, *ha venido* perfectamente. El sultán se entusiasma de tal modo que pierde su gravedad acostumbrada; impone bruscamente silencio á sus cortesanos y se hace fotografiar de diversos modos, en busto, sentado, de pie, solo y en compañía; si le escuchase debería fotografiar hasta el



Viaje á Filipinas. – Mercado de Maibun

último esclavo. Sólo se trata ahora de marchar con los clichés; sin duda el sultán no se opondría, pero los datos han jurado que el retrato no irá á Manila: gracias á una estratagema conseguimos burlar la vigilancia de estos importunos y llegamos sin tropiezo á Tianggi.

El 18 de enero de 1880 nos despedimos de nuestros amigos de Joló, de los PP. Federico Vila y Juan Carreras, del señor gobernador D. Carlos Martínez, de nuestro cofrade D. Vicente González y Baladón, y de todos los oficiales españoles, que tantas atenciones nos han dispensado. Poco después pasamos á bordo del *Realista* para dirigirnos á Sandakán (nordeste de Borneo).

(Continuará)

(1) La casualidad parece confirmar á veces las más absurdas creencias. El sultán Mohammed, que sólo tenía cuarenta años, y cuya salud parecía excelente, murió poco tiempo después.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

© Biblioteca Nacional de España